

**LETREN EGUNA
PRIMER ENCUENTRO
MONDRAGÓN DE ARTE Y ESCRITOS**



LETREN EGUNA

Primer encuentro Mondragón de Arte y Escritos



Selección Oficial

© 2023 Universidad Mondragón México, Diego Mercado,

Este volumen recopila obras individuales cuyos autores son propietarios de sus respectivos contenidos. Cada autor retiene el copyright de su obra y ha otorgado permiso para su inclusión en esta recopilación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción, distribución, transmisión o modificación de cualquier parte de este volumen sin el permiso expreso por escrito de los autores o titulares de los derechos de autor correspondientes. Cualquier uso no autorizado constituirá una violación de los derechos de autor y estará sujeto a las sanciones legales aplicables.

Para obtener información sobre los derechos de autor o solicitar permiso para utilizar una obra específica, póngase en contacto con el autor correspondiente.

Las opiniones y puntos de vista expresados en las obras contenidas en este volumen son exclusivamente responsabilidad de los respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de los editores de esta recopilación.

SOBRE ESTOS TEXTOS

Los siguientes textos componen la selección oficial del primer encuentro Mondragón de artes y escritos realizado en la Universidad Mondragón México del 6 al 9 de septiembre de 2023

Todos los textos presentados en este recopilatorio están presentados de manera íntegra, tal como sus autores nos los hicieron llegar a través de una convocatoria interna. Más allá del diseño editorial, los autores fueron quienes se encargaron de la corrección de estilo, forma y fondo de sus obras, mismas que respetamos en su totalidad.

CONTENIDO

- 1 Diego Mercado
- 2 Ximena Larrauri
- 3 Luis Eduardo Aguilar
- 4 Gustavo Zepeda
- 5 Jonathan Linares
- 6 Juan Pablo Guillén
- 7 Miguel Ángel López Pérez
- 8 Víctor Hugo Rodríguez Esguerra
- 9 Júpiter
- 10 Manuel Sabino
- 11 Teresa Galdi

Prólogo

En el vasto universo, existe un lugar para todo aquello que se piensa, pero no se dice, lo que se imagina, pero no se crea, lo que se escribe, pero no se publica, y, por ende, no se comparte. Ese espacio en silencio, entre la mente y el papel, entre las manos y los materiales, es, sin duda, el reino contra el cual la humanidad ha librado una lucha constante en su búsqueda creativa, desde la primera marca en una caverna hasta la labor de las personas y las inteligencias artificiales en la época actual. "Letren Eguna" nace de la idea de abandonar ese país de silencios. Lo que sigue es una colección de textos presentados en cómo sus autores nos los presentaron, sin otro propósito que mostrar aquello que revuelve nuestras entrañas o hace bailes en nuestra mente formando palabras.

El primer encuentro de las artes y las letras en Mondragón celebró lo que nos une como comunidad universitaria nuestra capacidad de crear para compartir y compartir para transformar. Este esfuerzo colectivo reconoce que, además de ser estudiantes, profesores, licenciados, maestros o doctores, somos generadores de historias que deben salir mundo. Por tanto, este libro es un testimonio vivo de la lucha que como comunidad emprendemos contra ese espacio de vacío.

Ricardo Pérez Quezada, octubre 2023

AGRADECIMIENTOS

A los que escriben, pero sobre todo a los que leen.

Diego Mercado Valdés

1. El Jinete
2. Antología de poemas
3. Cuentos del mercado

El jinete

El viento alzaba con fuerza el polvo de aquella tierra caliente formando pequeños remolinos que asustaban a los más miedosos, pero Francisco Vargas no era un miedoso, de hecho, en todo el pueblo lo querían por ser bondadoso con los buenos y desalmado con los malos, por eso se ganó el apodo de El Gallo de Santiago, porque aparte de ser muy macho, también cantaba y eso tenía a la gran mayoría de las mujeres del pueblo detrás de él, soñando que llegara el día en que ellas fueran merecedoras de una serenata protagonizada por el hombre del pueblo. Pero ahora, ya todo estaba en el pasado y en los ojos de Francisco, que, en ese momento, miraban distraídos los remolinos solitarios de ese vasto y desolado páramo. Recargado en un árbol está descansando, un caballo lo acompaña amarrado al mismo árbol, el cual carga solo con una guitarra y un guaje muy usado. Francisco esta despeinado y mugroso, unos pelos salen de su barbilla señalando que no se ha rasurado hace ya un tiempo, sus zapatos están llenos de polvo igual que su pantalón, su camisa que debería ser totalmente blanca está rota y con una mancha de color carmesí a la altura del corazón, sangre seca que será difícil de lavar, de olvidar.

Francisco espera la caricia de los primeros rayos del sol para empezar de nuevo su cabalgata hacia la capital, donde tal vez no haya noticias de lo que pasó en su pueblo y pueda volver otra vez a la civilización, aunque en el fondo, lo único que desea es volver con ella que era su vida, y con sus ausencias la existencia del ya no tiene sentido. Aunque muchas damas deseaban unas gotas de su amor, él solo tenía ojos para Fili.

Filomena Gonzales era una verdadera dama de pies a cabeza, su padre, el alcalde de Santiago de los Montes, la mandó a estudiar a Guadalajara. Cuando regresó a su pueblo, tenía solo un sueño, el de educar a toda la comunidad en el arte de la escritura y la lectura, pero eso se transformaría después de conocer a Francisco y que este le robara el corazón. él también quedó profundamente enamorado de ella y de su idea, lo cual implicaba que empezara a dejar de frecuentar las tabernas y se alejara de ciertas amistades que solo lo rodeaban de vicios malditos para una relación.

Cuando Fili y El Gallo empezaron a frecuentarse más y pensar en cuántos hijos tendrían, Chucho el manco empezó a regresar más el pueblo, alegando una deuda que no se le había pagado.

A Chucho no se le había visto desde que Francisco le había perdonado la vida en un duelo, todo por una

estúpida pelea de gallos en las cuales, Francisco nunca pierde.

El caballo se frenó de golpe, una serpiente cruzaba el camino reflejando la luz del atardecer en sus escamas, Francisco lo empieza a calmar mientras buscaba un catre donde reposar esa noche. Casi en la cima de un cerro cercano se ve una pequeña cueva que fácilmente puede servir como refugio. Al llegar, Francisco baja del caballo y empieza a hacer una fogata para asar los conejos que había podido cazar esa mañana.

Cuando la noche estaba en su máximo esplendor y las llamas de la fogata estaban a punto de consumirse, El Gallo tomó su guitarra y empezó a tocar una canción melancólica que partiría en dos a cualquier alma que se encontrase por ahí, hasta el mismo no pudo resistir y las lágrimas empezaron a aflorar recordando la desdicha de los días pasados.

Ya que, una tarde como cualquiera en la que Francisco y Fili comían con mucha paz en el mesón del pueblo, Chucho entró apestando a aguardiente y empezó a gritarle a Francisco que le pagara el gallo que había muerto el día de la apuesta, Francisco se negó rotundamente, a lo cual Chucho sacó su pistola y disparó, Francisco no lo pensó dos veces y también sacó su revólver y vació el cartucho en Chucho, ninguna

bala del Gallo falló, a diferencia de la de Chucho que fue directo a impactar al vientre de Fili, la cual cayó desfallecida sobre la mesa. Rápidamente Francisco la cargo ensuciando su camisa con la vida de ella y la llevó con su padre, el cual, al verla, decidió llevarla rápidamente al monasterio y se quedó afuera con Francisco para que explicase lo que había pasado, y así lo hizo, a lujo de detalle le contó todo y hasta más sobre Chucho y la pelea de Gallos.

Francisco todavía no había terminado la historia cuando la madre superiora del convento salió con una horrible noticia en sus labios, una que a nadie le gustaría escuchar.

El alcalde se quedó pálido al escucharla, pero el color blanco de la pena se transformó en un rojo de ira y volteó el rostro a Francisco con unos ojos que, si fueran balas, el Gallo hubiese corrido la misma suerte que Chucho el Manco.

Desde ese día, Francisco salió del pueblo con la esperanza de que el camino le hiciese olvidar lo sucedido, pero la culpa empezó a crecer poco a poco en él, como una chispa que inicia solo como una partícula y termina siendo un incendio, y cuando su corazón ya había sido totalmente consumido, grito al cielo buscando mi auxilio. “Dios mío, padre mío, permíteme volver a verla,

haz que cese el dolor de esta herida, cura mi corazón maldito”. No pude rechazar la petición que me hizo. Esa misma noche le ordené a la misma serpiente del camino que le mordiera el corazón y le llenara la sangre de veneno para que muriera rápido y ni se diera cuenta del dolor.

Ahora por todo el valle se cuenta la leyenda de un jinete que camina sollozando por los caminos, un mito que yo mismo provoqué para que la gente se diera cuenta del grande amor que se tenían el Gallo de Santiago y Filomena Gonzales.

ANTOLOGÍA DE POEMAS DIEGO MERCADO

Máscaras

*Tocó el frío metal de
mis llaves
Mientras busco la
solicitada,
La encuentro y la
introduzco
En mi monótona
entrada.
Siempre entro a mi
hogar, cansado
Voy a trabajar,
cansado,
Voy a disfrutar,
cansado,
Voy a correr, cansado,
Voy a vivir cansado.
Y toda esta pesadez
Por el gran esfuerzo
De ocultar mi rostro,
Entre montañas de
máscaras.
Si sonrío, es una
máscara,
Si lloro, otra máscara,*

*Llamó la atención con
una especial,
Salgo de casa, con la
monótona.
Pero, si estoy solo con
mi alma
Muestro mi "Ego"
Mis ojos,
Mi boca,
Y mi rostro,
Que nunca será
contemplado, a menos,
Que no me avises
cuando entres,
Gires esa gris perilla
Y me atrapes bailando
con mi espíritu.
Solo así me conocerás
Y espero
pacientemente
A que te quites la
máscara
Y me atrapes solitario*

@diegomerqui

Lágrimas desperdiciadas

*Lo que más odio,
Cuando tu lloras,
Es no estar contigo,
Para resguardar tus lágrimas.
Pero ahora, eso es imposible.
Porque las lágrimas que derramas,
Están fuera de mi visión, pero se,
Que caen en los lirios, rosas y tulipanes,
Que siempre pongo en tu lápida.*

@diegomerqui

Un buen vino

*A la hora, que toque la
vejez,
Si es que la alcanzó,
Quisiera ser como un
buen vino.
Disfrutable, dulce y
seco, apetitoso
Que sea un disfrute
para mis cercanos,
Dulce con los buenos,
seco con los malos,
Apetitoso al hablar.
No quiero ser un
vinagre
Que aleja los espíritus,
Nadie lo traga,*

*Apesta y espanta hasta
al más joven.
Métanme en una buena
cava
Déjenme fermentar,
Madurar y raspar,
Sáquenme cuando sea
un verdadero vino
Hijo de la mejor vid
No trampas, no jugos,
Sólo libérame si soy
una exquisitez
Que abrace la garganta,
Caliente el pecho,
Dulce a la lengua,
Bueno al cerebro,
Que me tomen en serio.*

@diegomerqui

No hay nadie que me vea caer

*El bosque está solo,
Sin animales, sin
sociedad.
Hojas mecidas por el
viento,
Ramas rotas y lodo es
lo que queda.
Yo soy ese árbol
grande,
Hogar y nido de ideas,
Formándose en mi
copa.
Árbol de raíces
indecisas,
Temerosas de nutrirse
del subsuelo.
Árbol de corteza dura y
crocante,
De frutos suaves y
agridulces.
Refugio de tormentas,
Sombra ante el
inclemente sol.
A veces quiero caer,
Y besar el frío suelo,
Conocer a quien, en
verano,
Le regalo mi sombra.
Pero no hay nadie,
Nadie que me escuche,
Que me vea,
Que pregunte,
Nadie que me ame.
De qué sirve hacer
ruido, caer
Si nadie me oirá, me
levantará,*

*De qué sirve tanto
poema
Si permanecen en papel
y no en
corazones.
Para qué tocar música,
Si no hay la
inspiración,
Falta de un alma
ensimismada,
Que disfrute la melodía
compuesta.
“Estar solo está bien, a
veces,
Pero nunca sentirse
solo”
Estoy solo,
Me siento solo.
¿Servirá de algo caer,
¿Si no hay nadie a
quien yo afecte?
Que le haga dudar,
Le haga sentir,
Le haga pensar,
Le haga amar*

@diegomerqui

Océano de incertidumbre

*Agua entre mis dedos,
Corrientes en mis pies,
Sal en mis labios,
Calor en mi tez.
Nadando a la deriva,
Flotando entre mareas,*

*Profundo es el oscuro
mar,
En el que me estás
ahogando.
No opongo resistencia.
Arrástrame hacia la
oscuridad,
Lejos de mi seguridad,
Hacia el centro de tu
ser.
Miles de formas y
ninguna,*

*De describir lo que
siento,
Al ver el azul de tus
pupilas,
Inclementes astros
nocturnos
Que hipnotizan mi
alma,
Fuerzan mi corazón
Derrumban mi alma
entera.
Permíteme fundirme
contigo
Unirme al azul de tu
alma,
Ser el compañero de tu
soledad,
Empáparme en el oleaje
de tus ideas.*

@diegomerqui

Mentiras en sueños

*Una luz al final del
túnel,
Esperanza de terminar
la pelea,
Descanso antes de la
jornada,
Suspirar al terminar de
respirar.
Soñamos con futuros
cercaños,
Anhelamos paz en
noches venideras,
Sollozamos por unos
gotas de amor,
Aunque sea del peor
licor.
Todo por creer en la
mentira,
La farsa verdad de
merecer algo,
De ser auténticos
pensantes,
Al grado de ser
posesivos,
De un sueño impuesto.
¿Qué es nuestro?*

@diegomerqui

*¿La vida? Falso, por la
mañana la tenemos,
Al declinar el día la
perderemos,
¿El amor? Mentira,
Hoy sentirás caricias
del mismo ser
Que en un futuro te
matara.
Respira, crece y vive,
No te aferres al futuro,
Que probablemente
perderás.
Disfruta, no aguardes,
Besa al miedo,
Conviértelo en tu
aliento.
Baila con el tiempo,
Al compás del presente.
Llora y ríe por igual,
Pero nunca por anhelar
El dulce fruto del
pasado,
La bebida agrídulce del
futuro.
No te dejes conquistar.
Por una mentira
vendida como sueño.*

Artista

*Hago arte,
Creo sentimientos,
Dirijo emociones.
Mis dedos corren,
Persiguiéndose
Los unos a los otros.
La música suena,
Los vidrios tiemblan,
Los sentidos vibran.
Rápidas, veloces,
Las teclas se presionan,
La tinta se funde en
notas.
Mis dedos caen,
Mi carne se derrite y se
plasma,
Mis huesos se
tambalean.
Mi corazón acelera,
Las ideas del alma,
La sangre de tus venas.
Me detengo,
He terminado el
frenesí,
El mensaje se ha
creado.
Yo he terminado,
Pero mi arte no,
Sigue en ti.
Prevalecerá en ti,
Te quemara,
Lo carcomerás.
El artista es creador,
De un mensaje vivo
Que sobreviva es
cuestión tuya.
@diegomerqui*

CUENTOS DEL MERCADO DIEGO MERCADO VALDÉS

Ilusión

El astro nocturno hizo su aparición después de que su hermano mayor se ocultara en el horizonte para dejar a la oscuridad hacerse cargo del orbe, una noche como cualquiera hubiera parecido la que yo observaba, pero para mí era más oscura y tenebrosa que otras noches.

Caminaba desde hace dos horas por un bosque en donde la suavidad del suelo ayudaba a que mis pies no desfallecieran tan pronto, la razón de mi estar junto con los árboles se remonta hacia largas semanas atrás, pues mi hija de tan solo edad infantil había fallecido por una tuberculosis, destrozado por mi pérdida yo estaba, cuando un amigo, el cual vivía en Oaxaca, me recomendó viajar a un pueblo del mismo, diciéndome que, en un bosque cercano, las almas de los queridos se aparecen para decir el último adiós.

Al escuchar eso, tome el tren más rápido hacia Oaxaca, llegado ahí, busque a un guía que me pudiera llevar al pueblo de mi amigo, pero no había alguien que me pudiera llevar por dos razones: no lo conocían o había tantas leyendas que nadie se atrevía a acercarse. Por lo que tuve que pagarle a un campesino, para que, por lo menos me acercara a un kilómetro del pueblo.

El día jueves por la mañana salimos de la ciudad montados en una mula, en el momento más inesperado, el campesino detuvo su montura y me bajo del animal diciéndome.

-aquí quedo yo patrón, el martes bajo el cerro por aquí. hizo un gesto hacia la colina. -espero que encuentre lo que busque en ese pueblo fantasma.

Espoleo la mula y se fue, yo camine siguiendo el camino de terracería, hasta que, a lo lejos divise casas, estaban hechas como del tiempo de la independencia y se veía que el pueblo rebosaba de vida, niños y niñas con atuendos pasados de época jugaban y corrían, ancianos cantaban en la puerta de las casas y lo jóvenes pasaban por la alameda. un pueblo mágico se abría enfrente de mí.

Al entrar, fui al bar más cercano, a preguntar por lo que me interesaba, a lo cual, el dueño me indico que fuera con el anciano del pueblo. Al llegar a la casa señalada, una señora morena y menuda me abrió la puerta y me invito a pasar, me sirvió té y se alejó dejándome a la espera del viejo.

Después de esperar media hora, abríase una puerta de la cual entro un señor arrugado y con tez morena, sosteniéndose con un bastón.

- ¿Qué espera viajero?

- quisiera ver a mi hija

- ¿Dónde está?

- murió hace algunas semanas

- y quiere volverla a ver. En ese momento baje la vista y no conteste, a lo que el anciano prosiguió. - es sencillo, pero tiene un precio y no es dinero

- puedo pagarle lo que quiera con tal de...
- el precio lo descubrirá cuando este con ella, solo diga que quiere verla y eso es todo, tendremos que hacerle un rito y podrá verla hoy en la noche.
- solo deseo despedirme de mi preciosa.

El anciano asintió y se levantó de su silla llamo a la mujer y toco la frente, entro la mujer con una taza de barro y me pidió que me la tomara y salió de la sala, el anciano cerro los ojos y empezó a recitar palabras de memoria, cundo abrió los ojos me hablo.

-estás listo. Salió de la sala y entro un joven para llevarme al bosque donde vería a mi hija.

la luna salió e ilumino con sus rayos el camino que yo pisaba, estaba solo pues el joven ya se había retirado a descansar, caminaba y volteaba nervioso a ver sobre mi hombro, aunque no tenía razón alguna, pues, rara vez me asustaba con algo. Al caminar más rápido, empecé a ver sombras de personas alrededor, pero cuando volteaba a verlas, se volvían en árboles.

En eso estaba cuando escuche el llanto de pequeña detrás de mí, me incorpore y la vi, tenía su vestidito blanco que le hacía tanta ilusión al ponérselo, estaba llorando sentada en una roca y con sus manos frágiles se tapaba la cara mientras sollozaba, yo me acerque y le toque el hombro.

- ¿por qué lloras, mi niña?
- porque mi padre no me salvo

En ese momento yo di algunos pasos hacia atrás y mi mente se cerró en esas palabras “no me salvo”, de repente escuche detrás de mi otro llanto, voltee y vi a mi niña de pie, pero detrás de mí también estaba y luego vi que estaba rodeado de los fantasmas de mi hija los cuales fueron creciendo y extendieron sus brazos hacia mí, se abalanzaron y me aplastaron, fue ahí cuando cerré los ojos.

Alguien me sacudía el hombro y yo abrí los ojos, enfrente de mi estaba el joven que me había guiado el día anterior hacia este infierno.

- sácame de aquí.

El joven me levanto y me llevo al pueblo, al llegar me condujo hacia una posada me dieron de comer y yo volví a dormir.

Los días pasaron rápido y cuando pregunté el día me conto que era martes, así que reuní provisiones, me dieron un ánfora con el mismo líquido que tome el jueves y me retire del pueblo, cuando llevaba diez metros escuche una risa enfrente de mí, levante la vista y vi a mi hija señalando el pueblo, me voltee y, para mi sorpresa no estaba el pueblo, solo pura terracería y ruinas llenas de maleza, me incorpore para ver a mi hija, pero ya no estaba, se había ido, con su vestidito blanco que me hacía ilusión.

Follaje

Entre las hojas que, normalmente son verdes, un atisbo de luz solar traspasa todas sus partes para hacerse ver, como un río o caudal que se abre para llegar al mar.

El rayo de sol baja y se estampa en la frente de un muchacho, el cual, acostado en la yerba, reflexiona en las palabras que ha escuchado salir de los labios de su novia.

-imagínate volar, sería increíble. Decía ella, mientras con su frágil mano señalaba las hojas que los cubrían. - poder tocar todo ese follaje, simplemente increíble.

-sí, sería genial.

-estas distraído, ¿en qué piensas?

-en nada, solo que, no te parece hermoso como el sol traspasa las hojas. Ella vio con más atención las ramas del árbol en donde las hojas, como dedos de un brazo. -creo que sí, pero no más que volar.

Ella se rio, el, solo sonrió, como alguien que le hace gracia un comentario, pero tiene en la cabeza algo más profundo, más importante que solo chistes vanos.

Se levantaron y se fueron agarrados de la mano hacia la ciudad, bajaron el montículo en donde estaban y llegaron a la calle en donde se separaban y cada uno se dirigía a su casa, un año de hacer lo mismo, estaban acostumbrados.

Pero ese día, él tenía una idea. A ella no le gustaba llamar mucho la atención, así que en la misma esquina en donde se han dado el beso de despedida

todo ese año, él le va a poner un anillo en el dedo, ella no lo va esperar, será toda una sorpresa.

Pero ella tenía prisa, así que le dio un beso rápido y se alegró trotando para cruzar la calle, él quería detenerla para proponerle matrimonio, pero no quería molestarla, mejor otro momento.

No debió decidir eso, ya que, un borracho, un maldito borracho que no sabe conducir paso de largo y se detuvo al estamparse con algo blando, frágil, hermoso. Ella salió volando por los aires para caer sobre el caliente asfalto, un líquido carmesí salía de su nuca, su brazo. Ese líquido, como aceite manchaba la cascada hermosa de su cabello, pintaba lo negro en vino, y lo blanco en rojo, mientras esos pozos profundos llenos de sentimientos y alegrías se iban durmiendo y acabando.

El oyó un grito de horror, talvez el suyo, no importaba. Corrió en dirección de su amada y la agarro en sus brazos, mientras imploraba a quien estuviera escuchando un poco de ayuda. Un tumulto de personas se arremolinó alrededor de la pareja, mientras en la parte de atrás, el cobarde sale despavorido por la calle echando humo por el escape. Muchos murmullos, menos acciones, pero alguien tomo un teléfono y llamo a urgencias, minutos después, sonaron sirenas.

2

-no se sabe cuándo va a despertar, solo podemos esperar y rezar. Me dijo el médico, yo no le entendía, solo quería verla, quería hacerla reír, quería hacerla feliz. Cuando se lo mencione me respondió no, me mando a mi casa, el doctor tenía que decirle a la familia de Diana lo que me dijo a mí. Me recomendó lavarme las manos y la ropa ya que estaban manchadas de sangre, pero lo único que quería era verla.

Me tuvieron que acompañar a mi casa, entre, cerré la puerta y me dejé caer sobre la pared mientras lágrimas oscuras resbalaban mi rostro, mis mejillas estaban calientes, mis manos jalaban mi cabello y dejaba que a mi mundo se le fuera todo el color, lo hermoso y colorido se fue a dormir para quien sabe cuándo despertar, solo podía esperar y rezar.

Fui al lavabo a limpiarme todo ese líquido que en su tiempo era carmesí, pero para mí solo es negro, mi playera blanca, mi rostro gris.

Mi vida ya no tenía color, el sol ya no salía, ni salió por dos semanas. Me encerré en mi casa, no tenía hambre, ni sed, no tenía necesidad de nada, solo de verla.

Como mi vida no tenía sentido, me propuse quitármela, pero no tuve los pantalones, igual que no los tuve para poder detenerla y decirle cuanto

la quería, decirle que, mi felicidad era ella y que, sin ella, nada tenía sentido.

Si hubiera... solo si hubiera.

Pero una mañana, escuche el sordo sonido de los nudillos al estrellarse con la puerta, baje si ánimos y la abrí, pensando que sería alguien que me mostraría lastima, yo estaba harto de las lastimas.

No, no era lo que yo esperaba, era ella. Tenía el rayo del sol en su hermosa cara, me abrazo tan fuerte que casi me asfixia, la hice pasar y le pedí que me explicara que paso.

-solo veía oscuridad. Me dijo. -pero luego vi tu cara en ella, así que me obligué a abrir los ojos para verte mejor, cuando pude abrirlos, vi que estaba en el hospital, llame al doctor y ellos me dieron de alta, por eso estoy aquí.

Le di un abrazo y le dije que jamás me separaría de ella, entonces se me ocurrió una idea, le propondré matrimonio en la colina.

3

Un par de jóvenes están echados sobre la hierba, debajo del follaje de un árbol, viendo la luz pasar sobre las hojas.

-estaba pensando. Le dijo el muchacho a la joven. - Que ya nos conocemos desde hace tiempo, y el accidente que sufriste me hizo pensar en una pregunta.

-Espera, viene alguien.

El joven dirijo la vista hacia donde la chica apuntaba, vio un señor que iba subiendo la montaña, llevaba en su mano un papel, una carta.

Se la extendió al joven, se dio la media vuelta y empezó a bajar. La carta tenía el logo del hospital. El la abrió y leyó, pero las palabras flotaban alrededor de él, mientras las ideas se hacían tangibles.

“12:20”, “Diana”, “falleció”.

En ese momento volteo hacia ella, pero ya no estaba, un rayo de sol se desplomó sobre sus ojos obligándolo a alzar la vista hacia el hueco en donde pasaba la luz sobre el follaje.

Un hombre salvaje

Antes de contar o relatar la siguiente historia, necesitamos ponernos en contexto:

“en los bosques de Yucatán, existe una criatura gigantesca si huesos llamada Che uinik, parecido a un árbol o monte, su comida preferida son los hombres, por lo cual es de temer, camina lento, pero por ser alto, un paso para el son diez de un humano normal.

Tiene los pies al revés, utiliza un bastón para caminar y si se cae le cuesta mucho levantarse. Si te lo llegas a encontrar, lo tienes que hacer reír para que pierda el equilibrio y caiga, esa será tu oportunidad de correr, si no lo logras, estas muerto”.

1. Azotó la puerta con furia mientras salía de su casa, necesitaba calmarse y serenar sus ideas. Su esposa está detrás de la puerta con lágrimas en los ojos, “puro cuento”, pensó el, “solo lo hace para que los vecinos me culpen”.

Habían tenido una pelea dura, ella no estaba conforme de que holgazaneara y no buscara trabajo, tenían varias deudas que tenían que pagar y sus hijos se negaban a hablarles. Él está cansado y en depresión por que en menos de un mes se le murieron sus padres y lo despidieron, ¿Cómo le pide que trabaje?

Necesitaba tranquilizarse, así que pensó en un lugar en donde poder relajarse en la noche, pensó en sus años de juventud, ¿en dónde se iba a relajar

cuando estaba cansado de la vida?, recordó el árbol seco que siempre visitaba con su padre cuando se sentía cansado o abrumado, el árbol seco que está en medio del bosque.

Encendió su coche y se puso en marcha hacia el bosque, al llegar a la entrada, apago su coche y empezó a caminar hacia el árbol seco.

Pero empezó a escuchar ruidos, pasos, pies que pisan ramas, empezó a caminar más rápido, volteaba hacia todos lados para descubrir quién era, pero solo veía árboles y el aire agitándolos, la noche se hacía más espesa y empezaba a consumir la poca luz que había en el bosque, esa noche no había luna ni estrellas.

Cuando por fin pudo ver el árbol seco, escuchó una voz grave y ronca, rasposa, más parecida a un sonido gutural combinado con el sonido de las ramas al chocar.

-a que has venido en la noche, humano.

Él se volteó lentamente para ver quien le hablaba, una criatura de forma humanoide lo observaba desde las alturas, era tan alto como el árbol seco de unos 20 metros de altura, sus brazos se formaban de ramas y de vez en cuando salían hojas, aunque en su mayoría se veía seco, sus piernas se tensaban y bajaban enredándose hasta donde debería haber pies, pero no había nada ahí, solo un par de talones. Se estaba recargando en un bastón hecho con un pino largo y puntiagudo, su cara era como la de un humano, pero su barba se formaba de hojas, su cabello era hecho de follaje y donde debería haber ojos, solo había unas cuencas vacías.

-solo a pasear. Dijo el temblando al ver semejante cosa.

- ¿no sabes quién soy? Dijo el gigante. -¿no te enseñaron a temerme?

De pronto recordó lo que escucho en su escuela sobre lo que veía en ese momento, le habían contado un mito viejo sobre un monstruo come humanos, supo entonces que hacer en ese momento. Se calmó y busco una rama, vio una bajo sus pies, la tomo rápidamente y empezó a hacer movimientos raros, bailaba como las películas viejas, fingía que tenía sombrero, todo para hacer reír al monstruo, pero parece que da un resultado contrario al que esperaba, unas ramas que hacían de cejas empezaron a bajar como pareciendo irritado.

Sin que él se diera cuenta, la mano del gigante lo tomo rápidamente y lo elevo al cielo, el soltó el palo y empezó a temblar por segunda vez, pero ahora era por el sentimiento de vértigo que empezó a sentir.

-así que les siguen vendiendo el mismo cuento de que si me hacen reír se salvan, pues no, desde que se me escapo uno por eso, ya no he vuelto a reír, ¿pensaste que lo lograrías? Solo eres un humano estúpido, me vendría bien tu carne ahora, que tengo mucha hambre.

El gigante abrió la boca y soltó al hombre, él fue cayendo hacia sus fauces cuando vio su vida pasar por sus ojos, bajo sus parpados y espero su última exhalación. Llego más pronto de lo que creyó, solo fue un golpe sobre su cuello y después nada.

2. “En el siguiente texto narraremos lo que se descubrió el martes por la mañana el cuidador de la reserva de Mérida el día de ayer.

el cuidador salió hacia su trabajo a eso de las 6:30 de la mañana, desayuno y empezó a revisar la reserva para poderla abrir al público.

A las 7:45 encontró el cuerpo del señor Villalobos colgando desde un árbol seco. Según él, el señor Villalobos estaba colgando de una liana enredada del cuello, no había nadie en el bosque anoche, lo que indica que fue un suicidio.

Interrogamos a la señora Villalobos, nos contó todas las deudas y todos los problemas que tenía. La señora lloro amargamente, pero deducimos que solo lo hacía para sacarnos algún dinero.

En conclusión, damos por hecho que el señor Villalobos fue víctima de una depresión que lo orillo al suicidio, sus preocupaciones y problemas se lo comieron” reporte de investigación policial de la ciudad de Mérida, 17,09,2020.

Ximena Larrauri

1. Plantar semillas, y que sean las pruebas de mi existencia.
2. Desenredar los pensamientos.
3. Escribirnos con coraje, para poder leernos siendo felices.

Plantar semillas, y que sean las pruebas de mi existencia.

Con una copa de vino en la mano, la pluma en la otra y el reloj recordándome lo tarde que ya era, sentí inspiración para escribir. Ya sabes, ese tipo de inspiración que más vale no ignorar ni dejar pasar.

Acababa de terminar de leer *El Hombre en Busca de Sentido*, de Viktor Frankl y, por obvias razones, cargaba un pensamiento en mente. La existencia, la conexión y el significado.

Me bastó una tarde con mis amigos más cercanos —que en realidad considero familia—, para pensar en la fortuna que obtenemos cuando nos permitimos conectar con alguien más. Cuando nos permitimos hacerlo de manera honesta, desnuda y sin miedos, logramos aprender de nosotros mismos más de lo que podríamos llegar a imaginar.

Si nos permitimos esa conexión es porque, invariablemente, hemos encontrado un lugar seguro. Un lugar donde nuestros corazones son tratados con tanta dulzura y delicadeza que ejemplifican lo que significa poder estar dónde se pueda ser; y estar y ser al mismo tiempo, es un privilegio que no todos tienen la suerte de experimentar. Y al experimentarlo, se vuelve nuestra responsabilidad regalarles a otros la oportunidad de estar dónde ellos se permitan ser.

Es por eso que la manera en cómo tratas el corazón de otros habla mucho de quién tú eres. Y la forma en como trates su corazón será proporcional a la calidad de la semilla que hayas dejado en ellos, en ese pequeño y preciado interior.

Así, te das cuenta de que estás plantando pruebas de tu existencia como si fueran semillas. Semillas que se quedan ahí para crecer y florecer. Siendo esas las flores que un día pasarás a recoger.

Después de todo, somos lo que hacemos sentir a otros. Somos la suma de sus recuerdos y experiencias a nuestro lado. Y qué mejor manera de sentir y encontrar significado que pasar la vida conectando con otros, cuidando su interior y teniendo el valor de abrir el nuestro al mundo.

Al final, las conexiones que hicimos, el amor que dimos y la bondad que tuvimos, son las cosas que permanecen. Aquellas que permanecen por siempre.

-xl.

Desenredar los pensamientos.

(un escrito corto)

Nada pasa cuando las cosas no empiezan, pero importa cuando las cosas terminan. Importa cuando termina el miedo. Importa cuando termina la duda. Importa cuando termina la pausa.

Es necesaria la incertidumbre para dejar que la inspiración llegue y haga lo suyo. Es necesario perderse para así buscar y tener algo que poder encontrar.

Nada pasa cuando los sentimientos se derraman —igual a cuando el vino de una copa se derrama—, pero si pasa cuando no limpiamos la mancha, cuando no nos hacemos cargo de ella.

Es necesaria la oscuridad, pero de la luz no podríamos prescindir. Es necesario llorar, pero también lo es el reír. Es necesario dejarte abrazar por los sentimientos, mas no lo es el dejarse atrapar en ellos.

Nada pasa cuando los pensamientos no encajan, pero todo cambia cuando se desenredan y te enlazan a ellos. Todo cambia cuando ya no pelean, cuando los escuchas, los contemplas y los valoras.

Es necesaria la impaciencia y la emoción para generar el ímpetu de la acción. Es necesario tener y entender por qué para poder encontrar el para qué. Nada pasa cuando no pasa.

Pasa cuando importa que pase, cuando necesitas que cambie. Y, cuando pasa, pasa para servirte, para cambiarte, para elevarte. -xl.

Escribirnos con coraje, para poder leernos siendo felices.

Durante estos últimos meses, un pensamiento ha permanecido en mí de manera punzante y constante: cómo es que la calidad de lo que hacemos en el día se refleja de manera notoria y honesta en nuestro estado interno, ya sea provocándonos paz o inquietud.

En mi búsqueda de plenitud como algo tangible y posible, fue casi inevitable toparme con una frase llena de fortaleza y confort. Jai-Jagdeesh dijo, seré como fui escrito. Coraje en cada página. Bastaron esas palabras para hacerme comprender lo que era vivir sintiéndose realmente orgulloso de quién eres y de lo qué haces; por que, cuando comienzas a prestarle atención a tu manera de actuar, hablar y sentir, empiezas a tener un mayor control sobre tu vida, y, por lo tanto, de tu felicidad.

Vivir con coraje, para mí, significa tener la valentía y la convicción de verte con sinceridad y transparencia, para poder actuar desde el lugar en donde te encuentras.

Es tener la capacidad de poder ver a los ojos al miedo, al dolor y al ego; sin máscaras, sin apariencias ni engaños. Es tener la humildad de aceptar tus errores y pedir perdón. Es tener la valentía de amar antes de ser amado, y de comprender antes de ser comprendido. Es atreverse a luchar por lo que amas, mientras respetas lo que otros defienden. Es comprometerse a cumplir tu

palabra con otros, pero sobre todo contigo mismo. Es cuidar el corazón de las personas con tu trato, recordando el tesoro que te prestan.

Es, simple y paradójicamente desafiante, actuar con honor, valentía y amor. Y si lo haces, podrás confiar en que la calma y la felicidad que tanto necesitas llegarán por inercia a tu vida.

Atrevámonos a escribirnos con coraje en el libro de la vida, para que así, podamos leernos con orgullo en cada una de sus páginas; y que cada palabra tenga plasmada en la tinta la fortaleza con la que fuimos indudablemente hechos.

-xl.

Ximena Larrauri |

<https://vueetsens.substack.com/>

Luis Eduardo Aguilar

1. ¿Hasta dónde?
2. El muchacho de los ojos cansados
3. Como si fuera ayer
4. A dónde quiera que hayas ido, te extraño
5. Disculpa

¿Hasta dónde?

Abrí los ojos. Como de costumbre, tenía los labios reseco y la garganta irritada por tantos cigarros que fumé. La cabeza me ardía por los caballitos de tequila, que después del quinto, parecía que su fuego purgaba todos mis males. Me encontraba acostado entre botellas, con la camisa a medio poner, sin batería en mi celular y perfumado de humo. Había una mujer al lado mío, pero no recuerdo tan siquiera como llegué ahí, solo, ahí estaba.

Mientras retomaba la postura, consigo venían todos los recuerdos de la noche anterior. Empecé a beber por ahí de las 4:45 PM cuando llegué al lugar donde más tarde sería el estreno de la película que escribí; escribí la historia y en los créditos solo aparezco como “productor creativo”. Esos hijos de perra robaron mi idea e hicieron lo que quisieron con ella, dijeron que mis propuestas para la producción de la película eran muy costosas, y en sus palabras, “aspiracioncitas para una historia tan simple”. Pero, me darán una gran parte de las ganancias, entonces, podría quejarme hasta perderme o podría disfrutar de mi cheque adornado con ceros. Podría vender mi historia a otra productora, podría conseguir el dinero y hacer que la idea sea eterna. Podría trabajar con el presupuesto asignado y tomar el control de la dirección de mi historia. Podría vender la idea y alejarme de la película. Podría hacer tantas cosas,

pero de tantas cosas, en ese momento, no supe que hacer.

Tuve que llegar temprano porque teníamos que hacer pruebas de sonido y de video para que la proyección saliera perfectamente. Yo no hice mucho, solo me senté por una hora y media enfrente de la pantalla mientras me tomaba un par de cervezas. Tampoco había mucho que hacer para mí, mi trabajo no es acomodar las sillas y las mesas o ver si hay suficientes botellas de champaña para que cuarenta viejos pretenciosos que se emborracharan gratuitamente mientras juzgaban una obra que desconocen (muchos de ellos nunca movieron dedo, solo les gusta juzgar), yo solo escribí la historia.

A eso de las 8:30 PM empezaron a llegar los invitados de los actores, las familias de los camarógrafos y los editores, los críticos arrugados con sus trajes de diseñador hechos a su medida y agarrados de la mano con sus parejas veinte años menores que ellos, verdaderas caras hermosas, con almas distraídas por billetes. Observaba como las personas se saludaban con dos besos en las mejillas, pensaba que eso solo sucedía en las películas para simbolizar la elegancia y la clase, pero al parecer es real, y esa realidad es completamente distinta a lo que yo alguna vez he vivido.

Pasar de ver el lugar vacío a completamente lleno en segundos me paralizó. Sentí que el tiempo se

paró un segundo. Cuando cuento esta historia nadie me cree, pero estoy seguro de haber visto como una sola gota de lluvia se paralizaba ante mis ojos. Juro que pude observar su forma sin forma, como deformaba el reflejo de lo que sucedía en el fondo. Un segundo paralizado que pude sentir por todo mi cuerpo como los nervios me invadían, la ansiedad me ahorcaba cada vez más fuerte y el sudor empezaba a caer por mi frente. Me sentía incómodo. Creía que no estaba en un lugar en el que pertenecía.

Ver tantos abrigos elegantes, tantas caras desconocidas, todo un evento dedicado para mi historia, todo el dinero invertido y todas las horas gastadas, me dejaron tieso. En mi gélido estado comenzaron a regresar los recuerdos de cuando recién estaba empezando a escribir.

No tenía una idea clara, no sabía lo que hacía y no sabía cómo hacer lo que deseaba, solo lo deseaba. Unas ganas muy grandes de ser escuchado y un amor profundo por el cine, hicieron que me interesara en empezar a crear historias propias. Dentro de mi cabeza las palabras e imágenes llegan juntas, entonces no me es difícil transportarme a la punta de mi pluma y comenzar a describir lo que está aquí arriba.

Mis pensamientos ya estaban corriendo, iban en diferentes direcciones y cuando se cruzaban sentía como si me golpearan en el pecho. Y entonces recordé que las crisis llegan por un desequilibrio

emocional y cognitivo, solo debía de regresarle la homeostasis a mi cerebro. En ese momento la mejor solución de cesar mi ansiedad, de regresarle la calma a mi mente y de poder continuar con el evento, sería tomarme un trago. El tercer trago de la noche. Y como la tercera es la vencida, fui directo a la barra a pedir un caballito de tequila. Me tomé hasta la última gota y por fin sentí como todo empezó a ser claro de nuevo. Y entonces, la función comenzó.

No estuve muy atento a la función porque estaba observando las reacciones de la gente que la estaba mirando. Estaba atento a cada risa, a cada gesto de inconformidad de los abuelos que no entendían lo que sucedía en la escena. Estaba viendo a todos y a todo, menos a la historia que me costó tanto escribir.

Perdí la cuenta de cuantos cuadernos desperdiicé por no estar tranquilo con lo que se escribía entre sus renglones. Ni siquiera empezaré a hablar de todas las horas que volaron mientras estaba encerrado intentando finalizar algo que ni siquiera sabía por donde había iniciado. Tantos sacrificios y tantas inversiones, todas puestas en la historia que por fin estaba lista para conocer el mundo, y yo ni siquiera podía voltear a ver la pantalla.

Lo poco que sí alcancé a ver de la función me pareció asqueroso. Le faltaban detalles, las voces de los actores no coincidían con las características de los personajes; la personaje principal se supone

que pretendía ser una mujer de mediana edad atrapada entre sus ambiciones y las limitaciones que tenía para poder cumplirlas, alguien que quería dejar todas sus responsabilidades para poder empezar a realizarse como individuo, pero que se enfrenta diariamente con la enfermedad de su madre, cosa que la hace estancarse, que la hace ver la vida como un túnel, totalmente cubierta de oscuridad con la esperanza de poder alcanzar a ver la luz al final del mismo. Es alguien fuerte y segura, pero con un corazón noble y un alma tierna.

Así es como estaba pensada. El resultado final fue una niña con delirios de inocencia, perdida y frustrada por ver a su madre como un ancla, no como una inspiración.

Entiendo que el actor se adecuaba al personaje y no viceversa, pero los participantes parecen desintonizar completamente con los personajes. No se conocen bien. Yo creo que es porque no se quieren conocer.

El ambiente no cumplió con lo que yo imaginaba cuando estaba escribiendo. En la función pude observar como las personas se ponían alegres cuando por fin, la protagonista conseguía sus cometidos. Esa no era la reacción esperada. Claro, el cine hace que te enamores del personaje principal, se romantiza y aunque el personaje cometa atrocidades ante el mundo en el que vive, se le seguirá queriendo porque esa es su función, desarrollar su historia a través del mundo en el

que vive. Definitivamente esa no era la visión para la película. No es que no quisiera que la gente se alegrase con mis palabras, solo que detrás de toda esa felicidad hay más sentimientos que tuvieron que haber sido explorados.

Uno se alegra cuando cumple con algo, pero no solo se siente esa alegría por haber completado con el objetivo en cuestión. Nos alegramos porque recordamos cuantas veces caímos, cuantas veces lloramos, cuantas trabas nos pusimos a nosotros mismos, cuantas veces dejamos de intentarlo y cuantas veces nos rendimos de estar rendidos para siempre buscar avanzar. Esa tristeza, esa frustración y esa rabia hacen que todos los sacrificios hechos se disfracen de goce. Hacen que tanto sufrimiento se convierta en felicidad. Y nada de esto está ilustrado en la película. Solo cambiaron los momentos tristes por momentos felices. Como si la vida fuera eso, un día estás triste y al otro no. Es mucho más complicado que eso. No sé si sea error mío por querer profundizar el entretenimiento humano. Puede que lo sea. Puede que esté buscando más en donde no hay salida, donde no hay respuesta para preguntas que no deben de hacerse. Simplemente, no lo sé.

La función acabó. Las personas se levantaron y aplaudieron. Los críticos se mantuvieron en su lugar mientras terminaban su copa y asentaban con la cabeza. Por fin, todas mis inseguridades fueron cesadas. Mi pecho por fin pudo descansar.

El director se levantó para dar unas palabras de agradecimiento para todo el público presente, externando la gratitud hacia ellos y enfatizando todo el trabajo previo para la elaboración de la película. Pidió aplausos para los actores, para los camarógrafos, para los editores, en fin, para todos los que fuimos parte del proyecto. El público recibió las menciones muy cálidamente y obedecieron al director aplaudiendo por múltiples segundos que se sintieron como horas. Yo pensé que eso era todo, que después de los agradecimientos y el discurso triunfal del director terminarían los nervios y empezaría la fiesta, pero no. Una vez acabada la orquesta de aplausos, se hizo el silencio, el director se mantenía erguido en el centro del escenario con el micrófono en la mano. Tomó aire y pidió que yo subiera para dar unas palabras.

Lo primero que vino a mi mente fue un “hipócrita hijo de puta”. Quería que hablara de su película, no de mi historia. Quería que le tirara flores por presentar mis palabras a través de imágenes tergiversadas. Prácticamente me estaba pidiendo que le mintiera a todo el público con sentimientos de conformidad inexistentes, con felicidad opaca y con motivación robada.

No quería que les mostrara lo que era, lo que era yo, lo que era la cabeza tan confundida que escribió su película. Quería que el escritor diera unas palabras, pero que la persona detrás del lápiz se

quedara sentado en su escritorio únicamente acompañado por sus ideas y hojas arrugadas.

Pero lo hice. Sentí tanta presión sobre mí que tuve que hacerlo. Honestamente no era únicamente presión y rencor hacia las palabras del director, también me sentía, extrañamente, contento. Por fin mi trabajo sería reconocido. Por fin dejaría de ser un escritor más. Por fin tendría mi nombre plasmado en una obra. Por fin, después de tantas noches sin sueño y muchas otras, alcoholizado, todo habría valido la pena. La necesidad de aprobación alimentada por ego me persigue a cada paso que doy y en esa noche me alcanzó. Los aplausos los tomé todos para mí. Tanta satisfacción me hizo armarme de valor y subir. Aunque aún tenía un sabor rancio en la boca que me quería decir algo.

Cuando subí mostré una parte de mí que no estoy acostumbrado a mostrar. En el momento en el que pise el escenario mi cara amargada cambió por una sonrisa de oreja a oreja. Mi postura encorvada se compuso. Me transformé en una persona segura, elocuente y capaz. Agradecí a todo el equipo por haber hecho un fantástico trabajo. Agradecí la oportunidad de haber presentado por primera vez mi historia enfrente de un público tan amable. Agradecí a los actores por su esfuerzo de caracterizarse de personajes completamente diferentes a cualquier rol que hayan hecho, alzando sus virtudes y pasando por alto todos sus

defectos. Terminé mis palabras y los aplausos se escucharon como una filarmónica para mis oídos.

Bajé del escenario y ese sabor rancio que tenía en la boca comenzó a hablarme. Me dijo que ninguno de esos aplausos fueron sinceros, y si lo eran, no iban dirigidos hacia mí. Me repetía una y otra vez que yo no debía de ser reconocido, que mi nombre ni siquiera tuvo que haber aparecido en la pantalla. Me dijo que era un farsante. Que la historia que escribí dejó de ser mía en el momento que preferí el dinero con toda su superficialidad ante el verdadero placer intrínseco que tenía por mi historia. Vendí mi alma por unos cuantos pesos.

Mi nombre aparece en pantalla por temas legales, no porque realmente haya aportado algo a la película. Me mentí a mí mismo. Me hice pensar que era parte de un equipo con un objetivo en común, yo solo era el espectador. En ese instante sentí como una punzada en el corazón, sentí como si todos los amores fallidos que he tenido se hicieran uno solo, destrozándome, dejándome sin reparación alguna. Rompí mi propio corazón. Dejé de ser escritor a solo ser escrito.

Fue tanto ruido en mi cabeza que tuve que salir a fumar. Estando afuera me encontré con uno de los camarógrafos. Me vio tan paralizado que se acercó a preguntarme si todo iba bien. Mientras mi voz se quebraba le dije que no encontraba el sentido de que yo estuviera ahí. Mi trabajo terminó desde el momento en el que cobré mi cheque, yo no debía de

estar ahí, yo no tenía que haberme subido al escenario a agradecer, no tuve que haber hecho el evento acerca de mí, de hecho, si de algo se trataba es que mi presencia es innecesaria. Le dije que estaba inconforme con mi trabajo, que era un mediocre y que nunca iba a dejar de serlo. El no

respondía, era la segunda o tercera vez que cruzábamos palabra. No había una confianza como para que le vomitara tantos sentimientos. Siendo alguien con un corazón tan bueno o en un severo estado de shock solo me escuchaba quejarme y ser miserable.

Cuando terminé de lamentarme, solo me sonrió y me dijo: “a veces así son las cosas, no nos gusta lo que vivimos, por la dificultad o por la pereza, pero de todas maneras lo vivimos. La verdadera pregunta es ¿hasta dónde hace las cosas que lo hacen sentir vivo?” Esa pregunta resonó en mi cabeza por minutos. Tenía razón. Mi pasión era escribir, toda la vida quise vivir de ello y por fin pude hacerlo, pero seguía sin sentirme verdaderamente feliz con el resultado. Eso me jodió aún más, porque entonces eso significaría que el problema no fue la historia, no fueron los actores, no fue el director, no fueron los críticos de cine, no fueron los defectos de la película. El problema fui yo. Las punzadas en el pecho regresaron. El nudo que no me dejaba respirar volvió a atarse. Todo empezaba a oscurecer de nuevo.

Entonces me pregunté a mí mismo: “¿Hasta dónde crees que tengas que llegar para ser feliz?”. Al estar tan asustado de la respuesta, intenté evadirla, si no lo pienso, no existe. Aunque probablemente ese pensamiento es el que me ha dejado vacío por tantos años. Ha nublado mi vista de disfrutar los paisajes que son rutinarios para mí, pero no dejan de ser hermosos. He tomado por seguro a las pocas personas que tienen un cariño verdadero por mí, haciendo que me equivoqué una y otra vez, que las dañe constantemente pensando en que una disculpa puede enmendar todos mis errores. Ha hecho que descuide mi salud. Ha hecho que fume demasiado. Ha hecho que pase los recuerdos amargos con tragos que lastiman mi garganta. Ha hecho que tenga miedo.

Miedo de no ser, y nunca poder ser, feliz. Miedo de despegar mis pies del suelo y aún sentir el aire pesado mientras reposo en una nube. Miedo de que después de subir un escalón sienta que he caído. Miedo de que, aunque tenga el banco lleno de ceros, sea pobre. Miedo de que nunca podré ser quien quiero ser. Miedo de no saber quién soy. Miedo de todo lo que me rodea. Miedo de intentar relacionarme con más gente porque “intentarán” lastimarme. Miedo a la vida.

Mientras yo estaba perplejo fumando y luchando contra mis pensamientos y emociones, dentro ya había empezado la fiesta. Se escuchaba la música alegre y las pisadas de los tacones de las mujeres

bailando. Se escuchaba como en la mesa del director brindaban por todos.

Yo seguía afuera, solo, pensando. Creí que era bueno llegar a una conclusión. Creí que sería bueno contestar mi pregunta: “¿hasta dónde?”. En ese momento me di cuenta de algo. Me di cuenta de que no puedo luchar contra mi naturaleza de siempre ir a buscar más, de ser ambicioso, tampoco podría ir por la vida haciendo que las personas me valoren de la forma en la que me gustaría que lo hicieran, mucho menos puedo hacer que lean mi mente y sepan exactamente qué es lo que quiero y cuando lo quiero. No puedo hacer nada por el mundo y no creo que el mundo pueda hacer algo por mí. Realmente, lo único que puedo hacer es seguir

escribiendo, ¿hasta dónde?, no lo sé, hasta que ya no tenga nada más que decir, hasta que haya agotado todas mis palabras y solo me quede con mi propio silencio. Si puedo ser reconocido como un buen escritor, o tan solo como un escritor, será definido por los que vean mis historias. Fuera de eso, solo puedo seguir escribiendo porque es lo único que me acerca a la paz.

Y creo que esa respuesta me dejó tranquilo.

Mientras conversaba conmigo sentía miradas muy fijadas en mí. No estaba concentrado en el mundo, así que no estaba interesado en saber quién era la persona con la mirada penetrante. Escuché pasos acercándose a mí y entonces tuve que voltear. La

primera escena que vieron mis ojos después de seguir al ruido de los pasos fue una mujer. Una mujer bellísima para ser honesto. Traía puesto un vestido azul marino, elegantísimo. Adornaba sus orejas con un par de aretes de oro que brillaban tanto como la luna. Tenía la piel dorada, parecía que recién salía de estar horas conversando con el sol. Sus ojos eran oscuros pero llamativos. Grandes y con unas pestañas tan largas que si cerraba los ojos chocaban con sus párpados.

La manera en cómo se acercó a mí fue lo que más me llamó la atención. Caminó en línea recta, segura, deslumbrando a los que la veían, pero ella no se dejaba llevar por los relojes con diamantes o los autos de lujo. Sabía quién era y que es lo que quería. Para mi fortuna, era mí a quien quería.

Se acercó y me preguntó mi nombre. Le pregunté el suyo. Me dijo que me veía muy raro, incluso triste. Se extrañó de verme así, pues era una noche de alegría y celebración. Solo contesté que mi cara era fría y mi felicidad inexpresiva. Terminé de contestar y no respondió nada, solo se quedó callada por unos cuantos segundos, sin despegar la mirada de mis ojos. Me intimidó. Reí de nervios y ella también. Después me dijo que tenía ganas de un trago y me preguntó si la acompañaba, le dije que sí. Me tomó del brazo y fuimos hacia la barra por un trago.

Llegando ahí nos pusimos a hablar mientras tomábamos y las horas volaron. De repente ya

eran las 3 am y el evento ya estaba acabándose. De hecho, tuvieron que ir a decirnos que ya teníamos que irnos. No me di cuenta en qué momento corrieron las manecillas del reloj. Su presencia era agradable y no quería que la noche acabara porque ella se iría con las estrellas. Tenía ganas de decirle que se volviera conmigo, que tenía unas cuantas botellas de vino tinto y que la noche no tendría que acabar. Y mientras pensaba si lo decía o no ella terminaba de rellenar nuestros vasos para tomar el último trago y después irnos. Entonces le dije que quería ir con ella. Volvió a sonreír. Se tomó hasta la última gota que quedaba en el vaso. Me vio los labios mientras tomaba mi cuello con las dos manos y me preguntó:

¿ hasta dónde?

El chico de los ojos cansados

Era muy joven todavía cuando nos conocimos. Yo venía de una familia rota y pobre. Mi padre era alcohólico y mi madre siempre me echaba en cara que su vida hubiera sido mejor si yo no hubiera nacido. Eso me hizo crecer pensando en que solo traía desgracia a la vida de las demás personas, que solo podía ofrecer sufrimiento y disculpas por mi existencia. Eso hizo que cuando era niño me costara mucho trabajo hacer amigos, nadie quería juntarse con el “muerto”. Si tenía problemas para hacer amigos, tener una novia parecía imposible.

Hay heridas que nunca terminan de cicatrizar y las mías se empezaron a notar desde que estaba en primaria. Era raro. Era frío y no me gustaba que la gente se acercara a mí, entonces era agresivo con quien lo intentara. Moría porque alguien se acercara, que me preguntara si quería jugar con él y por la tarde me invitara a comer a su casa y jugar videojuegos todo el día hasta que mis padres pasaran por mí y conversaran con los padres de mi nuevo amigo.

Pero eso nunca pasó.

Fui un niño que se acostumbró a estar solo, a jugar con sus juguetes hechos de cubiertos desechables y pintados con plumón negro para diferenciar un personaje de otro. Por una parte, estar conmigo y con nadie más hizo que me volviera alguien sumamente creativo. Aunque no tenía dinero ni edad suficiente para trabajar siempre quise sonreír. Creo que eso también se deriva de las alternativas que tenía: encerrarme en mi cuarto a jugar o estar en la sala siendo insultado, menospreciado e incluso golpeado por una mujer que me odio desde que supo que iba a nacer. Realmente, hacer mis juguetes era una actividad que

me gustaba mucho. Me compré mil veces la historia de que eran únicos, que nadie más los podía tener y eso me hacía sentir especial por unos cuantos segundos. Podía pintarlos de la manera que yo quería, podía hacer fusiones de personajes y crear uno que tuviera la fuerza de Superman, el intelecto de Tony Stark y el carisma de Spiderman. Podía hacer lo que quería, solo tenía que imaginarlo. Fue ahí donde descubrí mi pasión para pintar.

Mientras crecía los únicos amigos que tenía eran los cuadernos que me regalaba una hermana de mi mamá en cada cumpleaños. Creo que le daba pena verme tan solo y tan feliz cuando pintaba que intentaba alegrarme al menos un poco con sus regalos, no podía rescatarme del infierno, pero al menos una vez al año era el ángel que me daba esperanza. Teniendo un lápiz en la mano y mi cuaderno abierto no necesitaba que nadie me hablara, ni siquiera lo deseaba, los mundos que construía superaban por mucho al mundo en el que vivimos.

Mi interés por las relaciones humanas se fue deteriorando con el tiempo y poco a poco la esperanza de tener un amigo con el que jugar videojuegos se convirtieron en ganas de aislarme, de no ser visto ni percibido. De ser un bicho raro. Claro que por esa decisión era muy molestado por el resto de mi salón. No me importaba. Nunca los vi como personas y mucho menos como mis compañeros de clase. Solo eran trazos imperfectos en un papel arrugado. No sentía nada por ellos y me daba igual si ellos sentían algo por mí. No me preocupaba por nadie, y ¿cómo por qué debería de hacerlo? Si nadie se preocupaba por mí. Tal vez era muy egoísta, tal vez lo sigo siendo, pero qué más da.

Solo había alguien que me hacía voltear a verla. Se sentaba hasta delante del salón, enfrente del pizarrón y cerca del escritorio de la profe. Siempre hacía apuntes con colores y dibujos que llamaban mucho mi atención. Creo que fue por eso por lo que empecé a verla como mi rutina. No me fijaba mucho en su pelo rizado chocolatoso, ni en su postura tan recta que parecía princesa. Era su mente lo que me llamaba. Había algo en ella que me atraía.

Mi problema era que no tenía habilidades sociales y no podía acercarme a hablarle, solo la veía a lo lejos, esperando una señal divina para que ella volteara y empezara así nuestra historia. Pero no. Claramente no. Ella sentía mi mirada, volteaba, la evadía, se acercaba con la niña de al lado y se reían de mí. Éramos niños, no creo que en ese preciso momento de su vida fuera consciente del daño que le estaba haciendo a mi autoestima. Cuando me di cuenta de que no estaba interesada en mí, dejé de buscar ese interés, mejor me quedé con el recuerdo de lo que me hacía sentir bien. Tan solo mirar sus dibujos era suficiente para ponerme a soñar. Salimos de primaria y ella siguió en la misma escuela. Eso fue lo último que supe de ella. Yo tuve que cambiarme de escuela porque ya no podía pagarla. Me mudé al otro lado de la ciudad y no volví a verla durante muchos años.

En esos años mi vida estaba perdida. Me salí de casa a los diecisiete por problemas con mis padres. Una noche, mi padre llegó alcoholizado como de costumbre, decidí que tenía que enseñarme una lección. Según él tenía que perder algo para empezar a apreciar las cosas que tenía. Nunca me quejé de lo poco que pudieran darme, ni siquiera de los insultos que recibía todos los días, injustos e incoherentes. Solo me quedaba en silencio y

parecía que eso es lo que le costaba aceptar. No me importaban sus insultos. No me importaban sus reproches. Ver como sus palabras no generaban ningún tipo de reacción en mí generaban odio, rencor y resentimiento en él. Esa noche llegó, abrió la puerta de mi cuarto, comenzó a gritarme lo incompetente que era y cuanto deseaba que dejara de ocupar oxígeno en “su techo”. Yo estaba dibujando como de costumbre y solo lo veía a los ojos, como retándolo. “Empieza a vivir como los hombres, solo las mujeres y los afeminados pintan” me dijo. Reí en silencio. “¿Cómo no ser un afeminado si nunca he visto a un hombre de verdad?” le dije entre sonrisas, cosa que le molestó. En ese momento vi como la rabia inundaba sus pupilas y la frustración empezaba a mover sus puños. En un cerrar y abrir de ojos yo estaba en el suelo y él tenía mi cuaderno en una mano y en la otra su encendedor de metal viejo. Volvió a golpearme y salió de mi cuarto. Cuando me levanté y salí a buscar el cuaderno percibí un olor a cenizas. En el suelo del pasillo vi la pasta dura del cuaderno y hojas a medio quemar. Él estaba en el futón de la sala sentado esperando a que saliera mientras vaciaba una botella de whiskey barato con una sonrisa de satisfacción dibujada en su cara endemoniada. No había nada que pudiera hacer, ya había perdido todo y no había una manera de como recuperarlo.

Llorar enfrente suyo solo haría que se sintiera mejor con lo que había hecho. Perplejo enfrente suyo, sin poder hablar, sin poder hacer algo tomé una de las mejores decisiones que pude haber tomado: largarme de ese lugar. Regresé a mi cuarto para tomar mis cosas, pero ya no tenía nada, solo agarré una chamarra de cuero rasgada, dos mil pesos que tenía ahorrados, salí por la ventana y nunca más pensé en regresar. Cuando

puse un pie fuera de mi casa me sentí aliviado, ya no sería insultado por el simple hecho de existir, ya no sería denigrado por intentar darme momentos de felicidad cuando era rodeado de tanto caos. Ya podría ser yo. Pero, con esa libertad vendría la incertidumbre, vendría la pregunta que me tomaría tiempo en contestar: “¿Quién quieres ser?” No lo sabía en ese momento, puede que todavía tenga esa duda, solo que en ese momento me sentía ansioso por todas las posibilidades que estaban a punto de abrirse. Aunque, no solo me sentía tranquilo, también me sentía confundido y a la deriva, ya no tendría un techo, un techo roto, pero seguía siendo techo. Ya no tendría a donde llegar, donde dormir, donde pintar, con mi libertad también vendrían decisiones que aún no estaba listo para tomar. No tenía amigos, no tenía familia, y la única persona que consideraba mi familia ya habría muerto años atrás. Estaba solo y sin oportunidad de ignorar mi soledad.

La tristeza es inevitable en muchas ocasiones de la vida, estaba dejando todo lo que conocía de la vida atrás. Mi infancia, mis primeros dibujos, mis juguetes de plástico, mi antigua mesa serían solo un recuerdo, ya no existirían más. Salí tan deprisa que ni siquiera pude despedirme de mi madre, estaba dormida por el par de somníferos que tomaba en la noche, la entumecían tanto que ni siquiera el estruendo de los golpes y de la caída pudieron despertarla. Me odiaba, me echaba la culpa por la mala vida que le tocó, pero de todas maneras sabía que a su manera me quería. Si no me quería, al menos se preocupaba por mí. Todas las noches después de que cenaba iba a mi cuarto, no me decía mucho, pero me veía pintar en silencio.

Creo que lo disfrutaba. Pienso que es porque en esos instantes me veía feliz y eso la hacía feliz, aunque fuera solo por un instante.

Apenas tuve tiempo para dar un respiro me puse a pensar. Intenté descifrar en donde viviría y como le haría para ganar dinero. El día en el que salí de mi casa estuve deambulando por horas en la ciudad, repasando una y otra vez las alternativas que tenía para pasar la noche.

Por mi cabeza lo primero que pasó es que tenía el dinero suficiente para poder quedarme en un hotel, pero no podría pagar muchas noches, tenía que empezar a generar dinero en ese instante. Eso fue lo que hice, me dirigí a un hotel viejo casi cayéndose en su propia estructura que se encontraba en una esquina en el centro de la ciudad. Pagué la noche. Entré a mi cuarto y me fui directo a dormir.

Al día siguiente tendría que dejar la habitación a las tres de la tarde. Me desperté a las ocho de la mañana y no pude dormir bien por la noche. La noche me había costado quinientos pesos, aún me quedaban mil quinientos. Mil quinientos pesos para empezar el resto de mi vida. Tomé lo que restaba y me dispuse a comprar material para dibujar y para pintar. Ahora que podría ser libre podía hacer el intento de vivir de mi pasión, de ponerle precio a mi corazón y cobrar caro por ello. En el centro había muchas tiendas para comprar pinturas, un nuevo cuaderno, pinceles, lápices y colores, entonces no fue difícil tomar el dinero y comprar las cosas. En total fueron ochocientos pesos de todos los materiales. Aún me quedaban setecientos que tendría que usar para comer ese día e intentar rentar un cuarto de motel para pasar la noche.

Después de haber salido a comprar los materiales aún tenía algo más valioso que el dinero, tenía tiempo. Tenía que dejar la habitación a las tres y aún era medio día, tenía tres horas para pintar el máximo de obras que pudiera y pasar la tarde como un vendedor ambulante promocionando mis pinturas. Y así lo hice. Hice cinco pinturas y dejé la habitación. Di las gracias a la recepcionista y empecé mi camino.

Tenía las manos ocupadas entonces no podía ir por algo para comer mientras caminaba buscando un espacio adecuado para empezar a vender mis pinturas, entonces no lo hice esa tarde. Cuando encontré el lugar adecuado estuve parado por horas esperando que alguien me volteara a ver. Todo el rechazo que sufrí cuando era niño empezó a hacerse presente de nuevo. Esa frustración y ese sentimiento de soledad empezaron a recorrerme de nuevo. Creo que lo extrañaba. La parte más rota de mí solo se sentía conforme cuando sentía eso de nuevo.

El estómago me rugía. La cabeza me reventaba. Mis pies estaban llenos de ampollas por el suelo caliente y la suela barata de mis tenis. Había perdido toda la esperanza de vender algo cuando el sol estaba empezando a esconderse y en su lugar la luna se alzaba con todo su esplendor. Empecé a recoger mis cosas para irme a buscar un motel barato y algo de comer, triste, enojado, sintiéndome inservible, tal cual como mi padre me había dicho. Hasta que escuché una risa con un timbre que me resultaba muy familiar. Levanté la mirada mientras terminaba de recoger las pinturas y enfrente de mí estaba parada una mujer. Era ella. La niña que tanto me gustó en mi infancia, solo que ya no era una niña, naturalmente el tiempo hizo su trabajo y ahora era una mujer preciosa. Ya no tenía el cabello

rizado ni chocolatoso, ahora tenía el pelo rubio completamente liso. Sus ojos de miel brillaban tan pacíficamente que le regresó la calma a mi cabeza y puso a mi pecho a latir por segundos. Su postura seguía erguida tal cual la recordaba. En un reflejo del pasado vi a alguien completamente diferente. “¿Puedo verla?” Me preguntó mientras tomaba una de mis pinturas. “Claro” le dije. Tomó la pintura con ambos brazos estirados y la cabeza un poco inclinada. “Está representa la muerte,

¿cierto?, un hombre vestido de negro con un fondo blanco y un hueco en donde debería de ir el corazón” me dijo. “No es la muerte que todos creen que es, no es alguien que dejó de vivir porque su corazón se detuvo y su cerebro dejó de mandar señales al resto del cuerpo. Es más, una muerte en vida, por eso el fondo blanco” respondí. Seguía mirando la pintura con la cara torcida, como pensativa, nunca había visto a alguien tan reflexivo con una de mis pinturas, nunca me sentí más visto que en el momento en el que estaba más solo. “Ahora veo, es alguien que dejó los sentimientos de lado, alguien que alguna vez fue feliz y en un momento dejó de serlo, lo dejo sin esperanza, sin ánimos, sin vida” me contestó viéndome a los ojos.

Siempre la vi feliz. Sonriendo. Disfrutando la vida. Y de todas maneras comprendía la melancolía humana. “¿Qué precio tiene?” me preguntó. “200 pesos” contesté. Sacó dos billetes de cien y me los dio. Yo sabía quién era ella, pero no estaba seguro si ella sabía quién era yo. Preferí no decir nada porque me sentía apenado de la situación en la que nos encontramos. Alguna vez imaginé como sería mi vida si es que alguna vez nos reencontráramos, sería un pintor exitoso con múltiples exhibiciones en Nueva York, París y Milán, un

trotamundos. Nunca pensé que la realidad sería lo contrario de eso, nunca me imaginé que ella tuviera que verme mientras yo moría de hambre al borde del colapso por una insolación. Guardé mi silencio, tomé los billetes de cien y le entregué la pintura. La tomó, se dio la vuelta y nunca miro hacia atrás.

Con el orgullo destrozado, un hueco en el estómago y una luna llena como testigo de mi fracaso, tenía que seguir. Ya no había manera de volver atrás. Tampoco lo quería hacer.

Deambulé por los callejones de la zona buscando donde podía comer más por menos dinero. Después de ver diferentes cartas de diferentes restaurantes por fin llegué a una cafetería en una casona vieja que vendía sándwiches de jamón y queso por cincuenta pesos. Entré y me compré dos junto con un vaso de agua. Después de tantas horas en la calle pude sentarme en una silla relativamente cómoda, debajo de un techo que me regalaba su sombra, comiendo sándwiches hechos con pan rancio del día anterior y fríos por la hora en la que llegué. Mi vida en un día se convirtió en una mierda, no había manera de evitarlo, ya no tenía casa ni familia, mi orgullo fue pisoteado, la pasión que tanto me sacaría de la calle no fue siquiera volteada a ver y mi cartera cada vez se vaciaba más rápido. No pude evitar que un par de lágrimas mojaran mi comida mientras mis sollozos rompían con mi silencio. No pude evitar sentirme miserable. Una empleada del lugar me vio limpiarme los ríos de tristeza de la cara y se acercó conmigo, solo me dijo que todo estaría bien y que el sol saldría de nuevo. Le dije que no esperaba que el sol saliera, que el sol siempre ha cubierto de sus rayos, pero nunca me ha dado un poco de su luz. Se quedó en silencio impactada por mi respuesta, aunque parecía

dispuesta a escucharme, entonces le conté todo lo que sucedió en mi día. Era tanta mi desesperanza que la primera vez que compartí mis sentimientos fue a una completa extraña. Nunca la había visto. Ni siquiera sabía cuál era su nombre. No era nadie en mi vida y en un segundo se volvió más importante que todas las que me rodearon alguna vez. No buscaba exactamente que me solucionara algo, de hecho, no esperaba que pudiera hacerlo, solo ya no podía más conmigo mismo así que intenté que alguien más cargara tanto dolor conmigo. Ella solo fue oídos mientras yo era transparente.

Cuando le dije que no tenía en donde dormir vi como le brillaron los ojos, sabía que tenía una idea en mente para mí. Me dijo que al lado de la cafetería había un hostel en el cual podría quedarme hasta conseguir dinero para poder rentar un cuarto y que hablaría con su jefa temprano para ver si podría conseguirme algún trabajo dentro de la cafetería. No entendía porque quería ayudarme. No me conocía. No sabía ni siquiera mi nombre. Era un hombre desolado que llegó a su trabajo por casualidad. Aunque si lo pienso en este momento, fue una causalidad.

Me trajo la cuenta y le dejé los doscientos pesos de la pintura que vendí como agradecimiento por sus ganas de ayudar. Recogí mis cosas y fui al hostel para dormir esa noche.

Dormí extrañamente tranquilo ese día a pesar de lo sucedido. Desperté porque escuché golpes en la puerta y fui a abrirla. Al momento de abrir vi que la persona parada afuera era la mujer de la cafetería. Me dijo que me cambiara y que me esperaba abajo para mi primer día de trabajo. Estaba sorprendido de lo eficaz que fue. No pasaron ni veinticuatro horas y ya me había conseguido un lugar para dormir y un empleo.

Nunca terminaré de estar agradecido con ella.

Cuando bajé me dijo que el único lugar disponible para mí era como parte del equipo de limpieza; tendría que lavar los baños, trapear y barrer los pisos, limpiar los vidrios y asegurarme de sacar la basura todos los días después de que el lugar cerrara. No era específicamente mi trabajo deseado, pero teniendo seiscientos pesos en la cartera, durmiendo en un hostel y con el corazón lleno de rencor por no ser lo suficientemente bueno para vivir de mis pinturas, era el trabajo ideal. Le agradecí como doscientas veces y me puse a trabajar.

Realmente nunca me disgustó trabajar en ese lugar, lo que tenía que hacer como mi trabajo puede que no fuera mi actividad favorita, pero la casona estaba llena de esculturas, pinturas, libros y otras obras de arte. En mis tiempos libres me ponía a observar con profundidad las técnicas con las que estaban hechos los cuadros en exhibición, me daba nuevas ideas para nuevas pinturas, ideas diferentes en terrenos que no había explorado aún. De alguna manera no solo trabajaba por dinero, también trabajaba por inspiración.

Pasaron tres años desde que empecé a trabajar ahí, el tiempo voló. Ya había juntado dinero suficiente para dejar de vivir en un hostel y pude empezar a pagar la renta de un cuarto que estaba a un par de cuadras de mi trabajo. Ya no mendigaba por las calles de la ciudad pensando que sería de mí, si podría ser alguien o si dejaría de ser visto como escoria. De repente un día desperté, fui al baño a lavarme la cara, como lo hacía por costumbre, y vi que mi cabello empezaba a tener canas y que mi rostro, alguna vez lampiño, empezaba a enraizar algo parecido a una barba. Empecé a envejecer. Eso me aterró tanto que sentí como los

huesos me temblaban y mi respiración se agitó un poco. Ya no era un méndigo, ahora solo era un don nadie.

Quería ser pintor cuando era aún más joven, cuando recién me salí de mi casa esa era mi meta, de hecho, era la razón dominante de porqué lo hice, pero ya tenía noches sin pintar de lo cansado que llegaba del trabajo, ya no veía las nuevas obras exhibidas en la casona por pasión, solo por rutina. Dejé de vivir, pero seguía vivo. Ya no tenía una sola pasión por la cual trabajar, solo trabajaba por conseguir dinero y nada más, solo quería el dinero para poder comer y pagar la renta a fin de mes. No sabía quién era. Qué era lo que quería. No sabía si seguía siendo la misma persona que alguna vez fue inventor de sus propios juguetes o si seguía siendo el rostro cansado resultante de un hogar corroído por el odio y el rencor.

Mientras me veía al espejo y escuchaba como el agua caía del grifo empecé a sentir miedo. Solo sería un intendente de limpieza por las oportunidades tan limitadas que tenía alguien como yo, y, todo lo que alguna vez deseé ser, se quedaría perpetuado en el viento como solo eso, un deseo. Sintiendo tanta rabia de ver un reflejo de un joven viejo, tan vivo, pero tan muerto, golpeé el espejo quebrándolo en pedazos. Después de romper mis impulsos vi mi mano ensangrentada. El río carmesí recorría mis nudillos y pude ver la sombra de mi padre cubriendo mi reflejo. Nunca había golpeado a nadie, solo los había recibido. Sentí, por primera vez en mi vida, lo que era el poder. Ahora lo pienso bien y sé que ni siquiera es poder, es todo lo contrario, es un capricho de niño actuando con la madurez y la fuerza de un adulto. Nunca lo quise hacer de nuevo. Me limpié las heridas de las cortaduras de los vidrios y recordé que tenía que ir a trabajar.

Una vez llegué a mi trabajo vi que estaban cambiando todas las obras, era hora de una nueva exhibición. Pregunté de quién eran las pinturas y me dijeron que habían sido prestadas por una chica que era dueña de una galería de arte muy importante en la capital. Solo me quedé callado y tomé un trapo para limpiar las mesas y que el día empezara.

En uno de mis recorridos por la casona, vi que casi en la entrada, estaba la pintura que había vendido años atrás a la mujer que alguna vez me gustó tanto. Me estremecí por un momento. Me llené de impotencia. De rabia. Había ganado mucho más dinero exhibiendo la pintura que todo lo que yo había ganado trabajando en la cafetería. Me sentí abusado. Despreciado. Aquel joven desesperado por conseguir dinero fue víctima de este y habría perdido el juicio.

La pintura estaba en un marco de vidrio templado, reluciente, aún podía observar perfectamente los trazos y el lienzo aún se veía impecable. Era claro que desde el primer momento en el que la compró fue directo a su galería y la puso en exhibición. Se me salieron un par de lágrimas al ver mi pintura exhibida. No había manera de que pudiera reclamar los créditos y algunas regalías por esa pintura porque nadie podría saber que la hice yo.

Yo nunca firmaba lo que pintaba pues solo lo hacía por gusto, entonces realmente nunca tomé la firma como algo serio. Aunque la pintura que estaba exhibida sí estaba firmada. Estaba firmada por “el chico de los ojos cansados”.

Inmediatamente solté el trapo y fui a preguntarle a la cajera si sabía quién era o cómo se llamaba la dueña de la galería. Negó con la cabeza y siguió contando el

dinero con el que abriría la cafetería. Le pregunté a la barista y lo mismo. Le pregunté al otro intendente y tampoco pudo darme una respuesta.

Por la tarde fue la dueña de la casona para ver como andaba el negocio. Cuando abría la cafetería yo tenía treinta minutos de descanso, para desayunar o tomar un café, y después regresaba al trabajo.

Apenas la vi y fui corriendo a preguntarle. Me dijo que no tenía idea de cómo se llamaba la chica, pero que la galería se llamaba “el corazón de la calle” y que podría revisar más de lo que hacían en internet. Le agradecí mucho y quise salir volando directo a la capital para hablar la mujer de ojos brillosos. Pero tenía que cumplir con mi turno y no podría salir de ahí hasta el domingo.

Regresé a mi cuarto por la noche y no podía dejar de pensar en qué haría ahora. Mi obra ya había sido expuesta en la capital, ya había sido vista por quien sabe cuántos ojos y recaudado quien sabe cuánto dinero. Entonces, en mi cabeza, empecé a planear lo que haría. Llegaría a la galería, preguntaría por la dueña, le diría que yo era el chico de los ojos cansados y que quería exponer más de mis pinturas en su galería como pago por haber hecho eso con mi pintura. Algo sencillo, rápido y beneficioso para todos. Mi vida cambiaría nuevamente en un solo día y ahora sería quién yo quería ser. Dando vueltas por el cuarto me corté con uno de los vidrios del espejo que rompí más temprano ese día. Otra vez viendo mi sangre me juré que nunca más quería volver a ser esa persona. Y para dejar de ser esa persona, tendría que empezar a ser alguien más. Me decidí a que iría a la capital, con todas mis cosas, y empezaría a pintar de verdad.

Y eso hice, tomé las escasas cosas que tenía, las metí a mi mochila vieja, compré mi boleto de camión hacia la capital que estaba a unas tres horas de mi ciudad, y me convencí de que podría hacerlo.

Llegó el domingo, hora de irme. Subí al camión, me puse los audífonos con el cable roído que había comprado en un mercado y me dispuse a mirar por la ventana todo el camino que estaba por recorrer. En el camión, al lado mío, había una señora algo vieja que no paraba de mirarme. Cuando por fin la vi con mi cara amarga y mis labios secos, intenté sonreírle de la mejor manera que pudiera. “A dónde vayas no muestres esa cara, das miedo muchacho” me dijo con cara de asombro. Después de ese comentario algo hiriente me preguntó a qué iba a la capital. Le contesté que iba a empezar a ser alguien. “Tus ojos están cansados, ¿no estás seguro de que ya eres alguien?” me dijo sonriendo. Puede que tuviera razón. Pero ni yo mismo podía reconocerme, no era nadie, no me sentía como alguien. Asentí inocentemente la cabeza y volví a ver por la ventana.

Cuando el camión finalizó su recorrido en la terminal de autobuses, bajé y hasta el olor del ambiente era diferente a lo que estaba acostumbrado. No había nubes en el cielo. Ni siquiera era azul. Estaba cubierto por grandes cantidades de smog y todo era grisáceo. Parecía una ciudad algo triste, llena de melancolía, una ciudad perfecta para mí. Desde que puse mis pies en su suelo supe que yo tendría que estar ahí. Aunque en mi ciudad disfrutaba mucho de las nubes y de los hermosos cielos naranjas, con tonos morados y nubes rosas que se podían ver en los atardeceres, en la capital no había nada de esto, pero tenía una belleza propia que a muchos de los ojos puede parecer algo grotesca. Cuando se habla de la capital de mi país siempre se mencionan

las calles llenas de baches y basura, la inseguridad que hay rondando a los habitantes y la competitividad que rodea a los jóvenes que buscan crecer en el mundo laboral. Es raro que se hable de los rascacielos que muestran la ciudad completa, desde el centro hasta los cerros que fueron urbanizados por la población tan grande que hay, es raro que se hable de la basta cultura que tiene, el arte, los museos, la música y todos sus centros. Dentro de todo el caos, la belleza siempre puede ser perceptible.

Era apenas medio día y según lo que había investigado la galería abría a las 11 am. Pedí instrucciones de cómo poder llegar y resulta que la galería estaba al otro lado de la ciudad de donde yo estaba en ese momento, para llegar tendría que pasar por todo el tráfico que caracteriza a la capital. Hice como una hora y media en recorrer la ciudad. Yo no tenía auto, entonces tuve que subirme al metro sin conocer el nombre de las estaciones o tan siquiera cuales eran las delegaciones que subdividen a la ciudad. Pude tomar el metro porque me explicaron con peras y manzanas dónde debería de tomarlo, cuándo y dónde debería de bajarme, fue algo confuso, pero lo conseguí.

Una vez que estaba fuera de la galería quedé maravillado. Era una construcción que parecía haber sido recuperada de los escombros, la fachada se veía completamente rejuvenecida, pero por la zona en la que se ubicaba era claro que la estructura principal llevaba ya muchos años de haberse construido. Tenía cristales largos y altos que hacían que se pudieran ver algunas exposiciones desde afuera de la calle, cosa que llamaba mucho la atención de los que pasaban caminando. Desde fuera pude observar que tenía varios pisos, dos o tres por lo menos estaban a la vista. Había una escalera

de mármol en el centro del lugar que llevaba a diferentes exposiciones. Creo que estaban separadas las obras por sus conceptos.

Entré y lo primero que hice en la taquilla fue preguntar por la dueña. Creo que mi pregunta no fue algo común para el señor que cobraba porque me vio con cara de sorpresa y supe que no tenía ni idea de cómo responderme. Posiblemente ni siquiera sabía su nombre, él solo estaba haciendo su trabajo. Me respondió que no tenía idea, pero sí me preguntó para que quería esa información. Únicamente le dije que había visto una foto de una pintura del “chico de los ojos cansados” para después endulzarle el oído diciéndole que quería comprarla porque me recordaba mucho a tiempos en los que era pobre, antes de ser un empresario exitoso que viajó desde Madrid hasta la Ciudad de México solo para poder hacerme de esa obra. Creo que no se creyó esa historia. La razón principal es que yo no parecía un empresario, no iba vestido con un traje italiano hecho a mi medida, no tenía el pelo bien recortado o un reloj que pudiera dejar ciegas a las personas con su resplandor tan caro. Amablemente me dijo que podría hablar con el encargado de arte de la galería para poder hacer negocios y me pasó su contacto. Le agradecí y fui a sentarme a una banca que estaba al lado del baño.

Marqué a su celular y me mandó directo a buzón de voz. Marqué de nuevo y sucedió lo mismo. Marqué otra vez pensando que tal vez estaría ocupado en alguna junta y que su celular estaba apagado. No me quise ver extremadamente desesperado y decidí quedarme sentado unos momentos para volver a llamar y esperar que si me contestara. Pasaron las horas y nunca me devolvió la llamada. Después de haber estado sentado

en la entrada durante horas decidí rendirme e irme.

Estaba en la misma situación que viví cuando me salí de casa. Desamparado, solo, sin techo ni a donde llegar, era un alma pena que tenía que volver a deambular por la ciudad buscando un refugio.

Después de sentirme tan insuficiente, apareció una voz dentro de mí que me recalcaba el fracaso de vida que tenía. Tenía que callarla de alguna manera u otra. Caminando por las calles de una ciudad desconocida para mí llegué a un bar que en principio parecía de mala muerte cerca de la galería. Era un lugar en el anunciaban “cervezas frías por veinte pesos”. Era claro que antes era una casa pues aún mantenía la estructura principal de lo que era la cochera. La casa estaba pintada con un color anaranjado terracota, adornada con rocolas de los 80’s y una diversidad de placas oxidadas de diferentes estados del país pegadas en las paredes, afuera había mesas blancas de plástico con sus respectivas sillas que un principio eran blancas, pero por el polvo y la tierra ahora tenían un color gris percudido. Creo que el barrio en el que estaba no era muy seguro, pero no tenía nada que perder.

Estando sentado, repasando todos los fracasos que había tenido en mi vida escuché que, de un coche azul estacionado en la calle, provenía una risa con un timbre familiar, entonces dejé de ver la etiqueta de la botella de cerveza y levanté la mirada. Era ella. La dueña de la galería.

No dudé un solo segundo y me levanté de mi silla para poder alcanzarla antes de que entrara al local de al lado. “¡Hey!” grité con la poca fuerza que me quedaba. Me volteó a ver asombrada mientras caminaba hacia ella, la asusté un poco pues la manera en cómo llamé su

atención también pudo haberse confundido con la manera en cómo puede operar un asaltante. Cuando vio que me acercaba no pensó dos veces si entrar al local o no y tuve que seguirla hasta dentro.

Me pareció bastante extraño que al lado de la cantina en donde estaba sentado hubiera un bar tan elegante. Tuve que pasar entre el tumulto de gente que estaba en la pista de baile hasta poder encontrarla. Llevaba puesto un vestido gris brillante casi plateado que reflejaba las luces del lugar entonces no fue muy difícil. Cuando por fin llegué a su mesa vi que estaba acelerada hablando con sus amigos, yo supongo que les estaba contando como un sujeto con ropa desaliñada le gritó en la calle y lo asustada que se sentía. “Es él” le dijo a un hombre que estaba a su lado. Inmediatamente se levantó y se puso enfrente mío como para intimidarme y hacer que me fuera. “Solo quiero hablar con ella, no quiero hacerle nada te lo prometo” le dije sin obtener muchos resultados, no se quitaba, seguía parado como guardaespaldas. “Dile que soy el chico de los ojos cansados y me gustaría hablar con ella. Voy a estar afuera por si cambia de opinión” fue lo último que le dije al “guardaespaldas”, me di media vuelta y salí del lugar.

A los pocos minutos salió y lo primero que hizo fue pedirme disculpas. Le dije que entendía el motivo por el cual salió corriendo en un principio y que de haberme sucedido a mí habría hecho lo mismo. Después de eso me vio a los ojos, confundida y un poco consternada, “¿qué haces aquí?” me preguntó. Le dije que venía desde mi ciudad solo para buscarla a ella. “¿A mí? ¿Por qué me buscabas a mí?” Me preguntó bastante confundida. Le conté que al lugar donde trabajaba habían llegado las pinturas que ella había prestado, pinturas que alguna vez estuvieron en exhibición en su

galería y que una de ellas era mía, era la que le había vendido años atrás después de haber huido de casa. “Ya veo... por fin nos podemos conocer” me dijo sonriéndome. Ella seguía sin reconocermme. Seguía sin saber que no era la primera vez que nos veíamos, creo que ni siquiera recordaba que alguna vez estuvimos juntos en clase y mucho menos creo que pudiera recordar que me gustaba. Decidí no decirle nada, preferí evitarme la vergüenza de ser alguien tan olvidable y le seguí la corriente.

Antes de que pudiera decirme otra cosa le dije que no quería el dinero recaudado por la pintura, que esa pintura le pertenecía a ella con todo y las regalías, le dije que solo quería un espacio para poder exhibir el resto de las pinturas que tenía en mi repertorio. Me dijo que tenía que pensarlo porque ya habían preparado el resto de las pinturas que tendrían para la próxima temporada y que tendría que entrar a una especie de lista de espera. Sin estar completamente convencido del resultado le agradecí por contemplarme y volví a dar media vuelta para irme.

En ese momento, vi al suelo y algo en mi cambió. Ya no podía conformarme con las posibles oportunidades que me daban. Sentí que nada de lo que había hecho había sido por mis propios méritos, todo me lo habían dado. El trabajo que tenía ni siquiera lo busqué, me lo regalaron prácticamente. Mi cuaderno fue un regalo también. Me di cuenta de que si quería lograr ser alguien tendría que empezar a esforzarme de verdad. Decidí no tomar un no por respuesta, entonces me giré rápido y logré alcanzarla. Le dije que me gustaría invitarle algo de tomar, pero en otro lugar porque no tenía dinero y ese bar se veía caro. Normalmente una mujer como ella le diría que no a un hombre como yo, pero desde ese

momento logró demostrarme que era alguien diferente al resto. Accedió y vino conmigo al local de al lado.

Nos sentamos y le conté de mí. Le conté que había perdido contacto con mi familia desde hace mucho tiempo y que desde el momento en que me fui de casa nunca pensé en hablarles. Le conté que trabajaba como intendente y que la única manera de mantenerme con vida era por mis ganas de pintar y ser alguien. Le conté que durante mucho tiempo sufrí por sentirme tan vacío. Básicamente le enseñé todas las heridas que se veían por mi cuerpo y las que aún faltaban por cicatrizar. Nunca lo había hecho. Nunca pensé que tendría a alguien para hacerlo. Me sentí un poco vulnerable y no estaba acostumbrado a sentirme así. Creo que por primera vez me sentí como una persona de verdad.

Después de haber utilizado sus oídos como mi catarsis fue que le dije que por eso me apasionaba pintar. Todas esas cicatrices que cargaba conmigo no tendrían que ser horribles y de un solo color. Podrían ser lo que yo quisiera. Por eso es que la pintura que le vendí alguna vez era un hombre muerto en vida. Honestamente pensé que después de haber escuchado tantas tragedias de un completo desconocido iba a asustarse e iba a irse. Pero no. Todo el tiempo estuvo escuchándome sin decir una sola palabra, y por más extraño que suene, su silencio me hacía saber que me comprendía, que me acompañaba y que, aunque fuera por un segundo, no estaba solo. Su mirada era tierna pero firme, sus ojos brillaban y sus labios me hipnotizaban. No sabía porque, solo no podía despegar mi mirada de ellos.

Terminé de hablar y ella comenzó. Lo primero que hizo fue pedirme disculpas por haber expuesto mi pintura sin su permiso y confesarme que estuvo días

recorriendo el centro de la ciudad para ver si me encontraba y poder hablar conmigo, pero que al paso de la semana que no me vio deambular por ahí regresó a casa y firmo la pintura por mí. Le pregunté porque había firmado como “el chico de los ojos cansados” y me dijo que era porque ese era yo.

Incluso me dijo que la mayoría de las cosas que le conté se las imaginaba tan solo por ver lo que expresaba mi pintura, que era muy notorio que cicatrizaba mis heridas con arte y que estaba demasiado lastimado para poder ver la vida de esa manera. Empezó a hablar de su infancia y del impacto que había tenido apreciar el arte para alguien que también buscaba una salida. Me contó que ella también había escapado de su ciudad de origen porque su padre abusaba de ella cuando era una niña. Lo que me pareció interesante es que entre sus palabras nunca pude sentir el odio que debería de sentir alguien con eventos tan traumatizantes en su vida, más bien, las decía con pena y hasta cierto punto misericordia. También me confesó que su madre había muerto junto con la que sería su hermana menor por un parto que se complicó cuando ella estaba en primaria, era muy parecida a su madre y al parecer esa era la razón por la cual su padre abusaba de ella, porque era igual de hermosa que su madre. Cuando se cansó de la situación huyó hacia la capital con su abuela y que la galería estaba donde antes era casa de su abuela.

Ella comprendía mi arte porque de alguna manera, estaba igual de rota que yo.

Las horas pasaron y entre relatos del pasado comparados con reflejos del presente el lugar ya estaba llegando a su hora de cierre. Se despidió de mí y uno de los hombres que la estaban ocultando en el bar de al lado ya la esperaba en el coche azul del que se bajó. Me

dijo que nos viéramos al día siguiente para planear cuál sería nuestro siguiente paso. Logré cambiar ese rotundo no por un sí. Me sentí feliz. De tanta felicidad olvidé que no tenía en donde quedarme y antes de que se subiera al coche le pedí una recomendación para pasar la noche sin necesidad de gastar mucho dinero. Me dijo que había un hostel a un par de cuadras de su departamento y que ella podría darme un aventón.

Cuando subí al coche pude darme cuenta de que el hombre alto y musculoso que la “cuidaba” en el bar no era su guardaespaldas, era su novio, su prometido para ser exacto pues en algún punto de la noche, cuando tomaba su cerveza, vi que tenía un anillo al lado del meñique y que en el trayecto al hostel iban agarrados de la mano. No sabía si era mi impresión, pero él tenía muy mala cara, no sonreía ni cuando ella le besaba la mejilla y mucho menos parecía importarle lo que ella le decía. No podía aguantar mi angustia, ella me había encantado durante tantos años y ahora estaba comprometida con un hombre que no tenía el mismo brillo de sus ojos. Llegamos al lugar. Me bajé y dispuse a caminar hacia el lobby para pedir las llaves de mi habitación y descansar un poco.

Nunca fui muy creyente de Dios ni mucho menos del destino, no creía en los lazos “místicos” que presumían las parejas casadas, nunca viví uno. Lo más parecido que había vivido hasta ese momento eran lazos legales que unían a dos personas que comían en la misma mesa, que dormían en la misma cama, que vivían bajo el mismo techo, pero sin duda alguna, se odiaban. Pero esa noche algo cambió en mí. No podía dormir porque algo en mi pecho se sentía acelerado, como si estuviera a punto de tener un ataque de ansiedad, pero no había pensamientos que me inundaran, ni voces en mi cabeza

diciendo lo poco que valgo, lo malo que soy en todo y el fracaso de persona en el que me había convertido, era algo diferente, algo bello. Los ojos de ella seguían postrados en mi imaginación; claros, grandes, con pestañas cortas pero achinadas, unas cejas pobladas, pero bien delineadas, peinadas perfectamente formando curvas que parecían pintadas con pincel. Sus labios finos y rosas, adornados con una especie de labial brillante con olor a fresa. Su sonrisa seguía mirándome, alegrando a mi alma tan rancia. Nunca había sentido algo parecido. Nunca había sido feliz de haber hablado con alguien. Nunca me había sentido comprendido. Nunca había sentido que mis palabras tuvieran un destino, que estuvieran hechas para ser escuchadas, en realidad, nunca pensé que alguien pudiera interesarse en lo que alguna vez viví. Pero ella, ella sí.

Alguien completamente diferente a una persona normal, con tantas y tan profundas heridas podía sonreír honestamente, olvidando, tal vez ocultando, todo el dolor por el que alguna vez pasó. Esa noche supe que ella era a quien quería sentir todas las noches cuando el sol se escondiera. Era ella con la que quería ver cada amanecer hasta que el sol se apagara. Era ella.

Soñé con ella esa noche, no recuerdo bien que fue lo que soñé, solo recuerdo que desperté muy feliz, con ganas de volver a verla. De hecho, así sería, nos veríamos por la tarde para empezar a ver cuáles de mis pinturas podrían acoplarse a la exhibición y cuáles podrían tener un posible comprador para algunas otras galerías de la ciudad. Y así fue. Pasó en su coche azul por la tarde, yo ya la esperaba afuera del hostel con mis cosas. Subí y me di cuenta de que está vez iba sola, su comprometido no estaba dentro del auto y honestamente no me interesaba preguntar dónde

estaba. Cuando subí la vi un poco diferente que la noche anterior. Traía lentes de sol puestos y se lograban distinguir sus ojos claros. La sonrisa con la que me saludó no fue honesta, al contrario, pensé que le estaba costando hacerlo. Su voz seguía manteniendo el mismo timbre dulce, pero se escuchaba como su garganta carraspeaba. Iba completamente vestida de negro a excepción de una especie de pañuelo que sujetaba su cabello que era completamente colorido, con distintos patrones y figuras, una especie de falda negra y larga que prácticamente le llegaba a los tobillos y una blusa negra con cuello largo. Se veía completamente hermosa.

Me dijo que iríamos a tomar un café a su lugar favorito. Por defecto, pensé que iríamos algún lugar elegante y caro, lleno de extranjeros y gente rica. No pude estar más equivocado. Para llegar al lugar tuvimos que manejar como cuarenta y cinco minutos desde donde me recogió. Pasamos por distintas delegaciones, que yo ni siquiera sabía que existían, hasta poder salir del área urbana. Recorrimos no sé cuantos kilómetros de carretera y, por fin, llegamos, al medio de la nada. Se estacionó en una gasolinera con una pinta algo sospechosa y me dijo que la ayudara a bajar algunas cosas de la cajuela. El café que nos tomaríamos no sería nada especial, fue lo primero que pensé, cuando tomé todas las cosas que pude me dijo que la siguiera, que me llevaría al único lugar donde podría ser ella de verdad.

En las manos llevaba un termo plateado, un par de sobres de azúcar, una taza y una manta. Pasamos por detrás de la gasolinera y empezaba un camino que llevaba hacia lo alto de un cerro. No pregunté nada, solo la seguí, sabía que podía confiar en ella. Una vez que llegamos a lo alto del cerro, después de haber estado

subiendo como unos veinte minutos, se podía observar toda la magnitud de la ciudad. Pude observar donde empezaba y hacerme una idea de donde terminaba. Pude ver como todos los edificios resaltaban entre avenidas principales y sus copas estaban llenas de smog. Escuchaba como a lo lejos el sonar de los cláxones no resonaba con tantas ganas, al contrario, se escuchaban tan débiles como el cantar de los grillos.

Buscó una buena sombra del árbol perfecto, grande, robusto, alto, con tantas grietas haciendo alusión a las arrugas que tenemos los humanos cuando envejecemos, con ramas anchas y largas que sostuvieran una cantidad considerable de hojas verdes y cafés, que su sombra fuera fresca pero que no fuera fría. Una vez encontró el suelo paralelo a la copa del árbol perfecto, puso la manta en el suelo, se sentó con ambas piernas cruzadas y extendió su mano para que la tomara y me sentara también. Seguía con los lentes de sol puestos mientras ya nos encontrábamos cubiertos de pies a cabeza por una sombra exquisita, cosa que me pareció bastante extraña. Le dije que se los quitara, que quería ver sus ojos, que soñé con ellos y que ya no podía esperar otro segundo para verlos. Dudó bastante si hacerlo o no, pero la inocencia

en mi mirada y la ternura en mis palabras la convencieron, se quitó los lentes y antes de poder ver la miel de su iris observé una marca morada que rodeaba todo su ojo derecho. Claramente no era maquillaje, tendría que ser de algún golpe, y un golpe bastante fuerte porque en su ojo aún se podían ver los vasos sanguíneos reventados. Miró mi cara de espanto y me dijo que todo estaba bien. No le creí claro está. No sabía de primeras que es lo que le había ocurrido, pero nada

bueno pudo haber sido. Se dio cuenta de mi desconfianza en sus palabras, tomó mi mano una vez más, y acariciando el lomo de arriba hacia abajo me dijo que podía confiar en ella. Sedujo a mi oído y tuve que creerle. No supe que decir, tuve que haber actuado de una manera menos pasiva, tuve que haber roto mi silencio y hacerle saber que ella también podía confiar en mí. No lo hice y me arrepiento tanto.

Tomamos el café sin hablar mucho en realidad, creo que disfrutaba más de su presencia que de sus palabras, no necesitaba escucharla para entenderla y ella a mí tampoco, con estar mirando la ciudad callados era más que suficiente. No me imaginé que podría sentirme cómodo con otra persona estando en silencio, sin hablar, sin siquiera hacer ruido cuando respiraba, eran los momentos en donde más vulnerable me sentía. Dejaba de adornar tanta oscuridad con ilusiones, dejaba de mentirme a mí mismo y podía ser quien realmente era, no quien deseaba ser, creo, que eso es el encanto que tiene el silencio, ahí no existen deseos, no existe pasado ni existe el futuro, solo existe un solo momento que en cualquier segundo puede acabar y nunca más podría ser recuperado, solo existe la nada, solo existe la compleja realidad en la que todo es vacío, pero no necesita estar llena, solo necesitar disfrutar de su vacío, la compleja realidad de la nada. Yo solo necesitaba disfrutar de mi vacío, yo debía de aprender a ser como la nada.

Terminamos de beber café sin siquiera haber mencionado el arte, ese momento en sí fue arte puro, y ella dijo que quería ver al cielo, comentario que me pareció peculiar porque debajo de un árbol y en una ciudad tan contaminada el cielo no tendría colores fascinantes ni estrellas ni nubes que observar. Ignoró

mi comentario y se recostó en la manta, su cabeza quedó al lado de mis piernas y me dijo que la acompañara, que quería enseñarme algo. Lo hice, me acosté a su lado y empecé a ver lo que ella veía. En un principio no comprendí que es lo que quería que viera, volteaba hacia arriba y solo había ramas y hojas, volteaba a mi izquierda y solo se veía el camino por donde veníamos, cerraba los ojos y solo aparecía un plano anaranjado que se formaba por mis párpados cerrados y un sol resplandeciente alumbrándome con sus rayos. Lentamente y con poca intensidad empezó a hablar, me dijo que me concentrara y que guardara silencio, que viera el movimiento de las ramas con el aire y que apreciara el sonido de las ramas más débiles temblando por la corriente de aire recorriendo su cuerpo y acariciando sus hojas. Así lo hice. Jamás había visto un árbol con tanto detenimiento. Lo que vi me pareció la obra de teatro más hermosa jamás interpretada. Escrita y producida por la naturaleza, protagonizada por el árbol que nos regalaba su sombra y por el sol que nos anunciaba que aún el día tenía muchos pasos por recorrer y complementada por el aire que silbaba de la felicidad de recorrer las ramas tambaleantes de los árboles. Escuché perfectamente como el aire chocaba con las verdes y cafés hojas que caían a nuestro lado. Vi con mucho detalle cómo, lentamente, las ramas bailaban sin pareja, sin preocuparse de su existencia destinada a la soledad ni su muerte que algún día llegaría, solo disfrutando y moviéndose al ritmo de los cantos del aire. Llegó la calma. Se fue la tormenta. Extrañado del todo pude ser feliz. Bueno, pude tener un momento de felicidad.

Quise verla y decirle todo lo que pude sentir en segundos. Quise decirle todo lo que sucedió por mi cabeza cuando sentí como una hoja arrugada, vieja y

frágil caía poco a poco de la copa del árbol y terminaba en el suelo. Quería besarla. En el momento en que voltee a verla su blusa de cuello largo se había movido un poco y se notaban unas marcas rodeando su cuello, sin preguntar y con mucho atrevimiento bajé más la blusa para darme cuenta de algo. La marca de su ojo, las huellas que rodeaban a su cuello solo podían significar una cosa. Se levantó rápidamente ofendida y me dijo que la dejara en paz, después de eso me dio la espalda y la escuché sollozar.

Otra vez me quedé en silencio, no sabía cómo debía de reaccionar, no sabía si debía de decir algo o como decírselo, nunca había compartido tantas emociones con una persona, es más, nunca había compartido nada con nadie. A los pocos minutos empezó a llorar y yo no sabía cómo detener su llanto. Nunca fui bueno para las personas, siempre fui raro y frío y mis emociones siempre fueron invalidadas en casa, era algo completamente nuevo para mí. Las únicas palabras reconfortantes que alguna vez había escuchado fueron “todo va a estar bien” y me las dijo ella justo minutos antes de darme cuenta de que nada estaba bien. Solo pude levantarme, caminar hacia donde estaba, pasar mis brazos por debajo de los suyos que sostenían las lágrimas que derramaba, poner mi cabeza en su nunca y decirle en voz baja “todo va a estar bien, te lo prometo”, a lo que escuché un sollozo más intenso, me alejó y me dijo que ya no soportaba su vida. Tenía problemas con su prometido, él le era infiel cada que podía y cuando regresaba ni siquiera intentaba ocultarlo. Me dijo que él era de esa manera porque había estado muy dañado en su infancia y que no conocía a otra cosa. Le dije que mi vida fue de la misma manera, incluso que ya no tenía a nadie que me hablara, solo pinceles y pinturas que creaban seres inexistentes

que me hacían compañía en las noches más frías, y que no usaba mi infancia como excusa para tratar a nadie de esa manera, terminé mi argumento diciéndole que lo roto no sirve como prisión, sirve como la llave que te libera de todo acto temeroso, pues una vez roto, ya no puedes romperte más. Admitió que las marcas que tenía eran moretones porque por primera vez le había pegado, no sabía porque, solo lo hizo, estaban discutiendo por una estupidez y él se sacó de quicio, primero apretó su garganta para callarla y un puñetazo finiquitó el acto más violento que pude imaginarme. Pobre de ella.

No había mucho que yo pudiera decirle para que se calmara, solo estaba ahí, a su lado, escuchándola y limpiando sus lágrimas cada que se quedaban estancadas en los bordes de sus labios, creo que una vez más, mi silencio curó todo el daño que mis palabras no podían sanar. Terminó de hablar y sin decir una sola palabra la tomé suavemente de la cabeza y la acerqué a mi pecho pegando nuestras almas completamente. Su cabeza quedaba alineada perfectamente con mi corazón y yo podía sentir como su ritmo cardíaco, en un principio acelerado, calmaba su andar segundo tras segundo que pasaba en mi refugio. Terminó de llorar y se calmó, por último, me abrazó fuertemente tomándome por encima del cuello y yo puse mis manos rodeando su cintura, acercó su boca a mis oídos y tiernamente me dijo “no te conozco, pero si siempre me vas a sostener así, por favor nunca me sueltes” y nos mantuvimos en esa posición por los segundos más largos de mi vida. Yo ya no sentía el pulso de mi corazón, pero estaba seguro de que ella sí y deseé que el momento nunca acabara.

Terminó aquella danza de almas y regresamos al mundo. Ya no estaba llorando, ya no se veía como cuando me recogió, se veía feliz entre tanta oscuridad. Me dijo que quería enseñarme otro lugar, pero que tendríamos que ir rápido, mientras aún hubiera luz, que solo así se podía apreciar la belleza del lugar. Recogimos rápidamente la taza, la manta y el termo y bajamos lo más rápido que pudimos del cerro.

Una vez estando en el coche tampoco hablamos mucho, yo quería sacar el tema de su prometido y decirle que lo dejara, que aventara su anillo de oro por la ventana y que desapareciera conmigo. Por el éxito de su galería probablemente tenía el dinero para hacerlo, pero nunca lo vi de esa manera, solo la idea de pasar una vida con ella me emocionaba, manejar hacia el horizonte y perdernos entre todos los caminos que habían dentro de una ciudad tan grande. Yo era pobre y no tenía nada que ofrecer realmente, no podía comprarle un auto de lujo, joyas o llevarla a conocer todos los continentes, solo podía regalarle el mundo, mi triste y asqueroso mundo que se iluminaba por segundos cuando ella me miraba. No pude hacerlo. No quería regresar a su mente imágenes tan desgarradoras cuando ya parecía haber avanzado un paso hacia delante. No creía tampoco que quisiera hacerlo. No creía que pudiera hacerlo.

Detuvo el auto. “Ya llegamos, ¿confías en mí?, cierra los ojos y dame la mano” me dijo apenas se paró por completo el auto. Confiaba en ella, o lo más cercano que podía hacer. Antes de poner un pie en el suelo me dijo que me tapara los ojos con la manta para no hacer ninguna trampa. La amarré como pude en mi cabeza y se río. Dijo que con el color rojo de la manta y la manera en cómo me la puse parecía un turbante árabe. Le di mi mano y escuché como se habrían unos cerrojos y

después un rechinado de una puerta abriéndose. No estaba familiarizado en lo absoluto con las zonas de la ciudad, era la primera vez que iba y solo había visitado la galería, un bar de dudosa procedencia y un cerro en medio de la nada. Podía estar en un matadero y de todas maneras me habría alegrado que ella me matara.

Entramos al lugar, lo único que podía percibir eran olores, no olía a su perfume, de hecho, olía a una mezcla entre incienso y madera. Por el tacto y el sonido de mis pasos pude hacerme la idea que el olor maderoso provenía del suelo. Estábamos en una casa. El lugar se sentía íntimo, pacífico, limpio, definitivamente alguien vivía ahí. Me guió por el centro de la casa hasta llegar a una escalera, me advirtió que subiera bien los pies porque los escalones eran algo altos y era normal que la gente se cayera por ahí. Me hice otra idea, era un lugar recurrente para ella y ya había visto como más personas se caían, era su casa. El lugar que tanto deseaba por enseñarme era su casa. En un solo día me mostró su lugar privado en el que solo escuchaba sus pensamientos, al paso de las horas me invitó a su hogar. Con simples acciones me dejó entrar en su vida, a lo más profundo, a donde podría verla por completo y sin algún tipo de máscara. Aún no había abierto los ojos, pero por el olor y el material del suelo pude imaginar que su casa estaba cubierta de arte, de plantas y flores con distintos colores, de distintos tamaños e incluso de diferentes especies. Llegamos a una especie de pasillo y me guió todavía derecho, me dijo que ya casi llegábamos y que esperaba que no le tuviera miedo a la oscuridad. No entendí ese comentario, pero después de un trago de saliva, negué con la cabeza. Pasamos el pasillo y llegamos a otra escalera, pero ahora me dijo que tendría que agachar un poco la cabeza, que la escalera no estaba hecha para nadie más. Pasó primero, agachó mi

cabeza a una altura en la que no podía lastimarme y subimos.

Me quitó la manta de la cabeza y dijo que ya estábamos ahí. No sabía si era una broma, si era otra observación abstracta en la que tenía que disfrutar de mis pensamientos que saldrían a relucir por la habitación o exactamente qué es lo que tenía que mostrarme, pues estábamos en un cuarto completamente a oscuras, ni siquiera podía reconocer su silueta, es más, ni siquiera podía ver mis manos de lo oscuro que estaba el cuarto. “Espera un momento y empezará la magia” me dijo soltando mi mano y alejándose de mí. Escuché como dio algunos pasos, después se subió a una especie de sillón y abrió las cortinas del cuarto. Poco a poco, toda esa oscuridad fue opacada por el brillo tenue pero anaranjado que el sol que se escondía emanaba en el oeste, allá, detrás de todos los edificios y las luces de diferentes intensidades lo acompañaba un cielo de un color casi morado por algunas partes y los pocos rayos que quedaban pintaban por partes al mismo cielo de rosa. Se podía tener una vista panorámica del paisaje de casi 360° porque todas las paredes del cuarto estaban cubiertas por cristal a excepción del techo. Estaba maravillado del contraste celeste del sol con todas las luces que a mi parecer eran una metáfora para las intervenciones humanas dentro de la ciudad. Era hermoso. Tristemente, al estar tan contaminada habían desaparecido todas las estrellas.

Parece que leyó mis pensamientos, inmediatamente me dijo “sé que no se puede apreciar tanto sin estrellas que suplan al sol, pero mira” y bajó del sillón para conectar un proyector que apuntaba al techo. Y, en un segundo, todas las estrellas que faltaban en la ciudad fueron robadas y colocadas en el techo del cuarto. De pasar de

ser un cuarto oscuro y frío se convirtió en un auténtico paisaje digno de cualquier paraíso.

Primero, se sentó en uno de los sillones viendo hacia fuera, contemplaba como caía la noche y como la luna llena de ese día nos regalaba un poco de su luz a todos los que la mirábamos. Al caer la noche completamente se bajó del sillón y se acostó en la alfombra para observar todas las estrellas simuladas por el proyector. Quería ir con ella, pero dentro de mí habló aquella voz que me incitaba a pintar, a crear, a vivir. Le dije que si tenía una hoja y una pluma que pudiera usar porque quería retratar el paisaje. Me dio las instrucciones de dónde podría encontrarlas y empecé a dibujar. En un principio creía que lo que me deleitaba era el paisaje, la misma luna que me había visto deambular por tantas calles, la que me había visto caer y llorar, pero no era así, lo que me cautivó era ella, entonces repentinamente decidí que debía de dibujarla a ella. Intenté capturar la belleza del momento destacando con cautela los trazos que la plasmaban en la escena. Ella, tan hermosa sin siquiera intentarlo, valiente pero delicada, herida, pero con tanto amor por dar y tan poco que recibía, ella, que desde el primer momento en que mis ojos la vieron sabían que tendría musa para el resto de mi vida, ella, que no sabía nada de mí ni yo de ella, pero sentía que sabía todo, ella, ella...

En un momento observó que la veía mientras dibujaba y me pidió que le enseñara. Le dije que no, que no estaba listo, que era un dibujo horrible y que eran unos simples garabatos. Me arrebató la hoja de las manos y al ver el dibujo se puso a llorar. No entendí por qué. ¿La lastimé con mi horrible dibujo? ¿Verdaderamente había planeado un día tan perfecto solo para evitar hablar de mi arte? ¿Tan poco talento tenía?

Se limpió las lágrimas con la manta que estaba en el suelo y corrió directo hacia donde yo estaba sentado. Me tiró de la silla y cayó encima de mí. Tuve su mirada otoñal delante de mis ojos tristes, de mis ojos cansados, su pelo rubio formaba una cortina entre nuestras miradas y el resto del plano, sus manos la sostenían mientras su cintura estaba completamente recostada en mi cuerpo y su olor se empezaba a impregnar en la ropa que tenía puesta ese día, aún lo recuerdo. Regresó el silencio. El maravilloso y aterrador silencio nos enjauló en un momento, en el único momento de mi vida del que no quería escapar, ese maldito momento me enseñó que todo lo que había pasado no era nada, eran solo espacios vacíos en el camino que tenían que llenarse para llegar a ese momento, a ese preciso momento. Después de soportar tanto silencio nuestra respiración empezó a agitarse y me besó. Yo la besé. En un abrazo sentí como nuestras almas fueron una pareja de baile, moviéndose al mismo compás sin perder ritmo, sin pisarla, sin jalarme, en perfecta sincronía, como destinados a bailar juntos hacia la próxima vida. Pero, después del beso, después de ese beso sentí como nos hicimos uno. Después de sentir sus labios suaves y rosas pegados junto a los míos, resecaos y rotos, todas las dudas que tuve de ella se esfumaron. En un solo segundo esa incógnita de si sabía todo de mí se borró, estaba seguro de que lo sabía. Así como estaba seguro de que no quería besar a nadie más. Pero fue eso, nada más que eso, un solo momento, un solo segundo.

Se apartó de mí y se sentó al otro lado del cuarto. No me miraba con odio, pero ya no me miraba como antes. Algo cambió y no entendía por qué. Le pregunté que era lo que sucedía y no me contestó. Le pregunté una vez

más y bajo corriendo la escalera hasta llegar a su cuarto. Quería seguirla, ir tras ella y decirle todo lo que sentía. Decirle como me sentía cuando estaba a su lado, describirle la nube en la que estuve parado los segundos en los que nos besamos, decirle que ya no tendría que sufrir más, que yo tomaría todo ese dolor que siente y que alguna vez ha sentido, que se lo arrebataría y que viviría con él hasta el día de mi muerte. Claro estaba que ella no quería lo mismo. Tomé el dibujo, lo miré, cayó una lagrima de mi rostro y lo dejé en el escritorio.

Después de largos minutos pensando en qué debería de hacer decidí ir a ver que estaba sucediendo. Cuando llegué a su cuarto la puerta estaba cerrada, no quería interrumpir su privacidad y le di dos pequeños golpes a la puerta seguidos de preguntarle si podía pasar, me dijo que no. Entonces, me deslice por la puerta hasta estar sentado fuera del cuarto, pidiéndole que me hablara, que me dijera algo o que me diera alguna explicación de sus acciones tan repentinas. Solo la escuché sollozar y ahogar su llanto. Cuando por fin quiso hablarme, con la voz quebrada, me dijo que todo el sufrimiento, todo lo que le había hecho su prometido, los abusos de su padre, la muerte de su madre y de su hermana, que todo lo que alguna vez había sufrido, era todo, absolutamente todo, era su culpa. Dijo que deseaba nunca haber nacido, que en una vida de tanto dolor su única motivación eran aquellos fugaces momentos de luz. Lo que más me sorprendió fue que la entendía. Sabía que era lo que sentía y lo horrible que es. Alguna vez, en alguna noche oscura, mientras pintaba la frialdad de la existencia de un joven con ojos cansados, deseé que nadie más fuera capaz de sentir lo que yo sentía; todo el rechazo, toda la culpa, todo el odio, el resentimiento, eran tan horribles que, yo ya

aceptaba mi realidad, pero quería que nadie más tuviera la misma, que ella sintiera lo mismo, que ella estuviera igual de destrozada por dentro, me partió en mil pedazos, pedazos que nunca recuperé y ella tampoco.

Abrió la puerta y corrió hacia su cama. La alcancé y me senté delante de ella. Le dije que sabía por lo que estaba pasando, que la vida es una mierda y no hay manera de que pudiera cambiar su absurdo, pero que dentro de todo lo malo llevaba una buena vida: tenía una casa hermosa, un auto propio, la galería de arte más bella que había visto y una de las más importantes en el país, era la persona más valiente que había conocido jamás, que tenía mucho porque vivir, que aún ni siquiera habíamos trabajado juntos, que aún tenía tantos planes con y para ella, que merecía la pena seguir viviendo. Dejó de llorar por un momento y dijo que ya quería dormir, que me acostara a su lado. Lo hice. Se recostó en mi pecho y casi susurrando me dijo que era malo para ella, al darle tantas palabras de aliento, un par de oídos que la escuchaban y corazón que la quiso, solo la motivaban para seguir con una vida que ya no quería vivir. Me dio las gracias y durmió. Pensé que no sería buena idea pasar la noche con ella, tomé mis cosas, apenas cayó profundamente en el reposo me fui. Antes de irme subí por el dibujo que le había hecho, atrás de él escribí “mis ojos también expresan lo que siento”, le dejé el dibujo en la cama y me fui.

No sabía dónde estaba y la noche ya se había apoderado de la hora. Caminando por la calle de su casa logré parar un taxi para pedirle que me llevara al hostel donde pasé la noche anterior.

Llegando a mi habitación los recuerdos se sintieron como navajas corriendo por mis venas, lastimando mis entrañas, agobiando a mi mente. Primero recordé aquel beso, aquel beso que marcaría mi sentencia, que me condenaría a una vida entera de esperar, de esperar que me viera como yo la veía. Tenía que pagarla, solo que el precio aún no estaba claro en esos instantes. No podía dejar de repasar esas imágenes mentales de ella sonriendo, del sol reflejado en sus ojos dulces y tiernos, ilustrando galaxias sin explorar, escondiendo todo el misterio que requeriría miles de años de exploración para descubrir cual era el secreto detrás, aquellas manos suaves y aquel perfume a florado y seco a la vez que ahora vivía en mí. No podía dejar de ver sus lágrimas de felicidad al ver el dibujo tan horrible que hice de ella, no quise capturar el momento de la manera más realista posible, solo quería resaltar su belleza en un paisaje que ya era bello en sí mismo. No podía dejar de frotar mis labios como extrañando el tacto de los suyos, su dulzura y el momento tan perfecto en que sucedió todo. No pude evitar sonreír. Pero empezaron a cortar cuando recordé todo lo que me dijo, de verdad sentía que su vida no valía la pena. De verdad pensaba que todo sería mejor si ella estuviera muerta. De verdad quería dejar de vivir. Aunque hubiera querido el amor que sentí por ella cada vez era más grande. La quería conmigo, la quería viva.

A la mañana siguiente lo primero que vi cuando desperté fue un mensaje suyo en mi celular diciéndome que me vería en la galería a la una y media de la tarde, que llevara todas las pinturas que quisiera para exhibir.

Llegué a la galería llevando tres pinturas que había hecho la noche anterior, una estaba titulada “el

cansancio de mi alma” y era una mujer de espaldas cubierta por una especie de líquido viscoso color verde militar en un fondo azul marino, otra estaba titulada como “el color de sus ojos” y eran un par de ojos cerrados con un atardecer de fondo, la última la llame “el amor en vida”, eran un par de manos entrelazadas por un listón rojo con el fondo blanco. Todas firmadas por “el chico de los ojos cansados”. La encontré en la entrada de la galería e iba acompañada de su prometido. Parecía que se había maquillado los golpes y las marcas porque no llevaba lentes puestos ni blusas de cuello largo. La quería saludar con un beso en la mejilla, pero en cambio me extendió la mano. Mientras estrechábamos las manos vi cómo se quería olvidar de todo lo que había pasado el día anterior. Traté de no hacer mucho caso y entramos.

Recorrimos toda la galería hasta llegar a un cuarto de juntas, en él, me explicó dónde estarían colocadas mis pinturas, cuánto tiempo estarían en exhibición y si, en dado caso se vendiera alguna, cuánto dinero me daría. Fue una reunión bastante formal, incluso al cuarto entraron con ella un par de abogados para cerciorarse de que todo estuviera en orden a la hora de que yo firmara el contrato para empezar a ser parte de la galería. Los temas burocráticos nunca han sido de mi agrado, en mi cabeza, este proceso se realizaría de una manera más informal sin necesidad de hacer énfasis en la cantidad de dinero que recibiría, en un solo día, mi interés pasó de haber hecho la mejor pintura en la galería a quedarme con el arte de compartir mi vida. Estaba cumpliendo mi sueño y no lo sentía de esa manera. No sentí toda la satisfacción que pensaba que tendría, al contrario, me sentía más vacío que nunca y ni siquiera tenía idea de por qué.

Le pidió a los abogados y a su prometido que salieran del cuarto porque teníamos que discutir la logística del día para hacer una presentación oficial de mis pinturas y empezar a exhibirlas lo antes posible. En cuanto salió todo mundo me vio fijo por segundos y me pidió perdón. No entendía por qué y se lo dije. Me dijo que a partir de ese momento ya no podríamos vernos más, se casaría dentro de un mes y que yo estuviera en su vida solo era un recordatorio que alguna vez pudo haber hecho algo para mejorar y tuvo miedo. No la entendía, sentí rabia, pensé que éramos algo más que dos desconocidos que se entendían perfectamente, pensé que ella también sentía toda esa conexión que nunca había sentido, pensé que era especial de la manera en cómo ella era especial para mí. Me dijo que nada era mi culpa, que atesoraba los recuerdos que habíamos creado juntos pero que tendrían que quedar enterrados por mi bien.

Por mi bien... no era por mi bien, no había manera de que no tenerla en mi vida me hiciera bien, eso solo haría que los días se hicieran largos, pesados, sin sentido. No quería volver a estar solo. Pero yo tenía voz ni voto en esa decisión, no me quería en su vida y tendría que resignarme a verla partir. Ha sido la única vez en mi vida que he sentido como se rompe algo que ya estaba supuestamente roto. No pude reaccionar a sus comentarios, me quedé sin palabras, solo asentí la cabeza y di media vuelta con intención de irme. Antes de poder salir me volvió a dar las gracias, no sin antes decirme que yo le haría mucho bien a alguien más, pero que ella no podía ser ese alguien, que a ella ya nada podría salvarla. Terminó de hablar y me dispuse a salir del cuarto. Algo en mí me dijo que debería de despedirme de alguna manera, así que me quedé abajo

del marco de la puerta y le dije “tú no sabes quién soy, no me recuerdas, no me recordarás, pero nos conocimos antes de que te vendiera esa pintura. Yo era el niño raro de tu clase cuando eras una niña, él que no tenía amigos y solo dibujaba en su cuaderno. Tú me gustabas. Olvídame, que yo jamás podré hacerlo, jamás lo hice” y salí del cuarto.

El contrato que firmé en un principio fue únicamente por las primeras tres pinturas que entregué, pero el éxito del arte habló por sí solo, vendiendo todas las pinturas en menos de un mes, entonces decidieron hacerme algo así como un artista exclusivo de la galería. Mi contrato pasó de ser por tres pinturas a ser por tres años, aproximadamente cada mes o cada dos meses llevaba entre tres y cuatro pinturas. Empecé a ser exitoso. Empecé a tener un nombre. Empecé a ser alguien.

A ella ya no la veía prácticamente. Supe que se casó y se fue a recorrer el mundo durante seis meses como su luna de miel. Yo solo me dedicaba a pintar y a recorrer distintos lados del país para encontrar la belleza que alguna vez huyó de mis manos. No hablábamos fuera de la galería. Cuando me la encontraba solo me felicitaba por mis pinturas y me hablaba de negocios. No me importaba el dinero ya en ese punto, solo quería saber de ella, quería saber cómo estaba, si estaba feliz, si seguía sintiéndose de la misma manera, si su vida había mejorado, si su, ahora esposo, era alguien mejor, quería saber todo de ella. Me tuve que conformar con las pocas palabras que me dirigía.

Pasados los dos años de solo pintar para la galería, una mañana recibí una carta del “Museo de Arte Moderno de París” para ir a exhibir una de mis pinturas. Nunca pensé que llegaría tan lejos. Nunca me lo imaginé. Ni

siquiera era consciente de que mis pinturas habían llegado a Europa. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?, simplemente, no lo entendí, pero sabía que necesitaba hacer la mejor pintura para ese día.

El citatorio era para enero, al momento de recibir la carta era junio, entonces tenía seis meses para hacer y perfeccionar la pintura que saldría del país. Así lo hice, trabajé día y noche, no comía, no dormía, no salía de mi estudio y no hacía otra cosa que no fuera pintar.

Primero intenté pintar una representación de las sensaciones que se tienen cuando se vive la Guelaguetza en Oaxaca, pero no lograba transmitir completamente lo que sentí cuando la vi. Después hice un conjunto de todas las pirámides de la península yucateca puestas sobre el mar representando toda la vida que ofrece esa región, pero tampoco me convencía. Intenté retratar tantas cosas, pero no estaba satisfecho con ninguna. Necesitaba ayuda. El problema era ese, no tenía quién me ayudara. No conocía a nadie que no fueran mis pinturas.

Fui a la galería y pregunté por la dueña, necesitaba hablar con ella, necesitaba un resplandor de lo que sentía, necesitaba ese amor que me hacía vivir, necesitaba ver sus ojos y que en su reflejo estuviera la clave de lo que debería de pintar. Me dijeron que había estado ahí por la mañana, que dejó unos papeles y después se fue, aunque muy amablemente, su secretaria, me dio el número de su esposo porque en mi cara vio la imperante necesidad de verla. Hablé con él y me dijo que no la había visto desde la noche anterior. Habían peleado una vez más.

Supuse que la volvió a golpear. Colgué el teléfono y empecé a pensar en donde se pudo haber refugiado.

Tomé el auto y primero fui a buscarla al cerro en donde tomamos café. Después de subir lo más rápido que pude, vi que no estaba allí. No había nada, no había nadie. Solo en un árbol, en el árbol que nos estaba dando sombra el día que me mostró el lugar, había un papel pegado con una aguja. “Aquí no, pero estás cerca” decía la nota. Sabía que la estaba buscando, sabía que en algún punto iría a ella. Lo que me sorprendió es que supo perfectamente el momento en el que lo haría. No solo vivía en mi alma, también vivía en mi mente. Si no estaba en la galería, en casa de su esposo, en el cerro, solo quedaba un lugar en el cuál podría buscarla. La casa en donde vivía antes de casarse.

Fui allí y la puerta principal estaba entreabierta, pasé, el olor a madera y a incienso no estaban. El lugar estaba igual que cuando fui años atrás, pero algo en el ambiente había algo que se sentía muy diferente. Primero entré a su cuarto y no estaba. Empecé a sudar frío. Mis manos temblaban. Mi corazón no paraba de correr. Recorrí lentamente el pasillo que me llevaría al cuarto de arriba. Escuchaba como crujían las escaleras por mis pasos, escuchaba como mi aliento empezaba a irse, hasta que por fin subí.

El mundo se paró por un segundo. El tiempo dejó de correr. La voz que me decía quién era se calló. La luna que llegó dejó de brillar. El cuarto, tan hermoso alguna vez, perdió su encanto. Sentí punzadas en el pecho. Sentía como se detenía mi corazón. Sentí como mi alma empezó a irse de mi cuerpo. Sentí como mi vida dejó de importar. Enfrente de mí, lo primero que vi, fueron sus pies tambaleándose ligeramente de izquierda a derecha. A su lado había un banco viejo y roto con una hoja de papel encima. No quería enfrentar la verdad,

pero tendría que hacerlo. Levanté mi cara y vi su cuello colgado de una sogá, sus labios fríos y sus ojos sin vida. Ya no estaba, nunca volvería a estar. Me quedé gélido.

Con los labios repletos de ríos que no se detendrían en ninguna presa me acerqué al banco, tomé la hoja, era una carta. Antes de leerla vi que al revés de la carta estaba el dibujo que alguna vez hice de ella. Lloré aún con más ganas. Empecé a leer.

“Quiero que me perdones, que no me odies, que me recuerdes con cariño, como siempre me viste. Sabía que vendrías a buscarme, sabía que la exposición en Francia te pondría nervioso y que te quedarías sin ideas de que retratar. Quiero ayudarte de la manera en cómo tú me ayudaste.

Deja de buscar fuera tanta belleza, tanta inspiración superficial, tu arte no es bueno porque pintes bien, es bueno porque es sentimiento puro. Buscas tanta belleza fuera de ti y no te das cuenta de la belleza que tienes dentro.

Entiendo que estás cansado, que ya no encuentras mucho sentido en lo que haces, pero ¿cuándo lo has hecho?

No quiero que veas esto como una despedida, estoy segura de que en algún punto nos volveremos a encontrar, chico de los ojos cansados.”

Caí. Con ambas manos sostenía la carta. Mis ojos, leyendo y releendo sus últimas palabras, no paraban de sufrir. La carta, llena de las marcas de mis lágrimas cada vez se mojaba más. Los trazos de pluma que construían al dibujo empezaban a correrse, a borrarse, a desaparecer y con ellos, mi vida salía con cada

exhalación. Cada vez me sentía más vacío, aún más roto, más triste, más enojado, me empecé a sentir más yo. Mientras escuchaba el recorrido de las manecillas del reloj anunciando cada segundo que pasaba moría por dentro. La única persona que alguna vez pude amar también se había ido. Definitivamente, ya no me quedaba nada. Ya no quería nada.

Apenas pude recuperar el aliento llamé a la ambulancia y después a su esposo. Llegó rápidamente y me vio sentado en la banqueta con el dibujo entre las manos y la cara completamente hinchada. No le dije nada. Ni una sola palabra. Después de que llegó decidí irme.

Regresé a casa sin vida. No escuchaba el sonido de los autos tan característico de la capital, en mi cabeza solo repasaba el sonido de su risa, el sonido de su voz y pude sonreír. “Ahora me has dejado solo, nunca podré perdonártelo” repetía en voz baja mientras seguía con el dibujo de ella entre las manos.

Las horas pasaron y empezó a amanecer. Cayó un destello de luz dentro de casa y me alumbró la cara. No pensé que debería de hacer, solo sabía que debía de pintar. Puse el dibujo en la mesa y fui al estudio por un lienzo. Empecé a copiar el mismo dibujo, con más detalle en su cara, con más color en el cielo, con más amor del que alguna vez había sentido. Sus palabras regresaron a mi cabeza y más lágrimas cayeron al suelo. “Sentimiento puro” pensaba. Dibujé segmentos de las lágrimas que ya había derramado en la pintura. Quedó perfecta. Ella se veía hermosa, tal cual como la recordaba, solo me hacía falta el nombre.

Tomé un pincel, lo remojé en pintura blanca y en la esquina inferior derecha escribí “un corazón roto en un alma tan hermosa”. Solté el pincel, sonreí, sabía que esa pintura estaba lista para conocer el mundo.

No le pude enseñar el mundo, no le pude regalar el mío, pero ahora su recuerdo viviría por siempre y más personas sabrían quién era, sabrían quién me dio una vida.

Como si fuera ayer

Abrí los ojos de nuevo. Me volví a ver al espejo. Me bañé y escuché las mismas canciones que me gustan en este momento. Comí. Tomé café y la rutina volvió a ser la misma. Nada nuevo, nada viejo. Solo un día más.

El castigo y el premio que es recordar me llena de nostalgia. Una nostalgia incesable que no se va, que no se esconde, todo lo contrario, me aborda sabiendo que la recibiré con los brazos abiertos porque no duda en que su llegar me hará un poco más humano.

Cerca de mí, justo al lado de mi tímpano escucho una voz con poco volumen, rasposa y grave, que me demanda viajar hacia el pasado, pues el futuro es muy incierto y a mis manos les gusta tener todo entre sus dedos. Recorriendo los pasos que ya recorrí, vuelvo a ver caras conocidas que habían desvanecido en el tiempo, regresan a mí olores que extrañaba y vuelven sensaciones que escondí años atrás para no volver a lastimarme. Todo lo bueno, todo lo malo, lo aprendido y lo olvidado, regresaron una vez más y se sintió como si fuera ayer.

A dónde quiera que hayas ido, te extraño

Tengo tiempo sin verte amor mío. Tengo tiempo sin sentir tu cara junto a la mía. Lleva un tiempo desde que me olvidé de cómo se sentía tu piel blanca casi transparente recorriendo mis labios. Aún lleva más tiempo desde que no te apareces por mi vida y al parecer, yo tampoco me he aparecido en la tuya.

Tu partida ha sido dolorosa. Me ha dejado prácticamente seco. Bueno, más que seco, diría que me ha dejado frío, tan frío que cualquier sensación me quema. No me daña ni me mata, solo me molesta y no deja mis días tranquilos.

¿Qué te puedo contar acerca de mi vida? La existencia es complicada y parecer feliz está empezando a sentirse casi como una obligación, no como una aspiración. Desde que te fuiste ha sido algo vacía, pues cuando sucede algo eres la primera a la que quiero recurrir. Si es algo que me lastima, quiero ir contigo, que me consueles, que me brindes tu hombro sabio y verdugo en función de purgar mi miseria. Si es algo que me hace sonreír, una parte de mí quiere olvidarse de ti y dejar tu recuerdo en reposo hasta que mi sonrisa se deje caer y empiece todo de nuevo. Pero, otra parte de mí quiere explicarte porque debo de sonreír, aunque sea un minuto. Quiero que estés conmigo y para mí. Quiero que seas el pensamiento que dibuja el gesto alegre entre círculos tristes.

Recuerdo cada vez que me enojaba me regresabas la calma. Hacías que lo que se escuchaba como gritos dentro de mi cabeza sonara como melodías. Hacías que el hervor de mi sangre redujera su temperatura, después la paz empezaba a fluir.

Siempre quisiste que estuvieras, pero te fuiste.

Entiendo que no puedes seguir apareciéndote, tú con tu belleza divina y yo, sin un solo gramo de alma que ofrecer. Entiendo que te tuve que dar todo. Te tuve que haber permitido entrar a los lugares que se resguardan como refugiados en mi corazón. Tuve que haber dejado que con tu brillo cegador iluminaras mi cuarto negro. Tuve que haberte dejado vivir en mí, siendo una parte de mí. Nunca tuve que haberte dejado de lado.

Entiendo que no puedes desperdiciar más tu tiempo con alguien que no siente, pero lo siente todo.

Fue mi error pensar que tú sí te quedarías aun conociendo al verdadero yo, aunque no fue así. Tú también me juraste un cuento en el que el final por fin era feliz y nos quedábamos juntos por el resto de la eternidad, pero ni siquiera supiste por dónde empezar a escribir. Tú también me dijiste que no te irías por más harta que te tuviera, ahora llevas más de seis meses sin siquiera dejar un rastro de que sigues viva. Ni una sola palabra, ni una punzada.

A dónde quiera que hayas ido, quiero decirte que te extraño y que ya no puedo vivir más sin ti. Las noches son demasiado oscuras y la luz del día es prácticamente invisible.

No sé porque te hayas ido, pero espero que regreses. No habrá alguien que pueda purgar mi vivir como tú lo haces.

Cuando decidas regresar, te juro que te esperaré con los brazos abiertos y nunca volveré a negarte la libertad de aparecerte por mis ojos. Ya no me avergüenzo de ti. De hecho, todo lo contrario. Quiero presumirte y que seas parte de la vida que me falta.

Disculpa

Quizá deba de pedirte una disculpa, te he odiado tanto y disfrutado tan poco que accidentalmente te he

culpado de mis desgracias.

Creía que me apretabas, que me asfixiaba, que me matabas, que hacías todo tan inestable que terminé rindiéndome por comprenderte. Nunca lo hice. Nunca lo haré

Me acompañas a todas partes que voy, y apenas me cuentas que no es así. Yo voy contigo a todas partes. En cada paso que doy, en cada escalón que subo, en cada noche que duermo, es porque sigo tu ritmo.

Poco a poco abrí los ojos para aceptar que no te odio, que no me odio, solo no me gusta el hecho que vayas tan rápido. No me gusta ser tan lento. Ahora iremos de la mano, pues ya te tengo y nunca más te quiero soltar.

Gustavo Zepeda

1. Tarde fría de enero
2. Cicatrices
3. Cuento de hadas

Tarde fría de enero

*En una tarde despejada
mirando al cielo pude observar a las nubes alejarse
escondiéndose en el horizonte y quejándose
como señal de cansancio después de una larga jornada.*

*El viento sacudía las hojas de los árboles
y ellas con gusto se dejaban llevar
y junto con el canto de los pájaros
estaba presenciando el mejor de los conciertos y sin tener que pagar.*

*Se escuchaba a lo lejos los motores de la invención humana
esos que nos transportan a nuestro antojo
y se ha vuelto tan rutinario
que a la caminata ya no le hacemos muy buen ojo.*

*El aire frío de enero se volvía cada vez más agobiante
las manos se ponían heladas
y es ahí cuando recordé
que ocupamos el calor de otras palmas.*

*Y sí, esa tarde fría de enero
el mes en que todos replantean su dirección en la vida
pero sólo unos cuantos tienen el coraje de perseguirla
y los demás se enfrascan en el miedo y la ira.*

Cicatrices

*Hay muchos que llevamos cicatrices en nuestro cuerpo
marcas que nos hacen recordar lo que hemos pasado
sintiéndonos orgullosos que como grandes guerreros hemos triunfado
cuando el pronóstico indicaba lo contrario y nos tenía frustrados.*

*Deseo que sigas ganando cada batalla,
sanando las cicatrices físicas y del alma
sabiendo que ere más valiente de lo que imaginabas
y que seguirás adelante con una sonrisa en la cara.*

*No te avergüences de esas cicatrices
ya que te han forjado para lo que hoy eres,
mejor agradece la dicha de tu presente
y avanza hacia el futuro, firme y convincente.*

Cuento de hadas

*Aquella noche, en aquella playa
tú tan linda la sonreír
y yo tan loco por verte reír
que de abí no me quería ir.*

*Parecía un cuento de esos de hadas
en donde el príncipe se recuesta
en las piernas de su bella amada.*

*Nos sumergimos en la tranquilidad del mar
sin hablar por un buen rato,
la noche era tan oscura
pero la luz de tus ojos la hizo brillar.*

*Después de un tiempo yo solo quería besar
esa boca que no dejaba de hablar,
pero fue magnífico escuchar
tus palabras sin cesar.*

*Fue una velada corta
porque como en esos cuentos de hadas
la princesa se tuvo que retirar
cuando a las doce se escucharon las campanadas.*

Jonathan Joel Linares Tejeda

1. El sonido de una mano
2. Conocí a Sabina

El sonido de una mano.

*“Mantén tus manos abiertas,
y todas las arenas del desierto
podrán pasar a través de ellas.”*

(Taisen Deshimaru)

El frío me cala hasta los huesos y me estremece el murmullo de las hojas. El sendero serpentea entre pinos, robles y sombras.

—Koan—pienso mientras se van sonrojando los rayos de sol que se cuelan entre los árboles—curiosa palabra—la repito unas veces en mi cabeza, cada vez con menos sentido—koan.—Es parecido a un acertijo; lo usa un maestro zen para mostrar a su aprendiz un conocimiento inefable. No es como los acertijos occidentales, obsesionados, como somos, con la razón. No se resuelve con lógica, sino mediante aceptación. Se comprende con meditación y empeño, con tiempo y paciencia.—Qué desesperante.

—Éste es el sonido de dos manos—recuerdo cómo lo dijo mi maestro, mientras daba un aplauso. Después, bajó una mano y extendió la otra hacia mí, mostrándome su palma. Los pliegues, callos y arrugas evidenciaban una vida de lucha y trabajo físico, pero la postura era serena—¿Cuál es, entonces, el sonido de una mano?

Mostrando la agilidad mental de la que estúpidamente siempre me he jactado, hice un chasquido con mis dedos medio y pulgar—éste es el sonido de una sola mano—dije. Hizo una pausa. Me miró de una forma que, en otra persona, habría tomado por irónica. Luego dijo—la inteligencia grita, la sabiduría calla—sonrió y me señaló con un gesto hacia el bosque.

La espesura de los árboles se abre de momento en un claro. Los silbidos esporádicos del viento y el crujido de las hojas bajo mis pies, resaltan por contraste el silencio que me envuelve.

—La sabiduría calla—recuerdo. Respiro profundo. Me dejo invadir por la noche y la quietud. Alzo la mano y la llevo a donde un haz de luz de luna me deja ver los pliegues de la palma, el contraste de luz y sombras.

—El sonido de una mano.

Conocí a Sabina.

Conocí a Sabina algún enero de mil novecientos noventa y tantos. Era entonces yo un pretendido escritor, de esos con cuaderno bajo el brazo, más lleno de ocio que de letras. Tenía un grado en periodismo que me servía muy de vez en cuando, y una guitarra que acampaba, hacía años, en una esquina de la casa y me miraba con reproche cada que la pasaba de largo, fingiendo no verla.

Acordamos reunirnos en una cantina casi decente y ubicada en la poco iluminada calle Libertad. Supuse que él quería un lugar discreto para charlar, lejos de admiradores y curiosos. En retrospectiva, creo que simplemente debía gustarle el aroma a bajo mundo.

El reloj marcaba las seis y media cuando bajé del tranvía. Nos veíamos a las ocho, así que tenía tiempo de sobra para andar las calles del viejo centro. En una banca unos novios usaban de excusa el frío para abrazarse más de cerca. Dos niños se perseguían entre sí en la acera, perseguidos a su vez por la madre de uno de ellos. Un saxofonista de rostro arrugado tocaba “A mi manera” mientras los transeúntes le soltaban monedas en un fedora que había visto mejores tiempos. No era la parte más turística de la ciudad, pero tenía su encanto.

Sonrojaba el cielo cuando la vi pasar. Llevaba medias negras, tacón de quince y abrigo marinero con el cuello levantado. La brisa jugaba con sus rizos negros. Su mirada decía “te reto”, su sonrisa “ni lo pienses”, y su andar no necesitaba decir nada. La seguí un par de calles casi sin querer, como quien no sabe qué decir y aún si lo supiera, no lo diría. Estaba por alcanzarla, ya

preparado con un audaz comentario sobre el clima, cuando, llegando a la esquina, paró un taxi y se fue sin más, como si nunca hubiera estado. Me tomó un segundo recuperarme y seguí mi camino, en parte aliviado de poder culpar al taxista por mi falta de osadía.

El reloj me sobrecogió de pronto con un cuarto para las ocho. --Carajo. --Tardé diez minutos en hallar el camino por el que llegué, y otros quince en regresar hasta el bar donde entrevistaría a Joaquín. Entré a la cantina y me abrí camino entre jóvenes ebrios y viejos embriagando, hasta que llegué a la barra. Pedí una cerveza en vaso, me ajusté los lentes y fue entonces que la vi. Ahí estaba, a un par de mesas, la mujer del abrigo marinero. Lo llevaba ya con el cuello abajo y el cabello recogido, aunque no menos revuelto. Dejé el vaso sobre la barra, resuelto a acercarme y hablarle, listo para desenfundar con toda bravura ese comentario sobre el clima, que hacía un rato me había guardado. Aspiré valor y caminé hacia ella. Justo abrí la boca, cuando él se puso en pie y me interrumpió.

--Tío, ¿se te ha perdido algo? --dijo, mientras se ajustaba la manga izquierda del saco y ponía un bombín negro sobre la mesa. Tanto la enfoqué a ella, que no había notado con quién estaba sentada.

--¡Joaquín! --le contesté, ofreciendo mi mano para estrechar la suya. --Acordamos vernos aquí, ¿recuerdas? --Estrechó mi mano, sonriente.

--Pero claro --dijo, con marcado acento andaluz. Se acercó para hablarme en voz baja --chaval, tú perdonarás, pero como puedes ver, me ha surgido un imprevisto. --Enfatizó lo de imprevisto haciendo un gesto con la cabeza hacia ella, quien actuó como si no se diera cuenta.

--Ah, vaya. Claro que entiendo --sonreí, por reflejo.

--Te agradezco, chaval. Mira que la entrevista la dejamos para la próxima.

--Desde luego. Con gusto, Joaquín.

--Le tendió el brazo, galante, para levantarla de su asiento.

Dudé un momento. --Joaquín, sólo una pregunta, al menos.

--Adelante.

--¿Cómo lo haces? --fue la pregunta más sincera que me vino en el momento. Hizo un gesto nuevamente hacia ella, a modo de pregunta.

--No, me refiero a lo que escribes. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo hacerlo? --Me miró un momento y desenvainó una sonrisa que habría desarmado al más truhan.

--Es simple: Vivo. Es todo. Vive, tío, y listo ¿eh? Que las palabras salen solas. --Dijo, ajustándose el bombín. Caminó hacia la salida, con una mano en la cintura de ella y en la otra una botella, más por el recuerdo, que por el poco tequila que le quedaba.

Juan Pablo Guillén Blancas

1. La Criatura

La criatura

En la oscuridad profunda y desoladora, se enciende una lampara de vela antigua. Dicha lampara, es tomada por una mano pálida, con dedos y uñas largas.

Una voz gruesa pero también escalofriante como si fuera un fantasma dice:

“¿Quieres ver algo terrorífico?”

Y de un rápido soplo, se apaga la lampara y solo se deja ver unos ojos rojos carmesí en la oscuridad.

El oficial Kane, uno de los pocos oficiales honestos y comprometidos con su oficio, ronda en la noche por la ciudad, una ciudad podrida por la corrupción y el crimen, en donde las pandillas pelean por el control del narcotráfico de drogas, los jefes de policía ignoran sus obligaciones para contar el dinero que le dan los capos más gordos de la ciudad, y donde los jóvenes deben ofrecer sus cuerpos para poder vivir y seguir alimentados sus vicios. Aunque, en las últimas semanas han llegado varios reportes de desapariciones de jóvenes en la ciudad, principalmente jóvenes caídos en el vicio de drogas o que deben ofrecer servicios sexuales para conseguir algo de alimento.

Kane busca algo sospechoso para averiguar el paradero de los jóvenes desaparecidos, pero la búsqueda no da frutos por lo que el oficial regresa a la comisaria.

Ya en la comisaria, Kane busca algún tipo de relación

entre las víctimas de desaparición para encontrar un patrón criminal que ayude a encontrar a quien o quienes se han llevado a estos jóvenes, durante su trabajo, es interrumpido por uno de sus compañeros, Josh.

Josh le dice a Kane, que mejor debería descansar en lugar de resolver el caso, ya que varios oficiales incluido Josh, piensa que estos jóvenes se fueron de la ciudad o de lo peor de los casos que hayan muerto por una sobredosis o en una pelea de pandillas. Aunque, las palabras de Josh no convencen a Kane, y éste último sigue haciendo su trabajo.

En la madrugada, en los alrededores de la ciudad, dos pandilleros se acercan a un viejo almacén de químicos, principalmente para robar algunas sustancias para la elaboración de drogas sintéticas, éstos intentan abrir la puerta del almacén, pero se percatan que está cerrada mediante un candado, rápidamente toman unas pinzas y logran romper el candado. Una vez entrando al inmueble, perciben un olor desagradable, similar a la carne en descomposición, pero no le toman mucha importancia porque piensa que son los barriles con químicos que producen dicho olor nauseabundo.

Los dos se separan para encontrar las sustancias, y mientras uno va al primer piso, el otro va al comedor, ahí en el comedor se da cuenta que hay sartenes, platos, vasos, copas de vinos y algunas botellas de licor no viejas, como si alguien viviera aquí. Mientras el otro pandillero, encuentra la oficina del gerente, éste decide

meterse ahí para robar algunos objetos de valor, pero en lugar de encontrar dinero, observa un colchón medio usado, latas de cervezas, un televisor encendido y varias credenciales de diversos jóvenes.

A tomarlas y ver las fotos y nombres de cada una de las credenciales, identifican que son las credenciales de los desaparecidos, y antes de decirle a su compañero, una mano pálida toma su boca y una voz fantasmal, le dice al oído:

“No digas nada”.

Aquel de la voz fantasmal, sujeta la boca del pandillero con una mano y con la otra lo toma el cuello y le arranca la tráquea, el pandillero se desangra por la herida, pero intenta soltarse y gritarle a su compañero con sus fuerzas, que cada vez van desapareciendo, mientras el otro escucha los ruidos generados por el forcejo. Al final, el pandillero muere desangrado, mientras el otro, va a buscarlo para averiguar que le paso a su compañero.

Él entra a la oficina y ve el cuerpo de su compañero, intenta que reaccione, pero no da ningún resultado, a ver la situación intenta huir rápidamente, pero tropieza con un objeto lastimándose un tobillo, al intentar recuperarse. Observa alguien alto, vestido con una túnica negra y unos ojos rojos acercándose a él, mientras se acercaba al pandillero, saca un filoso machete de cacería y lo alza, el pandillero se queda paralizado por el miedo y solo puede gritar antes que la extraña figura lo atacará y acabando con su vida.

En la siguiente noche, Kane va de incognito a uno de los bares de la ciudad, ya que algunos de los chicos desaparecidos eran trabajadores de dicho lugar, el oficial se sienta en la barra y pide un trago al barista más longevo del lugar. Después de unos tragos, el oficial le pregunta al barista si conocía estos chicos y éste le contesta al oficial.

“Claro que los conocía, eran jóvenes que trabajan conmigo hace unas semanas, solo que desaparecieron uno tras uno, no sé si se fueron de aquí en búsqueda de una ver vida que esta maldita ciudad o murieron por consumir porquerías, ya que conocía algunos que les gustaban los dulces”.

El oficial le pregunta al barista, si antes de su desaparición veía algo extraño, el barista intenta acordarse, y aunque al principio no le veía nada a la cabeza, al final se acuerda de algo y el barista le dice a Kane, en voz baja:

“Bueno, antes de sus desapariciones, venía un sujeto raro, alguien alto, más de 2 metros, siempre se vestía con unos jeans y una chamarra negra, siempre que venía se sentaba al fondo de la barra, no platicaba o bailaba con alguien, solo se sentaba y se ponía a beber. Venía algunas veces y luego desaparecía un joven, y así volvía a pasar. Lo único que veía en él, era que tenía el pelo largo, un poco descuido y su color era rojizo, también tenía unos ojos rojos. Siempre pensé que era una especie de gótico raro o algo así”.

El oficial agradece la información del barista y busca a posibles sospechosos que tengan las características que dijo el barista. Más noche, cuando el bar cerró, muchos de los empleados se fueron y solo se quedó el barista longevo limpiando su zona de trabajo, de un momento a otro, las luces se apagaron, y se escuchó:

“Puedo escuchar los latidos de tu corazón”

Y el barista un poco confundido y molesto, dijo:

“¿Quién está ahí? Saben que no me gustan estas bromitas.”

Vuelve a oír en la oscuridad:

“Puedo sentir el miedo en tus latidos”.

El barista enojado vuelve a decir:

“Cuando sepa al payaso que está haciendo esta broma, le voy a poner una m...”

Una mano pálida, lo toma del cuello. El barista forcejea para liberarse, pero en un momento ve firmemente los ojos de su atacante, unos ojos rojos, semejantes al color sangre, hipnóticos e intimidantes, a verlos, el barista longevo sufre un infarto por el miedo provocado, y mientras el barista se aferra a su vida, la criatura lo suelta, observando como la vida del barista se extingue y diciendo:

“Shh, no digas nada”.

En la noche siguiente, Kane hace su ronda de rutina de la ciudad, pero esta vez en la madrugada y durante una gran lluvia, para encontrar al sospechoso, durante su ronda observa a un hombre encapuchado saliendo de una tienda 24/7 con un six de cerveza, Kane apaga sus luces y sigue al sujeto hasta al viejo almacén químico.

Ahí Kane pide refuerzos a su compañero Josh, aunque no contesta ya que está durmiendo, por lo que Kane entra armado almacén, lo primero que nota es el fuerte olor a carne podrida, luego va a lo que solía ser el comedor de los empleados y ve varias latas de cervezas, botellas de alcohol, utensilios de cocina y un refrigerador funcional. Al abrir el refrigerador, observa una imagen tenebrosa y depravada, varias partes del cuerpos mutilados y envueltos en plásticos como si fueran carne de consumo, de repente la luz se va y se escucha:

“Se quién eres, sé que quieres, sé que estas tratando de hacer, pero no va a funcionar. Te confieso que, a lo largo de esta cacería, he hecho cosas horribles, pero no siento remordimiento por ellos, a ellos los liberaré de este mundo, de esta sociedad que los dejo solos en la oscuridad, como yo, y ahora están conmigo para siempre. Lo quieres encontrar, yo te enseñare donde están, solo debe ir a la sala de juntas”.

El oficial Kane, sujetando una linterna va a la sala de juntas, y observa un horripilante altar, lleno de corazones y de calaveras de sus víctimas.

“Ya los encontraste y ya me encontraste a mi”

La criatura se abalanza contra el oficial Kane, rasguñando el rostro del oficial, durante el ataque, el oficial saca su arma y le dispara a la criatura. Una vez, en el suelo por los balazos, el oficial se levanta y le apunta con la linterna al monstruo que se esconde detrás de esa túnica.

Ya a punto de descubrir al monstruo, la criatura se levanta inmediatamente y empuja al oficial, y se quita su túnica para revelar su monstruoso ser. Una criatura sin ninguna similitud a algo conocido en la tierra, extremidades largas y flacas, uñas largas y filosas como cuchillos, un abdomen hincado, cola y hocico de lagarto, ojos de un lobo color sangre, cuernos puntiagudos, orejas de murciélagos y una melena larga y desalineada de color rubio con tonalidades de sangres

El oficial Kane apunta su arma, pero nota que no tiene balas, así que la criatura infernal, al igual que un felino salvaje, suelta un gruñido y se lanza contra el oficial, mientras que el oficial se cubre con sus propios brazos.

Una conversación de radio

“Buenas noches, comisaría de policía, a quien puedo ayudar”

Contesta el oficial Josh paniqueado:

“Hola, soy el oficial Josh, por favor envíe a un equipo forense al viejo almacén de químicos lo más ante posible.

“Okey oficial, ¿Cuál es la situación actual?”

Contesta Josh:

“He sido enviado por el oficial Kane, y encontré un almacén lleno de cadáveres mutilados, envueltos de plásticos, también encontré varios huesos limpios y blanqueados, por favor envíe al equipo lo más antes posibles por favor, es un sintió que se puede sentir a la muerte”.

Fin de la conversación de radio.

En un lugar oscuro se ve un televisor, transmitiendo la terrible noticia del hallazgo del oficial Josh, varios reporteros se quedan espantados y horrorizado por los informes del hallazgo, muchos especulan que debe ser un grupo criminal depravado o un grupo de maniacos sueltos, y mientras las noticias se sigue transmitiendo en el televisor.

Alguien lo apaga, y toma una linterna de vela, finalmente quien toma la linterna de vela, es la criatura demoniaca con la placa del oficial Kane ensangrentada y dice:

“Te doy un pequeño consejo amigo, si una vez me encuentra, ¡CORRE!”

Y apaga la vela de un fuerte soplo.

Miguel Ángel López Pérez

1. Y las estrellas finalmente nos llamaron
2. La casa embrujada
3. Dios ha muerto

Y las estrellas finalmente nos llamaron

—En un giro inesperado de los acontecimientos, el mundo se encuentra al borde de una crisis devastadora. Diversas fuentes han informado sobre un aumento alarmante en las tensiones entre las naciones, acompañado por rumores inquietantes de una posible guerra nuclear...—

—¿Mamá, va a suceder, ¿verdad?— preguntó la niña con voz temblorosa.

La madre, mirando con tristeza a su hija, decidió cambiar de canal en el televisor. La niña escuchó una voz suave de un viejo programa de ciencia que decía: —Somos polvo de estrellas... —

—¿Qué significa eso, mamá? ¿Estamos realmente hechos de estrellas?— Cuestionó la niña mientras volteaba hacia su madre con sus ojos llenos de preguntas.

—Si mi amor, hace mucho tiempo, las estrellas más viejas explotaron y sus elementos formaron todo lo que conocemos. La tierra, el agua, nosotras mismas, somos parte de esa historia cósmica— contestó la madre sonriendo con ternura mientras abrazaba a su hija.

—¿Significa que nos iremos de la Tierra y nos convertiremos en estrellas?— Preguntó la niña tras reflexionar sobre las palabras de su madre.

—No, mi niña. Aún no es tiempo. Escucha el silencio del cosmos, las estrellas no nos llaman todavía—

respondió su madre mientras miraba fijamente la ventana.

—Mamá, no te entiendo— dijo la hija con una mirada confusa.

—Hace mucho tiempo, cuando las estrellas aún eran jóvenes, casi tan jóvenes como tú, ellas miraban con cariño a la Tierra. Sabían que algún día, cuando estuviéramos listos, nos

uniremos a ellas en el vasto firmamento, pero también sabían que aún no era nuestro momento, que teníamos mucho por descubrir y aprender aquí— mencionó la madre, acariciando el cabello de su hija.

—¿Y qué les dijeron las estrellas cuando quisieron llevarnos con ellas?— La niña contestó con asombro, absorbida por la historia.

—Un día, los seres humanos olvidaron su conexión con las estrellas. Se sumieron en la codicia y la destrucción, como los momentos oscuros que enfrentamos ahora. Las estrellas lloraron por nosotros, nos querían llamar, pero no estábamos listos, y en su tristeza, sus destellos se volvieron más tenues— continuó la madre, no sin antes apartar la mirada para ocultar dos lágrimas que le salieron de sus ojos.

—Pero las estrellas, que habían observado con amor desde el espacio, no iban a dejar que nos destruyéramos sin antes conocerlas, así que decidieron intervenir, todas ellas se reunieron en el cielo y formaron un resplandor deslumbrante que iluminó la Tierra entera. De ese resplandor nacieron seres de luz que descendieron suavemente, tocando los corazones de las

personas. Estos seres de luz les recordaron a todos que compartían un origen común, que eran hijos de las mismas estrellas, y que la paz y la unidad eran esenciales—.

La niña escuchaba atentamente, sus ojos brillaban con asombro mientras su madre continuaba.

—Las personas comenzaron a ver más allá de sus diferencias y trabajaron juntas para construir un mundo mejor. Aprendieron a valorar la belleza de la diversidad y a cuidar de la Tierra que compartían—.

—¿Y qué pasó con las estrellas? ¿Qué hicieron después?— preguntó la niña con una sonrisa en su rostro.

—Las estrellas escucharon el corazón de las personas y vieron cómo habían cambiado. En ese momento, respondieron al unísono con un destello brillante que iluminó el cielo. Y desde entonces, las estrellas siguen brillando para guiar nuestro camino, recordándonos en silencio nuestra conexión con el cosmos y la importancia de la paz— respondió la madre con suavidad.

La niña bajó la cabeza, comprendiendo el significado detrás de las palabras de su madre.

—Pero mamá, ¿crees que las estrellas algún día nos buscarán de nuevo? ¿Cuándo nos van a llamar?—

—Sí, mi amor. Creo que, si encontramos la manera de sanar y aprender de nuestros errores, las estrellas nos recibirán con los brazos abiertos. Pero por ahora, necesitamos recordar que somos responsables de cuidar de nuestra Tierra y de cada uno de nosotros...—.

En ese momento, un estruendo lejano interrumpió su conversación. Miraron por la ventana y vieron luces cayendo del cielo, para después ser testigos de un destello brillante que iluminó el firmamento. La niña miró hacia arriba, con los ojos llenos de lágrimas, y susurró: —Y las estrellas finalmente nos llamaron...—

La Casa Embrujada

- >No estoy loco.
- >Los fantasmas son reales y están en mi casa.
- >Sus apariciones fueron graduales.
- >Al principio eran cosas sencillas: jarrones rotos, puertas que no se podían abrir.
- >Un día rompieron la vajilla que nos regaló mi suegra en nuestra boda.
- >Después aparecían misteriosamente agujeros en las paredes.
- >Luego se escuchaban gritos.
- >Cada vez estos sucesos eran más frecuentes y más violentos.
- >No estoy loco.
- >Mi mujer y yo vivíamos con miedo por estos sucesos.
- >No sé qué querían los espíritus.
- >Un día aparecieron moretones en la piel de mi esposa.
- >Al día siguiente aparecieron unos cortes de origen desconocido.
- >Un día escuché una súplica por ayuda en la cocina.
- >Fui a investigar.
- >Solo pude escuchar los gritos de mi esposa.
- >Ella también sabía de los fantasmas.
- >Me acerqué para ver si ella se encontraba bien.
- >Su cuerpo estaba lleno de heridas.
- >Se desmayó sobre mi cuerpo.
- >No pude decirle que la amaba.
- >El fantasma la había poseído y luego le robó el alma.
- >La policía llegó en diez minutos, me golpearon y me arrestaron.
- >Ni mi abogado ni mi familia me escuchan.
- >Nadie quiere ayudarme.
- >No estoy loco, así ocurrió.
- >Así ocurrió.
- >Mi casa está embrujada.

Relato de Ricardo J., acusado de violencia doméstica y asesinato en tercer grado.

Dios ha Muerto

Me encontraba sentado en el primer escalón de la catedral, observando el imponente edificio con una mezcla de reverencia y asombro.

—Cerraron la Catedral—, me dijo un hombre con un suspiro. —Si venía a pedirle algo a Dios, llegó tarde.

—¿Qué quiere decir?— le pregunté al sujeto desconocido.

—Déjeme contarle una historia— me contestó.

—Todo sucedió hace tres meses, cuando el sol aún no se había asomado sobre los techos, dos perros callejeros recorrieron las calles en busca de algo que comer. Los perros, de pelaje desgastado y mirada triste, olfatearon su camino hasta una puerta destantalada. Allí, en la penumbra, encontraron algo que les dejó perplejos. Yaciendo en el suelo, como un pordiosero, estaba Dios—

—¿Dios?— le pregunté al hombre.

—Sí, Dios. En ese momento, era un hombre de apariencia descuidada. Vestía un zapato negro gastado, una playera que no había sido lavada en días y unos pantalones rotos que parecían ser su última posesión. En sus manos arrugadas sostenía una botella de vino barato y un pan enmohecido. Su rostro estaba marcado por la tristeza, la soledad y el abandono.

—Uno de los perros se acercó con cautela y lamió la mano de Dios, como si intentara despertarlo. Pero no respondió. Estaba inmóvil, como si el peso del mundo, o los pecados del hombre, o su propio ser, hubiera caído sobre él y lo hubiera aplastado.

—¿Qué le paso?— cuestioné al sujeto, pero él simplemente ignoró mi comentario y prosiguió con su relato.

—El otro perro se acercó, y ambos animales miraron a Dios con ojos llenos de compasión. Quisieron resucitarlo con sus ladridos y lamidas, pero fue en vano. Dios estaba muerto, no solo en cuerpo, sino también en espíritu.

—Un hombre que pasaba por la calle se detuvo al ver la escena. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, susurró el hombre mientras su corazón se llenaba de tristeza al contemplar al pordiosero divino en el suelo. Se arrodilló junto a él y, con ternura, le cerró los ojos. Le dio un beso en la frente, supongo que trataba de santificarlo de alguna manera, como si con ese gesto pudiera dar sentido a lo inexplicable.

—La mañana avanzaba lentamente, y poco a poco, la noticia se extendió por nuestro vecindario. Niños, hombres, mujeres y ancianos nos acercamos al lugar, como si fuéramos a un funeral.

—El hombre que había cerrado los ojos de Dios lloró, y su llanto se mezcló con el de los demás. Lloramos porque somos humanos y porque él era Dios. Lloramos como nunca antes lo habíamos hecho, porque sabíamos que Dios había sido encontrado, pero también sabíamos

que estaba muerto, no en un altar dorado, ni siquiera en una cruz, sino en la humildad y la desolación de una calle olvidada.

—Pero bueno, ya es tarde, me tengo que retirar— dijo el hombre sin darme tiempo para reflexionar.

—Hasta pronto, tal vez nos veamos otra vez — respondí instintivamente.

—Si Dios quiere— me dice el hombre con una sonrisa mientras su silueta se aleja de mí.

Víctor Hugo Rodríguez Esguerra

1. Sinfonía n.º 5 en do menor,
Óp. 67
2. Memorias de Cuernavaca,
1866

Ta Ta Ta Taaa... aquellas notas tan familiares resonaron desde la sala mientras Carmelita preparaba la mesa para la comida; en la tornamesa giraba un disco que Lupe sabía cuánto gustaba a su mujer: Ta Ta Ta Taaa... las cuerdas continuaron saltando con brío y... Ta Ta Ta Taaa... Carmelita dejó la cuchara sobre la encimera durante el crescendo y atravesó el comedor para entrar a la estancia justo cuando tronaban los metales; entonces el dulce sonido de las maderas y las cuerdas evocó las mañanas en que su padre la enseñó a andar en bicicleta por las calles del Querétaro de los años 30; entonces todavía eran seguras para tal actividad, pues apenas había unos pocos automotores que no alcanzaban grandes velocidades.

Crescendo: la Cristiada y la Guerra habían terminado y México caminaba, aunque despacio, hacía el progreso de la mano del Sr. Cárdenas y su nuevo partido... Ta Ta Ta Taaa... Ta Ta Ta Taaa... Mientras la melodía continuaba con sus *dolces*, Carmelita tomó asiento frente a su esposo en un viejo sillón de madera, una sonrisa en sus labios; a su izquierda tocaba la tornamesa en un gran mueble del mismo material, conjunto que Lupe había mandado hacer con algunas tarimas de la

Carnation donde trabajó; a su derecha lucía un pequeño altar con flores dedicado al Altísimo y a su Santísima Madre del Pueblito.

Carmelita, muy devota a la Patrona de la Ciudad, había visitado el Santuario junto a su padre y sus hermanos la última vez que él los llevó a pasear en bicicleta. Temprano habían asistido a un concierto en la Alameda Hidalgo, donde se presentaba con regularidad la Banda de Música del Estado; era sábado por la mañana, y para entretener a la sociedad Queretana, el director había preparado un programa con piezas de los grandes compositores de música europea: alguna obra de Bach, quizá otra de Tchaikovsky, y claro, cerraba el gran Beethoven.

Tras el concierto, la familia pedaleó hasta el antiguo pueblo de San Francisco Galileo, donde los esperaba la Madre de los Queretanos; se dedicaron algunos minutos para rezar ante la Santa Imagen y para tomar una nieve, y luego se decidió el regreso. Cruzando el grupo el Pocito en dirección de Levante, D. José se detuvo sin aviso, sujetó con firmeza su pecho y al bajar de la bicicleta, cayó al suelo. Carmelita corrió a su lado, pero poco pudo hacer su familia pues el patriarca ya estaba muerto; pronto, y de algún modo se dio aviso a la Cruz Roja que, al enterarse que uno de sus queridos socios había fallecido, se apresuró a recoger al *enfermo*: los paramédicos subieron a D. José a la ambulancia y dieron con él un par de vueltas a la ciudad para luego jurar ante las

autoridades que el desdichado había perdido la vida en el traslado.

La joven, de apenas 14 años, vio con gran pesar cómo subían a su padre en aquel vehículo cuya violenta corneta contrastaba cruelmente con aquellas que le habían deleitado apenas unas horas atrás. Carmelita, tratando de sacar de su cabeza el sonido de aquel pregón mortal, comenzó a tararear para sí las notas de la última melodía que escuchó junto a aquel que el cielo le arrebató: Ta Ta Ta Taaa... Ta Ta Ta Taaa...

MEMORIAS DE CUERNAVACA, 1866.

Max siempre adoró el clima del Mediterráneo. Sí, el agradable calor era muy distinto a los inviernos de Laeken y Viena, y no negaré que siempre añoraré los días que pasamos en Trieste y Lacroma, así como las dulces travesías a bordo del *Fantaisie* por el Adriático; ¿pero Max? Él realmente añoraba el clima tropical. No haría falta más que conocer el tiempo que invirtió en Miramar y los sueños que dejamos en las playas de Lacroma para comprender cuánto lo extrañaría. Por ello, en cuanto llegamos a la Ciudad de México, no tardó en manifestarme su desagrado con el clima de la Capital: un infierno gélido...

Ese disgusto lo llevó a buscar establecer una residencia en un lugar de tierra caliente, alejada del «frío húmedo» de México, y fue en uno de sus paseos al campo que escuchó del coronel Lamadrid grandes elogios sobre el clima y la belleza de Cuernavaca, así como del cálido carácter de sus habitantes; a su regreso a Chapultepec, el Emperador ya había tomado la decisión de hacer un viaje a la región, motivado por las palabras del coronel.

Regresaba yo de mi larga misión en Yucatán cuando emprendimos el viaje los primeros días de enero de 1866, a las seis de la mañana; ni siquiera hubo tiempo para pisar la Capital. Me acompañaba la Sra. Gutiérrez de Estrada, dueña de una hacienda a las afueras de Cuernavaca; ella intentó convencerme de que Max encontraría un lugar ideal para su tan deseada residencia, esfuerzo innecesario, aunque valorado, pues el carácter del Emperador no le permitiría volver

con las manos vacías; aun así, disfruté su compañía durante el viaje y me dediqué a escuchar atentamente las maravillas que narraba sobre aquella ciudad estival. La comitiva la completaban mis damas de honor: las Sras. Pacheco y Varela; el Sr. Negrete, el coronel D. Feliciano Rodríguez, el ministro D. Martín Castillo y el mayordomo Venisch; todos al cuidado de una espléndida escolta de húsares austriacos.

Almorzamos en el Guarda, una hacienda que se designó como punto de descanso para los siguientes viajes por su posición estratégica que dominaba el Valle del Anáhuac, pero especialmente porque Max había quedado prendado de los tupidos bosques que cubrían el camino; el Emperador, acérrimo botánico, admiró por largo tiempo aquellos esbeltos oyameles, tan parecidos a los bosques europeos y tan distintos a los centenarios ahuehuetes que nos habían acogido en Chapultepec. En la sobremesa se mencionó la posibilidad de alargar el viaje hasta Acapulco, y se discutieron largamente las bondades y los peligros que esta desviación comprendía; Max, decidido, comenzó entonces a maquinar el camino hasta la costa.

Poco antes de Huitzilac, nos encontramos con el Sr. Prefecto del Departamento, y los generales D. Francisco Casanova y D. Antonio Ayestarán. En Santa María, a dos leguas de Cuernavaca, ya se notaba la animación del pueblo que se avivaba; en Buenavista nos esperaban una comisión de señoras, que me llenaron de bellos ramilletes, y otra de jinetes que, tras saludar con sus grandes sombreros al Emperador, nos vitorearon. Desde la garita hasta la plaza principal de Cuernavaca se extendía una valla formada por la guarnición de la ciudad; el trayecto, rematado por varios arcos del

triunfo, se realizó con gran lentitud, pues toda la población se encontraba reunida allí y no dejaba de manifestar su entusiasmo: aunque había visto millares de flores llover desde las ventanas en Yucatán y Puebla, aquel espectáculo no dejaba de maravillarme y conmoverme profundamente. La procesión se detuvo ante la iglesia principal, donde nos apeamos y fuimos recibidos en el atrio por una segunda comisión de señoras, un grupo de niñas vestidas de blanco; y en la puerta del templo esperaba el clero; se entonó un *Te Deum* y luego partimos a pie hasta la casa que nos serviría de residencia, donde ya nos esperaban las autoridades de Cuernavaca y algunas comisiones.

Por la tarde se sirvió la comida, muy a gusto de los locales, a la que asistieron algunos notables de la ciudad; durante esta, Max manifestó su deseo de adquirir o construir una residencia en la región, y fue el Sr. Pérez Palacios, vecino de la ciudad, quien recomendó la centenaria casa del Jardín Borda, con la advertencia de su precario estado causado por un largo abandono. Al día siguiente se realizó la visita al mencionado domicilio, que nos dejó impresionados por sus inmensos jardines, estanques y apartamentos; poco tardó el asunto en verse concluido, se arregló el arrendamiento y comenzaron las reparaciones: en pocos días se limpiaron los jardines y apartamentos y se tapizaron las habitaciones.

Ese mismo día, 4 de enero, visitamos el hospital, la cárcel, y las escuelas de ambos sexos; a la comida se invitó nuevamente a las autoridades y los notables de la ciudad. A las siete de la noche se realizó un espectáculo de fuegos artificiales en la plaza; más tarde pasó un gallo de señoras a saludarnos mientras el

pueblo vitoreó y aclamó hasta que salimos a saludar desde el balcón.

El día 5, realizamos un paseo a caballo por los alrededores de Cuernavaca que fue encantador por lo fértil del terreno y lo pintoresco del paisaje; llegamos hasta la hacienda de Atlacomulco, donde fuimos recibidos por sus habitantes con gran cariño y regocijo; almorzamos ahí en compañía de nuestra comitiva. Fue durante aquel paseo que Max adquirió un terreno en Acapantzingo, localidad ubicada entre Cuernavaca y Atlacomulco, donde mandó construir un *chalet* de estilo pompeyano para mi uso personal, al cual nombró el *Olindo*, en honor de la obra *Jerusalén Libertada* que tanto le interesaba. El terreno ya se encontraba sembrado y rodeado por bosquecillos de laureles, naranjos y plátanos, creciendo de manera casi natural y salvaje; durante nuestra visita al lugar, el alcalde y los habitantes de Acapantzingo manifestaron su entusiasmo y alegría por recibirme próximamente como vecina. La obra, sin embargo, avanzó despacio y no se esperaba que estuviera terminada hasta noviembre; durante una estancia en la Borda, visité el terreno y almorzamos en él mientras tocaba la música del pueblo y entonces me pareció ver cuatro mariposas blancas bailando en perfecto compás.

La tarde que visitamos Atlacomulco, la comitiva del Emperador continuó recorriendo otros jardines del pueblo hasta que encontraron uno en que se desarrollaba un baile; Max permitió que los jóvenes, entre los que se encontraba Blasio, se unieran mientras él observaba. A aquel baile asistieron las Srtas. Emilia Blanco, Lola Hermosillo, la esposa, las hermanas y las sobrinas del coronel Lamadrid, y las hijas del general Casanova, entre otros invitados; los muchachos que participaron en aquel

convivió continuaron reuniéndose a bailar mientras permaneció la Corte en Cuernavaca.

Fue entre tanta alegría y cordialidad que el día de reyes llegaba desde Europa, abordo del vapor americano, un triste augurio para el Imperio, más que dulces regalos: Leopoldo I, rey de los belgas, MI padre, había fallecido el 10 de diciembre tras un periodo de enfermedad del que apenas había recibido noticias en Yucatán por correspondencia. El Emperador recibió la noticia de la comisión belga en Cuernavaca, y bastó solo una mirada suya para entenderlo; lloramos juntos. Se suspendió entonces el viaje que Max deseaba hacer a tierra caliente y partimos del Departamento de Iturbide el día 8 para llegar a Chapultepec el día 9 a las seis de la tarde.

Por el camino se podía apreciar el cambio general de ánimo, pues en las poblaciones que atravesábamos ya no se veían arcos triunfales, o aquellos que no habían sido retirados lucían crespones negros; los adornos habían desaparecido y en las ventanas, particularmente de la ciudad de México, se veían colgaduras de luto que duraron tres días; en lugar de aclamaciones, ahora solo recibía saludos formales y cariñosos que compartían mi pena, y los arcos que se habían levantado en la capital para recibirme después de dos meses de ausencia, desaparecieron antes de mi llegada.

Se dispuso el luto en la corte y se izó el pabellón Imperial a media asta en la torre del Alcázar, señal de nuestra presencia y del dolor que guardábamos en Chapultepec. Max se encargó de recibir el pésame de los ministros, funcionarios, particulares y militares, mientras que yo me encerraba por unos días en mis habitaciones para llorar a mi amado padre;

recibí *l'Indépendance* con las descripciones de su muerte y sus funerales y no pude más que llorar a lágrima viva. Sin embargo, algo más me conmovió de aquel diario y fueron las ovaciones tributadas a mi hermano Leopoldo II, joven rey de los belgas, símbolo de nuestro país, prueba viviente de que no todo muere con un gran hombre que ha hecho el bien. Aproveché esos días de claustro para llamar a Blasio a mis habitaciones y dictarle una alocución que Max pronunció el día 15; en ella, además de mi agradecimiento por las atenciones de todos y de elogiar las virtudes de mi padre, el Emperador enalteció su gobierno de paz y tranquilidad que duró 35 años; prometió seguir el ejemplo del Rey, y agradeció las muestras de cariño y respeto que recibí durante el viaje.

Fue a mediados de enero que finalizadas las reparaciones de la Casa Borda, mientras yo conservaba el luto en la Corte, Max partió por primera vez a la nueva residencia Imperial, junto a su comitiva, y al fin se pudo admirar la verdadera belleza del lugar; con anterioridad se había establecido que el ceremonial para la tierra caliente sería de blanco, por lo que Feliciano Rodríguez, caballero mayor, preparó el tiro para el tren de viaje con doce bellas mulas blancas adornadas con guarniciones azules; complementaban tan curiosa estampa los trajes de charro de gamuza, con adornos de plata y sombreros grises, que vestían el cochero y el resto de la servidumbre.

La residencia se encontraba rodeada por amplios jardines rematados aquí y allá por pintorescas fuentecitas que daban al lugar un aire de tranquilidad coronado por un pequeño estanque; los departamentos Imperiales, de una sola planta, contenían, por un

lado, el salón de trabajo de Max, su recámara y el gran comedor; enfrente se encontraban mis habitaciones y las de mis damas; los corredores pronto se llenaron de tiestos y jarrones que contenían hermosos ejemplares de plantas locales, además de enredaderas y orquídeas, algunas peceras y jaulas con pájaros multicolores.

Max pasó algunos días en Cuernavaca, en los que asistió a una fiesta ofrecida en su honor por la oficialidad austriaca e incluso presidió un club formado por los jóvenes de la ciudad que se ofreció a formar una guardia en la residencia durante su estancia; veinte días después regresó a Chapultepec para tratar los temas del Imperio que no podían administrarse por correspondencia; en cambio, yo guardé tres meses de luto riguroso por la muerte de mi padre y me resolví acompañarlo a la residencia hasta principios de abril, fecha en que Max decidió emprender un nuevo viaje tras unas fiebres que el doctor Lucio atribuyó a las presiones del gobierno. Entonces me acompañaron la Sras. Pacheco y Gutiérrez de Estrada, la Srta. Varela, los Sres. Castillo y Felipe del Barrio, chambelán de la Corte, y la servidumbre.

Aunque el luto de la Corte había terminado, se resolvió que el ceremonial que obligaba a todos a vestir de blanco no aplicara a mi persona, por lo que ocupaba todas las oportunidades en que el clima era clemente para vestir de negro, mientras que para aquellos días en que el calor era excesivo, mandé preparar algunas faldas y corpiños blancos, rematados con cintas negras. Al llegar a Cuernavaca me reencontré con el profesor Dominik Bilimek, que nos había acompañado desde Europa, quien según me decían se perdía cada mañana en los campos que rodeaban la ciudad, afirmación que me causó gran curiosidad; el querido profesor era un

hombre alto y robusto, su cabello y barba canos enmarcaban un rostro rosado que remataba en un par de anteojos bastante gruesos; complementaba su imagen una sombrilla amarilla, que los caballeros decían parecía un enorme hongo que desaparecía entre los carrizos cuando el profesor salía a recolectar especímenes mientras ellos se dedicaban a visitar las haciendas, un curioso sombrero de corcho en el que escondía gran cantidad de bichos, todos clavados con alfileres a su interior, y su enorme abrigo repleto de bolsas que servían como almacenamiento para el resto del material recolectado. Así, poco a poco el profesor creó una gran colección de bichos y reptiles: sus «*Les petites bêtes du Bon Dieu*» (Los pequeños animalitos del Buen Dios) como él los llamaba, que guardaba en frascos de vidrio con alcohol y mostraba con gran emoción a todos los interesados, para gran pesar de Blasio y deleite de Max y de nuestro jardinero Wilhelm Knechtel; el profesor, el jardinero de Bohemia y el Emperador formaron un pequeño grupo que dedicaba algún tiempo para hablar y discutir temas de naturaleza y botánica. La señoras no éramos ajenas a aquel interés de los caballeros y solicité al profesor algunas redes de tul para atrapar mariposas junto a mis damas para ocupar el tiempo de nuestros paseos por los jardines de Borda, y así continuó creciendo la colección.

Por las mañanas, a las siete, la Corte salía a cabalgar hacia alguna de las haciendas cercanas, paseos en los que frecuentemente participaba y pude confirmar el espectáculo de aquel gracioso hongo que se perdía a la distancia. Por la tarde se organizaba otro paseo al que siempre decliné; nunca me han gustado los paseos vespertinos. Por las noches Max preparaba veladas a las que acudían su corte y los soldados, mismas que

entre el juego, el alcohol y el afecto que existía entre ellos, permitían al Emperador olvidar la situación política del Imperio, según me confiaba. Atraído por ese encanto, Max comenzó a pasar mucho tiempo en Cuernavaca, alternando 15 días en Chapultepec y 15 días en la casa de Borda; en consecuencia, el camino y los bosques, que alguna vez habían sido guaridas de ladrones, se encontraban ahora vigilados por las patrullas de caballería de los húsares del conde Kevenhüller y el regimiento del coronel Lamadrid, convirtiendo todo aquel territorio en un parque que se me afirmó era tan seguro como el centro de la Ciudad de México.

Llegado mayo la Corte regresó a la Capital, bien para evitar el calor excesivo que comenzaba a sentirse en la tierra caliente, como para tratar los asuntos de urgencia del Imperio: aunque Max y yo decidimos apadrinar al primogénito de Bazaine y la Sra. Peña los primeros días del mes en la capilla del Palacio, existían graves tensiones con el Mariscal que amenazaban una ruptura tras la salida de las tropas francesas del territorio. Durante esos días, Max dispuso que se reuniera diariamente el Consejo de ministros y con frecuencia el de Estado, mientras que yo acordaba los asuntos del día y él se ocupaba de otros temas importantes cuya atención urgía. Para cumplir dicho objetivo designé que Blasio pasara a mis habitaciones por las noches a las ocho, donde él daba lectura a los documentos. Yo escuchaba atentamente la lectura paseando a lo largo de la pieza, dictándole mi parecer cuando era lo justo y dando órdenes terminantes cuando era necesario; resuelto cada asunto con mi inicial y mi firma al calce, Blasio se retiraba a sus habitaciones alrededor de las diez u once de la noche durante los veinte días que se mantuvo esa

rutina, entonces Max volvió a hacerse cargo de todo el Imperio.

Cuando regresó algo de paz a la Corte, estado que ya no duraría mucho, Max y yo decidimos volver a Cuernavaca; él se dirigió ahí con premura y sin escalas, yo, por otro lado, tenía la intención de visitar las grutas de Cacahuamilpa; el profesor Bilimek, que las había visitado a principios de enero, me había contado tantas maravillas de aquella formación geológica que se encontraba en el mismo Departamento de Iturbide, a uno o dos de días de viaje. Me dirigí con mis acompañantes hasta la hacienda de San Gabriel, donde fuimos recibidos con gran alegría; de ahí continuamos al día siguiente a caballo hasta las grutas, cabalgando sin echar pie en tierra hasta la entrada de la caverna, aún temprano por la mañana.

A nuestra llegada nos esperaba una multitud de indígenas que nos aclamaban y que deseaban ansiosamente acompañarnos en el recorrido al interior de la tierra, tanto por adhesión a mi persona como para visitarlas por primera vez, y pronto, precedida por soldados con antorchas y bengalas, la comitiva se internó, primero a la gran bóveda que sirve de entrada, y luego entre estalactitas y estalagmitas ennegrecidas por el hollín de las velas y antorchas de los exploradores que nos precedieron. Mientras avanzábamos de caverna en caverna, la banda de guerra tocaba marchas militares, que, con la variedad de trajes europeos, mestizos e indígenas iluminados por el fuego y el reflejo de las luces convirtió la expedición en un desfile tan pintoresco, que Blasio comparó nuestra aventura con una «de esas grutas encantadas de que se habla en las «Mil y Una Noches». La mágica procesión terminó antes del último salón, aquel que los exploradores han llamado «de

los órganos», pues el camino era poco estable y no deseaba arriesgarnos solo por el placer de la aventura. Tras grabar en una pared de la cueva mi nombre para memoria y gloria del Imperio, y de refrescarnos y abastecernos de agua en un pequeño estanque al interior de las grutas, partimos esa misma tarde a Cuernavaca, donde el grupo podría descansar por fin. Los pueblos de Coatlán del Río y Apatzingo, en camino a Cacahuamilpa, son dos lugares tan hermosos que me atrevo a compararlos con el Jardín del Edén; al día siguiente, cuando me encontré con Max, no pude sino referirle con gran entusiasmo la aventura que había vivido, noticia que no hizo sino embargarlo de un gran sentimiento de pesar por no habernos acompañado; prometió que en la próxima oportunidad viajaríamos juntos a visitar las grutas; pero pronto no habría ya otra oportunidad para ninguno de los dos...

La misión en Europa, que hasta entonces se había mantenido en secreto salvo de un selecto grupo, se había fijado embarcarse en Veracruz el 15 de julio; conociendo la situación del Imperio y buscando reunir fuerzas para el viaje, me refugié algunas semanas en Cuernavaca, sin Max, pero con la habitual comitiva; todo en torno a mí se desarrollaba normalmente en la ciudad estival, mientras que en mi interior no podía controlar las emociones que me arrebatában. Pocos días antes de regresar a Chapultepec para partir finalmente a París, dedicaba mi tiempo a pasear por horas en los jardines de Borda; al terminar la comida de las cuatro buscaba la soledad y la tranquilidad en mi habitación o en los senderos que rodeaban la casa, para permitirme meditar sobre el viaje que estaba por emprender; acercándose el 7, ya era mi costumbre el caminar con prisa, repitiéndome una y otra vez todo lo que trataría con el Emperador de los Franceses, con el

Santo Padre, y llegado el asunto a tal gravedad, con el Emperador de Austria y el Presidente de los Estados Unidos; me decía que Napoleón era un hombre de palabra y todo se solucionaría pronto, que el concordato con la Santa Sede estaba prácticamente firmado, que Francisco José no abandonaría a su hermano y que la doctrina Monroe ya no aplicaba contra Max, pues Francia nos abandonaba; me obligaba a sostener mis brazos tras la espalda para mantener la compostura, y a roer un pañuelo para evitar gritar todo aquello que me oprimía el pecho; es verdad que muchos bellos pañuelos sufrieron tal destino entonces, quedando casi todos totalmente destruidos por las esquinas. El Sr. Knechtel me encontró en este estado un par de veces, con su habitual cortesía se quitaba el sombrero y se retiraba del jardín, supongo que siempre quiso preguntarme sobre aquella actitud, pero quizá prefirió guardarlo por temor a incomodarme, y cuando volvió a Europa, ya nada quedaba del Imperio, de Max o de mí.

Carlota de Bélgica - Mtro. Víctor Hugo Rodríguez
Esguerra.

Basado en los textos de: Blasio, José Luis. (1905), *El Diario del Imperio*. (1866)., Knechtel, Wilhelm (1864-1867) y Reinach-Fousse-magne, Hélène. (1925)

Júpiter

1. No hables de la muerte
2. Nubes
3. A la revolución de mi ser
4. Me enamoré cabrón de ti

No hables de la muerte

Sirve un vaso de agua y llénalo hasta la mitad, se tornará naranja al contactar a los espíritus del más allá, despidiendo a la soledad de la persona que vive sola en casa.

Una botella de vino asoma, en la reposadera de la cocina, con una mancha debajo de la base representando lo muerta que esta quien bebe de ella. La forma de una silla chueca y la pintura de una casa macabra que cuelga de la desgastada pared dan un aspecto de depresión a su casa, quisiera poder ayudarla.

El papel tapiz cae, y el mal olor de la comida podrida del lavaplatos resuena en mi nariz, la tristeza acaba con ella y las energías de limpiar se han acabado. Dentro de su cama está marcada la forma de su cuerpo y el cómo duerme recogida de pies para sentir que al menos tiene a alguien, sobre las sabanas llenas de sangre a causa de sus cortes. Cincuenta y ocho años de vida, donde fue feliz de niña, donde jugo con su novia hasta acabar tiradas en el pasto sin ropa, pero la vida no la trato como quería ella. Un matrimonio de veinte y tres años, cuatro hijos que han desaparecido, y un marido fallecido, ahogan a aquella señora que en su casa busca una alternativa para tener paz.

Su gato ha muerto, y sus plantas ya no viven, sus hijos no la visitan, dentro de todas esas paredes se encuentra una mujer que años atrás se enamoró, sin poder estar junto a su amada obligada a vivir una vida atada a un hombre que la maltrato hasta acabar con su alma. Pero el plan de su vida que tiene, le sirvo un vaso de agua, esta vez es de color claro. Y un montón de pastillas que depositadas en un bote descansan a lado de lo cristalino.

Tres pastillas, cuatro más, tres más, cinco más, así ella busca la tranquilidad del sueño que desea acabar, el vaso de agua que por mí fue servido está vacío y la señora descansa en el suelo tan profundamente que su respiración ha desaparecido.

Yo como muerte actué sutil y justo, porque el sufrimiento duro demasiado y ahora se ha acabado.

Acabar con la vida es dulce cuando no hay sentido alguno, y cuando sabes que el vacío sentimental que hay en esa persona es interminable, la soledad es la enemiga de todo ser humano asechando todo el tiempo deseando acabar.

Morir.

Nubes

He caído en un hueco delgado lleno de pasto el verde del campo resalta, no tanto como tu presencia, te encuentras a mi lado recostada admiramos el tamaño de las nubes nos retamos a buscarles formas, jugamos de vez en cuando siento tu mirada al igual me encuentras observándote Podría decir que quiero congelar el momento verte feliz jugueteando con el pasto pasando tu mano por encima de él puedo analizar cada movimiento del toque de tus dedos el desliz y el sonar de los pájaros Dudo en pensar un momento ¿eres feliz conmigo? Mi voz no deja pronunciar esas palabras no quiero hacerte sentir que dudo porque tu sonrisa y la forma que me miras define que tu felicidad es certera a mi lado Aunque el amor y el temor se revuelven en nuestras manos al carajo que piensen de nuestra vida nuestros compañeros mientras te tenga a ti y a mis amados seré feliz Tomas una flor, la depositas en mi cabello me adornas con una felicidad soñada sonrías al verme, te siento cerca analizo el cariño que te tengo te quiero por ser tú, por tu sonrisa por la forma que haces abrir mi mente por la confianza que me hiciste dar de volver a amar cierro mis ojos "nunca te vayas" "nunca lo haré"

A la revolución de mi ser

Vamos a cantar sin que las mariposas nos estorben, haremos de las plantas un amarillo brillante y cuando se sequen les haremos funeral dudoso. No importa si nos ven juzgando, vamos a representar lo que más odian los padres, lucharemos contra esta oscura sociedad sin faroles para al final encontrar la paz en el amor que les tengo a todos ustedes porque no me canso de gritar.

No me canso de escribir y no me canso de llorar si mis sentimientos tengo que plasmar en palabras con violencia contra lo que más odio de la sociedad, no me cansare de luchar hasta mi nombre escuchar salir de sus anticuadas bocas, hasta buscar mis derechos bajo las fosas que contienen vidas que fueron arrebatadas por gritar y por ser.

Dejaré de querer encajar con cariños imposibles y familiares liados a su pasado, no me importa terminar bajo el exilio familiar por marcar la diferencia a mi vida, por pelear por una identidad que desde mi infancia me fue bloqueada seremos más fuertes que las palabras y golpes, que los insultos y heridas, que las autolesiones y bajones.

Somos el cambio no marcado por políticos que replican falsas oratorias, somos plantas a quienes no van a secar, somos los gritos de quienes viven bajo limitaciones y a quienes por eso dejaron de existir.

Hare la revolución a mi ser por mí y por todos.

Me enamore cabrón de ti

*Si estás sola dime dónde estás yo llegaré volando
a donde tenga que estar, no hay vuelta atrás
somos pinturas del mismo óleo y pincel,
música de las mismas partituras y melodías.
Siento cómo estás cerca que solo quiero sentir
demasiado, en una hora te iras y me dejarás partir,
tomaré un taxi que me alejara y esperare a la
próxima vez que te vea para besarte.*

*CanCIÓN de amor, poesía romántica no entiendo
como fluye esto, pero vamos aprendiendo, no
tuvimos buena suerte, pero ahora mismo ya nos
toca disfrutar de un rose y besos que sepan a
verdadero amor.*

*Amorío y colores pastel, esta vez no te vayas a ir,
no sé qué haría sin ti, llorar hasta dormir, pero
esos juegos no me gustan ya aparte contigo la vida
está segura.*

*Baila y bailamos, hay toda una pista viéndonos sé
que tienen envidia de como nuestras energías se
conectan para formar una misma no me canso de
gritarte por lo alto de la música lo hermosa que te
ves y lo tanto que te amo.*

Manuel Sabino

1. El señor de los regalos

El Señor de los Regalos: La Comunidad de los Renos

Corría el año de 1900, en una pequeña villa del Polo Norte, en donde se encontraban: Brioso, Danzarín, Saltarín, Bromista, Cometa, Cupido, Trueno, Relámpago y muchos más; los periódicos referían que se avecinaban ventiscas y temperaturas de -10° C en aquella zona, por lo cual la visibilidad estaría muy limitada. La preocupación en los renos, era más que evidente, pues Papá Noel no podría realizar su recorrido ante tales inclemencias del tiempo, acciones y medidas habían que tomarse, faltaban solo 2 días para la noche de Navidad por lo que, la Comunidad de Renos se reunió para decidir qué harían.

Brioso, el líder izquierdo y Danzarín el líder de la derecha se reunieron con los demás renos y comentaron: “debemos activar un mecanismo de participación ciudadana para decidir qué haremos”, así Brioso propondría una “Consulta Popular” entre los renos para decidir que se haría ese año, las opciones de respuesta eran: “Que se posponga la entrega de regalos” o “que se lleve a cabo aún con todo y las inclemencias del tiempo”, la Comunidad no sabía que elegir, era algo nunca antes visto, el posponer la entrega de regalos supondría que los regalos de Navidad no llegarían a muchos hogares ese día; mientras que, llevarlo a cabo con tan poca visibilidad, supondría un riesgo al trineo y la ruta; mientras que Danzarín propondría que solo los que tiraban del trineo y el conductor decidieran qué hacer.

Es así que de entre los renos, surgió una voz, “¿y si buscamos una tercera alternativa? Ustedes han sido nuestros líderes, durante mucho tiempo, debemos buscar a alguien nuevo que nos guíe ante éstas inclemencias, propongo que se haga una votación para elegir un solo líder que tome las decisiones de qué se hará y cómo para esta y las futuras navidades, un alto porcentaje de la comunidad estuvo de acuerdo con esta propuesta, pero Trueno preguntó: “¿Y quiénes serán los candidatos? Relámpago y yo, no buscamos liderar el trineo”, “Cometa y yo, tampoco” – agregó Cupido; “A Saltarín y a mí no nos llama la atención ocupar el frente del trineo, donde estamos está bien” – respondió Bromista.

“Bueno, bueno... Esto nos deja en el punto de partida” – comentó Danzarín – “Y con eso, tenemos ya la opinión de todo el trineo, ergo, no es necesaria una Consulta o Elección para un nuevo líder, esto nos ha funcionado por muchas décadas, sigamos así”. “Insisto en que elijamos un nuevo líder, pero abriendo a toda la población de renos la opción de participar.” – replicó la voz. “Estoy de acuerdo, no será mi Consulta, pero sí una elección que nos guíe en este camino.” – aseveró Brioso.

Así, tras una larga tarde de deliberación, se contaban con 3 candidaturas, Brioso por la izquierda, Danzarín por la derecha y buscando unificar lo de ambas partes un tercero, Rodolfo; las propuestas de los 2 primeros eran ya conocidas por todos, pero nadie había escuchado las de Rodolfo, es así que él proponía: 1. Consultar a la Comunidad sobre los viajes y rutas, 2. Lo que ha funcionado de toda la vida mantenerlo, pero re-evaluando y conocer las áreas de oportunidad para el

futuro, 3. Quiénes forman parte del trineo son electos por la Comunidad y éstos (el trineo) a su vez eligen al líder, una votación indirecta.

La comunidad encantada con la idea y la “luz” que trajo Rodolfo con sus propuestas, lo eligió como el nuevo líder del trineo y de la Comunidad de los Renos; así bajo el liderazgo de Rodolfo la Comunidad recibió uno de sus más grandes regalos esa navidad: la democracia y la participación ciudadana pues con cada uno de ellos, la Comunidad ha participado en la toma de decisiones, a través del plebiscito, referéndum, presupuestos participativos, consultas a crías de reno (renitas y renitos) y hemos podido así, construir una sociedad más cercana a resolver las problemáticas sociales, que prevalezca el diálogo.

Así, el día de Navidad, como en todas las historias navideñas, ocurrió el milagro y el clima no fue problema para el trabajo de Santa y sus renos.

– “Y fin, ahora ya duérmanse... Que mañana es navidad y hoy a su mamá le toca liderar el trineo”.

– “Pero abuelo Rodo, no nos has contado todas tus aventuras, ¿cómo fue que salvaste la navidad del ‘56?”

– “Esa, es una historia que incluye, plebiscitos, democracia directa y el primer ejercicio de revocación de mandato de nuestra comunidad, pero será para otra noche”

José Manuel Sabino Bustamante

*Estudiante del Doctorado en Derecho Electoral (2ª generación) de la Escuela Judicial Electoral
Twitter: @M_Sabino*

Teresa Galdi

Reminiscencias

1. El vecino de enfrente
2. Cuadros de una exposición
3. El Mulch
4. Es hora de despedirnos
5. Lo inexorable

Reminiscencias

Los relatos que a continuación se presentan se basan en situaciones reales, pero con toques coloridos e imaginarios para darle más luz al escrito. Son recuerdos que me han quedado después de vivencias que me han impactado emocionalmente y de las cuales aún guardo muy gratos recuerdos.

Los dos del final, el relato y el poema, cambian su tono porque son una oda al momento de decir adiós.

Teresa Galdi

El vecino de enfrente

Abro la puerta de mi pequeño departamento de la colonia el 'Gas', y frente a mí se presenta el vecino de enfrente pidiendo ver al "Señor de la Casa."

-Hola, buenas tardes, soy el vecino de enfrente y quisiera hablar con el señor, ¿estará en casa?

Mi primera reacción fue de sorpresa porque la alta figura del personaje que portaba lentes negros, se plantó dos escalones abajo del quicio de mi puerta para no mirarme de arriba abajo, sino de frente. Lucía un saco azul marino muy formal, y con voz grave y muy modulada pidió ver a mi esposo; ciertamente me llamó la atención el aplomo con el que hizo su petición. De repente pensé que sería un vendedor de seguros o de colecciones de libros, muy usual en esa época, o simplemente, querría algún pequeño favor. Quizá Cristóbal había dejado el auto frente a la puerta del garaje.

-Sí, claro, le respondí. Y entré a llamarle a Cristóbal para que atendiera al vecino.

-Está aquí afuera el vecino de enfrente, le dije. Quiere hablar contigo.

La expresión de su cara era de interrogación, porque bien a bien no sabía qué podría querer; sin embargo, se levantó de la cama y salió a atenderlo.

-Sí, diga, buenas tardes. A lo que el vecino respondió, ¿tendría de casualidad una llave inglesa que me

pudiera prestar para poner un librero en la casa? Lo cual llamó mucho la atención a Cristóbal, porque una llave inglesa, pues no es precisamente para eso.

-¿Un librero?, le preguntó.

-¡Sí!, respondió el vecino, muy cierto de lo que estaba solicitando. 'Estamos colocando unos estantes', contestó con aplomo.

Por la expresión de Cristóbal, quien no era precisamente muy diplomático, más tratándose de herramientas que eran como sus más preciadas mascotas, y por la mueca de extrañeza que desfiguró su cara, creo que el vecino entendió que no era eso lo que necesitaba, por lo que agregó: ¿Por qué no viene a verlo y ya me dice qué necesito?, esbozando una amable sonrisa.

Y así fue. El vecino nos invitó a su casa a presenciar el armado de un librero, y a constatar fehacientemente que lo que se necesitaba no era precisamente una llave inglesa, sino simplemente unas pinzas y un desarmador.

Al entrar nos recibió la esposa del vecino, una nortea muy guapa cuyo acento no dejaba duda de su procedencia, y era precisamente ella quien estaba abriendo las cajas donde venían los estantes y unas barras de aluminio que serían los soportes que iban anclados en unos perfiles de fierro. Después de las consuetudinarias presentaciones, la vecina, Lucy, y Cristóbal se pusieron a armar el librero. En tanto que el

vecino, Julián y yo, preparamos unas bebidas de Brandy Cheverny.

¡Ahí fue el inicio una entrañable amistad!

Una vez terminada la colocación de los estantes, Lucy nos invitó a sentarnos a la mesa y amablemente compartió con nosotros unas papitas en un singular platito de cartón; y con mejillas sonrosadas por el calor del brandy, nos preguntó si nos gustaría escuchar a Chaf y Quely. Yo no tenía ni la más pálida idea de quienes eran, pero al saber que eran chistes grabados en un disco, quisimos alargar la estancia y aceptamos quedarnos. Nos introdujimos al mar de albures y chistes subidos de color contados por esa pareja, donde uno era 'Don Cucurucho' y el otro 'Don Ramón'. Lo curioso fue que, pues nos acabábamos de conocer y dos horas después ya estábamos riéndonos de los albures de este par de cómicos. Indudablemente eso hizo la velada muy amena y divertida; lo que comenzó con una 'llave inglesa' terminó en risas y carcajadas con los vecinos de enfrente; "ese don Cucurucho tiene cara de capillo...", desde luego la respuesta subida de color, pues nos causaba risa incontenible.

Después de esa tarde, la relación se volvió muy cálida y, sobre todo, empezamos a conocernos en todo tipo de circunstancias, desde saludarnos desgreñados todas las mañanas al vernos a través de las ventanas de la cocina, hasta compartir tazas de azúcar o un plato de gomitas azucaradas que preparaba Lucy con harta grenetina. La cotidianidad no era bienvenida en

nuestras vidas, pues cada vez que teníamos alguna situación fuera de lo común, por más sencilla que ésta fuera, nos reuníamos a escuchar a Don Cucurucho y a beber Brandy Cheverny. Para no ser nosotros los únicos en la fiesta, Julián llamó a la puerta de otros vecinos en el mismo edificio, una pareja de una chica canadiense y un muchacho de Aguascalientes a quienes le invitó a reunirse con nosotros a disfrutar de las papas en platos de cartón y del brandy Cheverny; así, las tres parejas nos convertimos en amigos y disfrutamos juntos canciones, albures, baile y todo lo que amenizara el fin de semana.

Como parejas de recién casados o apenas comenzando nuestra nueva vida familiar, pues no contábamos con finanzas consistentes; en nuestro caso, pues vivíamos al día, y no había para gastos superfluos, pero fue esa circunstancia la que quizá ayudó a que nos reuniéramos en nuestros diferentes departamentos para celebrar cualquier situación que arrojara luz de esperanza para una mejor vida: un mejor salario, un nuevo contrato, el coche comprado a plazos; en fin, cualquier circunstancia diferente era merecedora de una celebración

En una de esas ocasiones en que nos reunimos, no teníamos dinero ni para comprar la botella de brandy Cheverny, pero con el ánimo de divertirnos sanamente, apenas haciendo una colecta entre todos, juntamos dinero suficiente para una piernita de ron Bacardi. Pero ¿cómo hacerla rendir? Lucy tenía un litro de helado de limón y en casa había unas aguas minerales. ¿Cómo

hacer para que la botella y las aguas minerales alcanzaran para todos? Pues muy hábilmente Julián trajo una olla de peltre para preparar sopa y ahí vertió la botella de 'Bacachá', la nieve de limón y le agregó las aguas minerales. Lucy trajo un cucharón sopero grande de peltre azul, mezcló los ingredientes y nos sirvió el brebaje subliminal que, al tocar nuestras papilas gustativas, debía transformarse en ¡la ¡delicia jamás antes degustada, en el elixir de los dioses! La denominamos Atlixco Lime y pues al no haber otra alternativa, no había más remedio que terminarnos el contenido del perol y seguir la fiesta: bailamos Rock ´n roll, contamos chistes, cantamos, todo lo que se nos ocurría hacer para reír a carcajada batiente. Así, se organizaron muchas reuniones, en algunas había bebida como el brandy Don Pedro, ya si había brandy Fundador o whiskey, pues eran palabras mayores, la celebración ya era de mayor envergadura; pero no era la calidad de la bebida, sino la animosidad de todos para encontrar el pretexto para reunirnos para estar riéndonos de cualquier... ¡sonsera! Por no decir otra cosa.

Pero todo tiene un final. Esa estrecha convivencia se desvaneció cuando Lucy y Julián se mudaron a un departamento más amplio. A los pocos meses, Danielle y Carlos también se fueron. Poco tiempo después también pudimos mudarnos. Lo increíble, nos reunimos con Lucy y Julian, ya no como vecinos de enfrente; sino como los vecinos de arriba.

Y de ahí, surgieron más historias.

Cuadros de una exposición

Rosario y Celso formaban parte de las parejas con las que convivíamos en aquella bella época, cuando éramos prácticamente recién casados; ella muy amiga de Lucy, pues se conocían desde antes de casarse, allá en el norte del país; y él, físico de profesión, poco sociable, siempre muy ensimismado en los hoyos negros del sol, que era el tema de moda. Rosario y Lucy, se reencontraron aquí en el Distrito Federal, siguieron la amistad que databa de su adolescencia. Rosario era abogada, pero le gustaba mucho pintar al óleo, le daba a su habilidad artística gran importancia, pues presumía que su don artístico era muy importante para ella, y, después de haber desbordado su creatividad con pinceladas coloridas sobre inmensos lienzos, decidió exponerlos. Exposición a la cual fuimos convidados, misma que tuvo lugar en un pequeño hotel de la colonia Juárez.

-Van a ir a la exposición? me preguntó Julián.

-Pues yo creo que sí, le contesté, Cristóbal al menos no me ha dicho que no.

Llegada la fecha, por alguna extraña razón, Cristóbal no se presentó a tiempo en casa para ir a la exposición, pero me habló por teléfono diciendo que me fuera y que ahí me alcanzaría. Ése era un truco muy usado de su parte, porque me mandaba por delante y nunca aparecía para estar presente. Cosa que no me disgustó, porque así podía yo reírme de las ocurrencias de Julián sin que Cristóbal hiciera mueca de desaprobación. Así que, a sabiendas de que lo más probable es que fuera

sola, me emperifollé, me perfumé y ni tarda ni perezosa me fui a la exposición. Allá me esperaba Julián, pues le quedaba muy cerca de su trabajo y quizá, aunque muy remota la posibilidad, llegaría Cristóbal.

Recuerdo que yo portaba un vestido de seda de dibujos tipo Picasso, no eran formas definidas, pero los tonos de color daban idea de ser figuras que bailaban al ritmo de mis pasos. Era un vestido de manga larga, el escote en 'V', no muy profundo, pero dejaba ver mi lozanía; pues era muy joven, le sonreía a la vida y disfrutaba inmensamente todos los momentos agradables que se me presentaran. Bien escarmenada, abracé mi abundante cabellera con un broche adornado con diamantina, me puse unos aretes y un collar de perlas cultivadas para estar a tono con la formalidad de la reunión, y sintiéndome como adolescente en busca de aventura, me lancé al hotel donde se llevaba a cabo la exposición. Ahí me encontraría con Julián.

Me llamó la atención que la exposición fuese en un lugar bastante suntuoso para lo artísticamente famélico que se presentaba, porque la pintora mostraba cuadros como pintados por estudiantes sin talento, que, a decir verdad, no parecían de muy buena calidad pictórica. Sin embargo, el ambiente, algo rígido, pues todos los asistentes vestidos formalmente, fingían ser conocedores de arte; los bocadillos, muy bien preparados, presentados en charolas plateadas y ofrecidas por meseros que iban y venían; las copas servidas con vino blanco espumoso que cada asistente saboreaba pensando que podría ser una copa Veuve

Clicquot; todo incitaba a imaginarse una presentación inolvidable, entre pintores famosos, obras de arte únicas e historias de amor desprendidas de esta velada tan singular.

Pasó el tiempo y, como siempre, Cristóbal nunca apreció. Así que a cierta hora de la noche y sintiéndome como personaje de novela por la escapada nocturna a hurtadillas, emprendí el regreso a casa con Julián.

No sé si fue producto de una velada inolvidable, el efecto del remedo de las copas de champagne, o simplemente porque así sucedió, pero el caso es que el diálogo con Julián se tornó más tierno y hasta, por qué no decirlo, pecaminoso; pues nos adentramos a una aventura que, aunque tuvo principio, no llegó a su fin. Quizá fue producto de su simpatía y su alegría de vivir. Julián le sonreía a la vida, a toda situación le encontraba gusto y placer, y hasta un chascarrillo era el corolario de cualquier circunstancia. A mí me parecía muy halagador que compartiera conmigo es parte tan personal de su forma empática de ser. Ciertamente, me atraía enormemente su personalidad.

Una vez en el auto, donde los asientos delanteros no estaban separados por la consola de velocidades, era muy fácil deslizarse y quedar, conductor y pasajero, sentados juntos. Y, para mi desconcierto, así fue. Julián se deslizó hacia mí, me abrazó, y ni tarde ni perezoso me plantó un tierno beso en la mejilla, casi rozando la comisura de mis labios. Sentí lo suyos, suaves y cálidos, que me transmitían una pasión juvenil, ni voraz, ni

abrumadora; simplemente tierna y precavida, puesto que no sabía cuál sería mi reacción. De repente quise alejarlo y ‘ponerlo en su lugar’, pero quizá el entorno tan pintoresco, pues la escena parecía una pintura impresionista de Renoir, donde los matices de color de las lumbreras de la calle, las pinceladas de ternura, las tonalidades de su voz, la oscuridad de la noche iluminada por el brillo de la luna y el momento de intimidad, dieron rienda suelta a una escena de película romántica. Finalmente se atrevió, y besó mis labios... No supe comprender el maremágnum de sentimientos que agitaron mi espíritu; sin duda alguna percibí que me sentía lascivamente atraída por él.

Quizá por mi juventud y bastante inexperta en cuestiones de relaciones con personas de diferente sexo, no supe identificar que la intención de Julián iba más allá de lo permitido en esa época; ¡yo era una mujer casada! A decir verdad, además de haberme casado exageradamente joven, pues apenas había cumplido los veinte años, mantuve un noviazgo de tres, y si bien contaba con muchos amigos desde la más tierna infancia, en realidad eran como mis hermanos; nunca tuve una infatuación con ninguno de ellos y mucho menos un acercamiento pasional. Viví loca y demencialmente enamorada de mi novio y después cónyuge por muchos años, a pesar de sus altibajos de humor. No me imaginaba que el lado alegre, risueño, jovial y ocurrente de Julián me causara tanto impacto y que despertara en mí una ilusión jamás concebida, puesto que encaucé mis sentimientos a una misma persona, desde la más tierna adolescencia, sin cavilar

siquiera que pudiese haber algo más atractivo y sensual y que, además, ¡aceptara yo vivir es experiencia!

El calor de sus brazos alrededor de mi frágil cuerpo, las caricias seductoras, el roce de sus besos en mis mejillas, y finalmente sentir su aliento y su sabor en mis labios, me estremecieron de pies a cabeza; inmediatamente percibí que en cualquier momento podría flaquear y dar rienda suelta a todos los sueños eróticos imaginados a través de la famosa novela de Dh Lawrence, 'El amante de Lady Chatterley'. El flamazo lascivo que se apoderó de mí en ese momento me hizo sentir la protagonista de la novela: ¡sí, me estremecí! Su respiración agitada alentaba mi deseo, sus caricias en mi piel incitaban mi sensualidad, mi erotismo llegaba a su clímax. Fue la eclosión de una pasión que no podía desatarse a rienda suelta en ese momento; ambos nos sabíamos comprometidos; y yo, me sentía muy atada al matrimonio, y por lo mismo, me sentía culpable; además, ¡estábamos a mitad de la calle!, y si bien la noche era nuestra aliada para esconder el desliz, algo nos hizo entrar en razón y retraer esa desaforada pasional atracción. Así que, después de declararnos atraídos sensualmente y de contener la erupción de una pasión desconocida por mí, decidimos regresar a casa. Julián y yo, cada uno a su departamento; yo, tratando de esconder mi pecaminosa aventura, aun saboreando con deleite el jugo de sus besos, me refugié, tratando de disipar mi exaltada sensualidad y sintiéndome culpable por mi exabrupto, en los brazos de Cristóbal, quien me esperaba en pijama para explicarme el porqué de su ausencia.

Él se había ido de tomar unas copas con su hermano.

El Güero

Güero. Así le llamábamos a mi hermano Vicente, quien era unos años mayor que yo, pero a pesar de la diferencia de edad siempre estuvimos muy cerca el uno del otro.

--¡Lola, Lola! ¡Levántate! ¡Ya es la hora, si no, no vamos a llegar!

Eran como las 3 de la madrugada y aunque éramos aún unos niños, compartíamos secretos que no queríamos que nadie supiera, así que éste era uno de ellos.

Nos dirigimos a la recámara que no estaba ocupada, pero, como las otras en la casa, tenía un enorme closet. Al menos, así me parecía. Me indicó que entrara en el closet, cerró la puerta y me dijo que me hincara y mirara por debajo.

--Fíjate bien, tienen las luces prendidas, ahí están, están, aunque no los puedas ver. ¿Escuchaste el ruido del elevador? Es un zumbido muy fuerte, pero vamos bajando...ya llegamos, están en sus casas y no salen, aunque les mandé un mensaje en clave. Pero ahí están, ¡escúchalos, están retozando!

Yo, a decir verdad, no me percataba que lo único que hacía mi hermano era forzarme a imaginar algo totalmente inexistente, pero era tal su empeño y su entusiasmo por convencerme, que yo sentía y disfrutaba todo lo que el me expresaba. Y por años me mantuvo la ilusión de pasear por ese maravilloso lugar,

desconocido, misterioso y muy silencioso. Era la A-CIUDAD, que, en mis fantasías, la imaginaba luminosa y azulada, prístina, en una palabra. Güero la describía como la ciudad perfecta, donde sus habitantes sólo gozaban de la vida, no había ni problemas ni frustraciones, sólo un futuro prometedor. La ciudad del futuro, donde algún día viviríamos. Mismo desarrollo futurista que nunca, nunca pude conocer, más que aquello que me platicaba. Y yo, con atención desmedida y azorada, escuchaba esa fantasía tan bien preparada por mi hermano, a quien yo le creía TODO a pie juntillas.

No sé en qué momento se desvaneció el deslumbramiento de la A-CIUDAD; creo que Alejandro, nuestro hermano mayor, hizo la drástica revelación; su inteligencia genial no permitía tal devaneo intelectual, era casi casi un insulto a su razón. Revelación que hizo que la ilusión que me alegraba y que me mantenía atenta, se diluyera en la horrenda y crasa verdad. ¡Las casas de los habitantes de la A-ciudad eran unos ceniceros de cristal cortado que iluminaba con lámparas sordas para que yo las divisara por el hueco debajo de la puerta y desde luego los colores que yo percibía eran como el arcoíris, pero en la noche! ¡Todo había sido una mera fantasía!

--¡Es una mentira!, me dijo Alejandro con tono enojado, ¡eso no existe...es un invento más de Vicente! Y para demostrarlo me presentó la lámpara e iluminó un cenicero, mostrándome con ello que las luces reflejadas

no eran más que resultado de la luz sobre el objeto.

Al escuchar semejante revelación, cayeron por tierra mis fantasmas tornasolados imaginarios. Lo peor...los tuve que desterrar. Pero siempre los guardé en mi más recóndita memoria, y lo curioso, siguen ahí (creo que sí soy medio mensa, ja). Temerosa que alguien supiera que esa ilusión no estaba bajo tierra, ni desechada, ni cremada. Lo curioso, jamás le reclamé.

Pasaron algunos meses, y ya con un poco más de conciencia, Vicente me convenció de ser negociantes.

--Los hombres de negocios hacen mucho dinero, tanto como para comprarse autos lujosos; y tú, como mi secretaria, puedes tener el Chrysler que te gusta. ¡El Cadillac es para mí!... No pasé de ser la 'secre' quien escuchaba atenta los desafíos que pretendía superar el jefe, la que guardaba celosamente sus secretos entre ellos, el dinero de recortes de papel atados con una liga y cada fajilla con denominación de mil pesos -pero creo que nuestro tesoro se mojó en un aguacero y nos quedamos pobres. Igualmente, se echó a perder una gruesa de naranjas que, por ser un buen negocio, compramos a un precio irrisorio. Las subimos a la azotea, pero...no contábamos con que, con el paso de los días y el clima caluroso, se enmohecieron y pues...perdimos dinero. Fue una mala experiencia, pero aprendimos que también se puede ser mal negociante.

También pasábamos horas en la calle. Ya sea en el parque de Chapultepec, o en la nevería Roxi, o caminando por la Av. Mazatlán en busca de una nueva

aventura. Y, finalmente, la encontramos: rentar bicicletas.

A lo más que llegamos en esa época fue a ir a las Lomas de Chapultepec pedaleando con fuerza. Me parecía increíble que siempre íbamos de bajada por las calles, es decir, sin subir pendientes pronunciadas y al regresar a casa veníamos prácticamente de vuelito, cosa rara porque eran las ¡Lomas!. Rentábamos las 'bicis' en nuestro gran jardín, Chapultepec, que quedaba a sólo tres cuadras de distancia de la casa. ¡Qué divertida nos dábamos andando por el parque y por las calles arboladas de aquellas colonias de entonces! En otras ocasiones, paseábamos al perro, o vendíamos palomitas y chocolates para ganar un poco de dinero para pagar la renta de las bicis. Otros días, ayudábamos a cargar las bolsas del supermercado, que estaba atrás de la casa, a las señoras que salían encorvadas por el peso del contenido de los sacos de papel; con la seguridad, o la esperanza, de que las monedas que generosamente - o miserablemente- nos daban, solventarían nuestra necesidad de deambular por el bosque y ... de sentirnos libres, ¡dueños del mundo!

Muchos son los recuerdos de haber compartido con él, con el Güero, momentos inigualables. No éramos más que él y yo; porque no invitábamos a nadie a compartir de nuestras exclusivas aventuras. Y como ésas, hubo muchas, muchas más. Aún recuerdo cuando me llevaba y traía de la escuela. Eso sí, siempre puntual. Algo característico de él. Con paciencia inusitada, me enseñó

a manejar su 'Volvo'. Me llevaba a las fiestas, y aunque él no participaba en ellas, iba por mí a la hora acordada. Tantas y variadas experiencias vivimos, que sería tema de un libro comentarlas y aderezarlas, todas, en su cabal dimensión. Entre otras cosas, y algo más práctico, me enseñó el beneficio del ahorro, de programar los gastos, de ver hacia el futuro, del valor de la regla del 80%.20%... Hábito que, tal cual, traspasé a ms hijas, pero no sé si entendieron el mensaje.

Pasó el tiempo y mi hermano el GÜERO, se convirtió en el Tío Vicente.

Yo contraje nupcias siendo muy joven y uno de sus amigos se convirtió en mi cónyuge. Y si buen continuamos siendo muy cercanos, ya no era la estrecha relación que habíamos conservado, pues yo, tenía marido. Pero la vida es caprichosa en un abrir y cerrar de ojos necesité de su presencia.

Así, muchos años más tarde fue el hombro sobre el cual lloré. Pues la noticia de mi ruptura matrimonial provocó que buscara el apoyo de mi hermano, que buscara un momento de remanso en la A-Ciudad, donde prevalecía la calma y se respiraba aire puro y se percibía la sonrisa de la esperanza entre las nubes. Así, una vez más mi hermano se convirtió en el guía, el consejero, el amigo, y en el protector de mi hija la más pequeña. Lo cual hizo de mi fraternidad algo verdaderamente inusual. Porque hoy por hoy, y lo digo con mucho agradecimiento y cariño, siempre ha estado presente y jamás me ha alejado de su lado. Siempre al

pendiente, siempre sonriente, busca que nuestros encuentros sean como un laboratorio de química, donde los componentes que se combinan arrojen un aroma agradable y dejen un dulce sabor.

El tiempo ha transcurrido y ya hemos llegado a la época de los *nuncas*; nunca sentía ese dolor, nunca me cansaba, nunca se me olvidaba. Pero eso en nada ha tergiversado su calidad humana, siempre recta, siempre espiritual, cerca de Dios... Algunos detallitos se dejan de ver. Unas canitas por aquí, unas arruguitas por allá, un bracito que te duele, una gripa que dura más que lo acostumbrado. Pero siempre con su generosidad y amor hacia sus hijos y de paso hacia las mías. No pierdas el paso, hermano, ¿de acuerdo?

Esta década que empiezas es de congraciarse con la vida, de disfrutar lo que el universo nos prodiga y de la bendición de los nietos. Porque ellos te revitalizan, son amor puro que conmueve, que penetra en tu alma y te regocija; que te dan aliento para superar cualquier piedrita (o roca) en tu camino. Dios quiera lleguen más...

No estuve presente para felicitarlo en su cumpleaños y darle un fuerte abrazo; pero recé por él, por su salud, por su bienestar; y porque siempre esté en mi vida como el hermano más querido, como mi consejero, como mi compañero, hasta el final.

¡Gracias, hermano!

EL 'Mulch'

-Mami, nos invitaron a pasar el día en un lugar cerca de Tequisquiapán, creo que se llama Amazcala, la verdad no me acuerdo bien del nombre. Van a preparar carne asada, ¿cómo ves?

Como es al aire libre, las preocupaciones del Covid se reducen un muy buen porcentaje, pues en medio del campo y sentados muy separados unos de otros, el contagio se minimiza. Luego ir, prometía ser una experiencia fenomenal.

-Muy bien! ¡Claro, me encanta la idea! le respondí.

En alguna época de mi vida participe en la creación de un vivero. La razón: terminando de construir una casa de Cuernavaca, el maestro de obras le pidió a Manuel -mi difunto cónyuge- que les diera *trabajo* y que cooperara con ellos para producir flores Noche Buena. Era aún muy buena época para comenzar porque en el mes de enero y febrero es cuando se plantan los esquejes. Desde luego nosotros no teníamos ni la más p...álida idea de lo que producir nochebuena implicaba, pues chilangos de corazón, nunca habíamos participado de la siembra de nada. Quizá una colección de cien violetas africanas fue mi mayor logro, algunas plantas de interior y ...nada más.

Se consigue el terreno donde se levantarían los cañones, corredores cubiertos de plástico blanco sobre unos arcos de fierro para implementar un cañón de producción de planta. Así, se irguieron doce en un terreno de más o menos 3000 metros cuadrados. En breve, ese año se produjeron 14,000 nochebuenas.

Desde luego la experiencia fue sensacional porque se aprende desde a escoger el esqueje, la plantita pequeña que floreará abundantemente, hasta plantarlo en una muy 'buena tierra' que estuviera bien 'quemada' y tuviera los elementos necesarios para dar una excelente flor, las copitas amarillas con corona roja y rodeada de grandes hojas rojo bermellón.

-Y ahí ¿que hay? le pregunté a Gaby.

-Pues es un gran terreno, creo que es una hectárea y parece ser que se produce composta.

La palabra de inmediato me remitió a esos tiempos cuando en el vivero se compraban carros de hoja seca de Huitzilac y tierra negra, se mezclaban y se disponían en una especie de montañas, se procedía a cubrirlas con plástico negro, y luego a inyectarle vapor de agua a 100 grados C, para quemarla y así asegurarse que fuera una tierra limpia, libre de bichos, hongos y cualquier insecto o plaga maléfica que infectara a las plantas. El método algo rudimentario, pero muy común en la zona de Chiconcuac, Morelos.

- ¿Ya lista mamá? Llévate un sweater más grueso, no te vaya a dar frío.

Emprendimos el camino y tomamos la carretera Querétaro México, para salir hacia el aeropuerto y pasar por lugares a los que no recuerdo nunca haber ido. Me llamaba la atención de la diferencia de paisajes entre los de Morelos y los de Querétaro, aquí el clima, más hacia lo desértico, presenta panoramas un poco menos frondosos y exuberante; las plantas y los árboles son más recatados en mostrar su follaje; pareciera que guardan para sí la energía vegetal, para usarla en tiempo de sequía. El camino a veces mostraba tierra muy caliza, piedras muy blancas y poco estrato tornasolado. Igualmente, por el clima y por el suelo, a lo lejos se divisaban algunos plantíos de viñedos que por estos rumbos es muy común.

En plan de disfrutar hasta la última escena de tan fenomenal día de campo, me dediqué a atragantarme de escenas de color verde en todos sus matices, del amarillo que reflejaba el sol y de los ocres y naranjas que le recuerdan a uno nuestra relación con la tierra, con la fertilidad, con la vida, con la realidad misma que se vive cotidianamente al pisarla y no perder el paso.

De súbito dimos una vuelta muy cerrada para entrar al terreno cuya barda, de setos y de árboles, no permitía vislumbrar lo que adentro había.

¡Desde la entrada al terreno se respiraba un ambiente mágico de creación! El olor, la imagen, el movimiento de colores. La vida vegetal en ciernes, lista para apurar

a aquellos seres que están en espera de alimento como si fueran prisioneros en un recinto donde apenas el agua llega a sus estomas, para crecer, para desenvolverse abriendo sus ramas y sus hojas al cielo, al universo.

El ver las montañas de composta alineadas una junto a otra, me hizo recordar la producción de nochebuenas que teníamos en el vivero en Morelos, y tener esa sensación de juventud y de renovación. La vida cubre un sinnúmero de cambios que, en términos de colores, cubren todo el arcoíris. ¡Qué decir de los cambios de rubores que presentan las nochebuenas cuando pasan del verde pálido casi imperceptible al rojo carmesí de sus hojas que resaltan la flor pequeña de puntos amarillos con pinceladas de rojo fulgurante!

Los montículos dispuestos en hileras de composta reflejaban toda la gama de café y ocre, de rojo y naranja, de grises cenizos, de caoba casi chocolate hasta volverse tan oscuro como el negro; mismas tonalidades que tienen ya una específica labor en esa maravillosa mezcla. Todos los elementos combinados, en especial el nitrógeno, el potasio y el fósforo, en una trilogía perfecta, que, como los tres mosqueteros, están listos para defender la vida misma blandiendo sus espadas de iones para ahuyentar a aquél que no fuera benéfico al proceso de crecimiento; qué decir de las proteínas entrelazadas como cotas de malla, siempre defendiendo, y ¡hasta lombrices, las más felices!, que vienen incrustadas en ese revoltijo, cuya labor será endulzar la vida. Sí, endulzar la vida...de los jardines,

del pasto, de los árboles, de las flores en forma de perfume, de las cactáceas mezcaleras y hasta a todas las especies de alrededor, incluidos, ¡claro!, nosotros los simples mortales que en ocasiones se nos olvida que venimos de ahí, de la tierra, y ahí regresaremos.

Gracias por tan linda experiencia.

Es Hora de Despedirnos

Cuando es hora de despedirnos para retirarnos a una mejor vida, donde impera la calma, la tranquilidad y la paz, quizás ni cuenta nos damos de ése preciso instante que requiere de toda nuestra conciencia y presencia, pero que, en ocasiones, ni siquiera la primera puede estar con nosotros; y la segunda, pues siempre guarda la esperanza de que no sea el último momento. Tan sólo los que nos ven partir, podrán describir cuán efímero fue ese segundo que nos separó de lo terrenal para introducirnos en lo idealmente desconocido, en lo desgarradoramente solitario, o en lo retadoramente misterioso. Vivencia, de la cuál nadie puede dar testimonio, ni pruebas irrefutables de la experiencia, hoy por hoy, la más trascendente de nuestras vidas... Lo opuesto a la vida, o quizá, la nueva vida. Tendríamos que vivirlo para saber aquilatar qué sería lo eterno, lo desprovisto de tiempo, de lapsos largos, o de instantes caprichosos. ¿Qué será, entonces? ¿Acaso una larga nueva vida o un impasse eterno, a lo que llamamos muerte? Ahora, ¿cómo integrarla en nuestras vidas, sin que sea desgarrador o esquilante? ¿Cómo abrirle la puerta de nuestro hogar y decirle, bienvenida a dar descanso a quién ha decidido partir?

No, no es fácil. Porque la mayoría de los mortales no aceptamos que exista 'una mejor vida', reclamamos y nos enfrascamos en no dejar ir a quien ha decidido partir. ¿Será acaso celo, soledad, o miedo de que algo pueda ser más poderoso que nosotros, que nuestras necesidades afectivas? Sin embargo, hay ocasiones en

donde no solamente el paso a la eternidad es bienvenido, sino glorificado, solemnizado, embellecido con luces de colores y cantos celestiales; el Réquiem mozartiano cumple su cometido, lo empiezo a escribir y no termino, pero dejo en manos de los que me siguen la dulce tarea de vislumbrar qué quería decir...

¡Qué maravilla cuando el término de nuestras vidas se vuelve una algarabía!

¡Qué maravilla que fuese despedida a la vida y bienvenida a la partida!

¡Qué maravilla cuando el paso a la nueva vida es celebrado con amor y regocijo, como si fuese un pasaje de la Divina Comedia, cuando se llega al séptimo cielo en plenitud espiritual!

Como la Madre que ha llegado a su partida rodeada del amor en plenitud. Los hijos están presentes, los nietos lamentan su nuevo camino, porque su juventud no comprende que hay vida después de la vida. Sin embargo, ahí están viendo partir al alma amorosa de la abuela, al espíritu prodigioso de la Madre. No fueron suficientes los elementos naturales presentes en ese momento, había que aderezarlo con color y armonía. No fueron suficientes las rosas, como las de la virgen que entrega como mensaje para que se le glorifique; hubo de traer diferentes tipos para enmarcar cada una de las características de la Madre. La caridad, la paciencia, la generosidad, la entrega total y el amor sin cortapisas. No fueron suficientes los alcatraces, que enmarcaron la fortaleza de la Madre al ver que cada uno de los hijos

tomaba caminos diferentes y no sin riesgo alguno. No faltaron los girasoles, siempre buscando la luz, el indicador del camino a seguir, ni mucho menos los claveles rojos y rosados como homenaje a su amor incondicional y a su ternura infinita; desde luego las margaritas resaltaban la prudencia que siempre mostró, aun en las situaciones más controvertidas, y qué decir de los lirios cuyo tallo largo enmarcaban su elegancia, tanto física como espiritual, pues nunca perdía ni la compostura, ni la parsimonia en el habla; jamás un comentario fuera de lugar o una crítica altisonante, ¡al contrario!, siempre buscando coronar la flor con los pistilos de la templanza. ¡Y qué decir de las orquídeas! cuyo aroma embelesaba el ambiente de algarabía por el homenaje ofrecido a la Madre única y eterna. Aquí, en este funeral se conjugaban tres elementos de la naturaleza: el aire, el agua y la tierra.

El aire mecía los aromas a ritmo de los latidos del corazón de cada uno de los hijos, todos presentes, todos agradecidos con ella por su dedicación y por haberles dado a cada uno el apoyo y las palabras de aliento que necesitaban en su momento. El aire que se respiraba ayudaba a todos a pensar en el dejar ir, en la flexibilidad de los pensamientos que iban del dolor a la alegría porque al fin trascendió; pues en cada uno de ellos quedó la huella indeleble de sus caricias, de sus besos y hasta de sus reprimendas. La tierra retenía a cada uno de los deudos. Aún no les toca, hay misiones por cumplir.

Llegó el momento de despedirse de la parte humana y

de buscar aquellas cenizas que serían devueltas a la tierra; ese polvo efímero que con un soplo pierde su textura hasta convertirse en etéreo, en la representación de lo efímero del cuerpo, lo lábil del ser humano; pero que resaltan con mayor intensidad la grandeza del espíritu. Cada brizna trae consigo la memoria espiritual de lo vivido, de lo enseñado, de lo pactado y de lo profundamente amado. Finalmente, ése fue el objetivo de la vida de la Madre, quien no tuvo límites para la entrega total; todos y cada uno de sus hijos recibieron los mensajes de cariño infinito, de amor incondicional, de confianza precedera. De eso, ¡no hay duda!

De repente piensa uno que la cajita que contiene las cenizas del ser querido es una representación muy terrenal de lo que a vida implica. Si bien lo terrenal significa firmeza y estabilidad, la confrontación reside en que lo que parecía inflexible y eterno, llegó a su fin, recordándonos que hay que vivir el aquí y el ahora y no esperar a amar para después. Quizás, también resuena una llamada de atención a los deudos a que hagan una introspección, silenciosa, pero muy profunda, para dilucidar cómo fue la relación con la Madre. Además del dolor de la pérdida, puede haber resquicios insondables que sólo los deudos pueden conocer; pero que sirven para mantener el diálogo abierto, la conversación continua, el pensamiento unido a aquel ser querido de quien siempre se quiere uno acordar. Rumiar entre los recuerdos alegres, desde el más mínimo detalle hasta la discusión más ríspida; para finalmente saborear todos los episodios vividos y extraer el mensaje que la Madre

quiso enviar. Eran tantas las flores y los aromas que se hacía difícil reconocer el pequeño cofrecito que llegaría a su último recinto donde quedarían depositadas las cenizas hasta la eternidad...

El cortejo hacia la última morada fue tranquilo y sin mayor preámbulo, pues se esperaba que la ceremonia luctuosa, más que una marcha fúnebre fuese una oda a la alegría, porque la Madre quedaría en el lugar que más amaba y que disfrutó incansablemente con sus hijos. El agua del lago. Agua que habría de recibir en su vaivén a la Madre, quien retozaría aceptando su nuevo albergue terrenal. Agua que, al fluir, resaltaría su empatía, su paciencia y su flexibilidad para dialogar amorosamente con cada uno de sus hijos. El cortejo formado por embarcaciones, todas ellas adornadas con flores y colores que resaltarían el momento de la despedida, el momento de la no presencia física, el momento decisivo de dejarla ir... No faltaron las palabras, las lágrimas, las sonrisas, los pensamientos encontrados, los recuerdos; y en cada flor lanzada hacia el lago, cuyos reflejos del sol resaltaba sus colores para acompañarla a su última morada, venía el pensamiento en tornasol, el amor en arcoíris y las lágrimas en forma de gotas de perfume que cada deudo derramaba. Plácida y fluidamente al vaivén de la oración a la Madre, acariciado por el agua se sumerge lo tangible, el estuche que contiene el polvo que se perderá en la corriente acariciante del agua que será su última morada...

Han pasado nueve años y aún se vive con emoción ese momento inolvidable, aún se respira el aroma de las

flores, aún se acaricia cada pétalo con un pensamiento que les hace sonreír, y aún se revive cada instante con el mismo amor con el que se le vio partir.

Con mucho cariño para Terry, amiga de la infancia, quien con mucha dulzura describió esos momentos. Un abrazo amiga.

Lo inexorable

Pensé que nunca llegarías...

*Que yo estaría sumergida en el
follaje de mi jardín, decorado con
luciérnagas de noche,*

Y mariposas de día.

*Aunque fue excitante crecer en ese
verdor inocente de las plantas que
aún no florecen; finalmente mis
pétalos se abrieron en flor*

con exagerada lozanía.

*Sentía cómo las abejas libaban de
la miel de mi cáliz, así como yo me
alimentaba de las semillas de la
tierra que me vio crecer.*

*Pensé que transitar por un mismo
camino en el derrotero de mi vida,
me ofrecería un paisaje sempiterno;
que el verano y el otoño no
llegarían; que mis flores no
perderían su fulgurante colorido, y
no se convertirían en frutos, que al
madurar, se arrugarían.*

*Pensé que la madurez sería más
sencilla.*

*Aunque inexorable, alargué el
tiempo, y me quede quieta en el
camino esperando a ver si
suspendería el paso marcial de sus
horas, para nunca conocerte, y aun
así, sólo envejecí, para esperarte.*

*Pensé que al ver el arcoíris a
lontananza, sería el reflejo de la
esperanza.*

Pero ¿de qué?

*De que ineludiblemente te
conoceré... y tendré que darte un
apretón de manos y decirte:*

*-Aún no estoy lista... pero me iré
contigo.*

*¡A dar fe de que mi esperanza es
cierta!*

*¿Habrá mejor vida al final del
arcoíris?*

No lo sé.

Sólo pensé... ¡que nunca llegarías!

Por Teresa Galdi

ACERCA DEL LOS AUTORES

El libro "Letren Eguna: selección oficial" es el fruto de una colaboración única entre autores que comparten un profundo vínculo con la Universidad Mondragón México. Este proyecto literario reúne trabajos creados por egresados, alumnos y maestros de esta prestigiosa institución educativa, destacando su talento y la diversidad de voces que han emergido de su comunidad.

Durante el primer encuentro de artes y escritos "Letren Eguna", que tuvo lugar en septiembre de 2023, se abrió una convocatoria para recibir contribuciones literarias de esta comunidad académica.

Las obras presentadas reflejan las diferentes perspectivas, estilos y enfoques de los autores, lo que resultó en una compilación ecléctica que abarca desde la poesía y los relatos cortos hasta ensayos y reflexiones profundas.

En este libro, celebramos y compartimos con el mundo las voces emergentes y consolidadas de la Universidad Mondragón México.

"Letren Eguna" es un tributo a la creatividad y al talento que florece en esta comunidad, así como un testimonio del impacto duradero que una institución educativa puede tener en el ámbito artístico y literario.